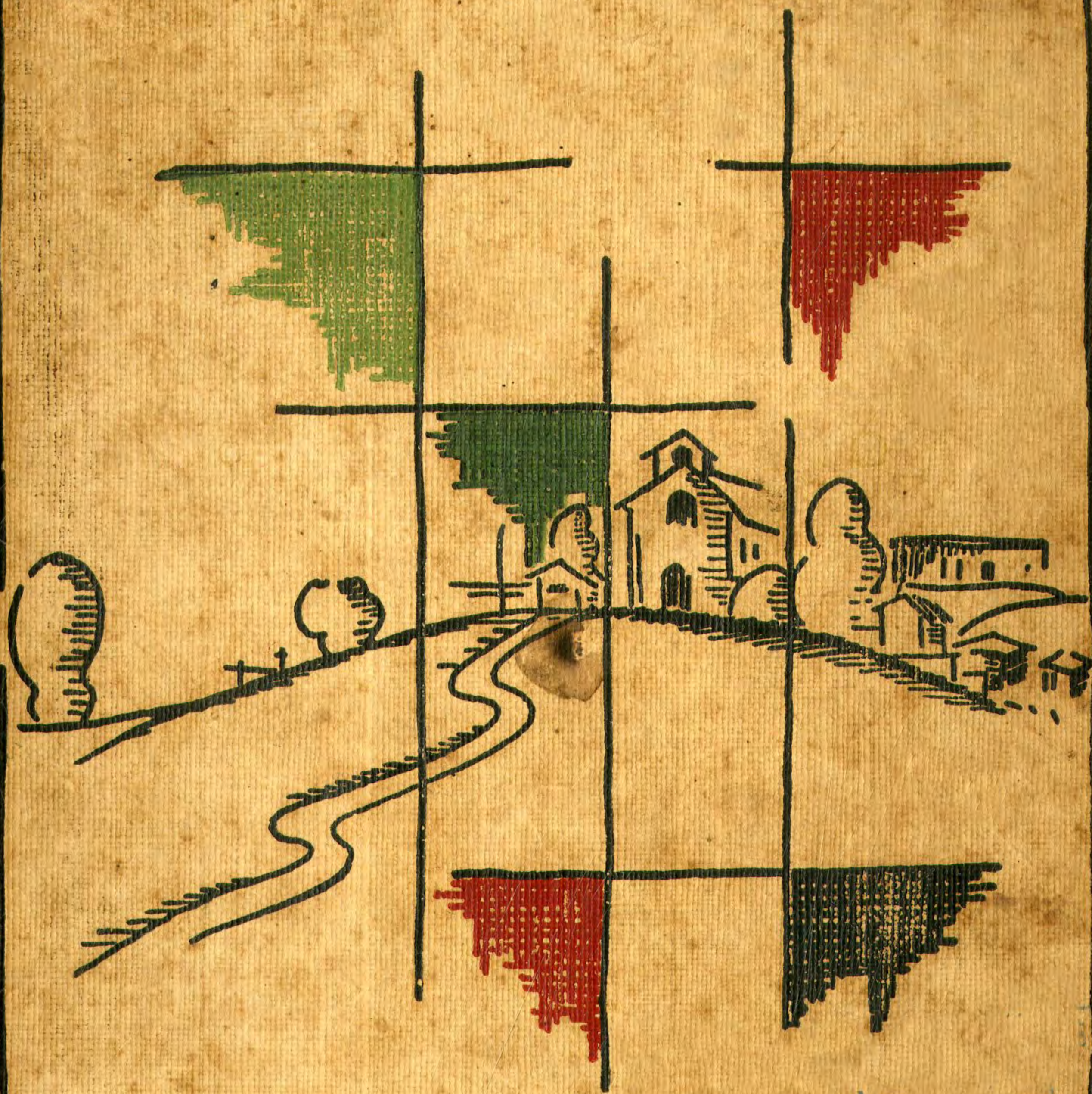


TOMAS CARRASQUILLA



DOMINICALES

EDITORIAL
ATLANTIDA

TOMAS CARRASQUILLA

DOMINICALES



EDITORIAL ATLANTIDA

MEDELLIN

1934

NOTA DEL EDITOR.

Los cuadros coleccionados en el presente volumen fueron publicados por su autor en «El Espectador» de Medellín, en el año de 1914. Los aficionados a las buenas letras los conocieron entonces con el nombre de «Dominicales», que les dió su autor por haber salido los días domingos, y que él mismo ha querido conservar a la colección.

El texto original de los cuadros se ha conservado en su totalidad sin alteración alguna, por voluntad expresa del autor. Tengan esto en cuenta los lectores jóvenes, ya que los tiempos han cambiado, de la época en que fueron escritos a hoy.

La EDITORIAL ATLANTIDA se honra con la publicación de este libro, que como todas las obras del Maestro Carrasquilla, es una verdadera joya de la literatura colombiana. Que los lectores lo acojan como se merece, son los votos fervientes que hace la Casa Editorial.

Medellín, Octubre de 1934.

Los cuadros coleccionados en el presente volumen fueron publicados por su autor en «El Espectador» de Medellín, en el año de 1914. Los aficionados a las artes y las letras los conocieron entonces con el nombre de «Dominicales», que les dio su autor por haber salido los días domingos, y como que el mismo ha querido conservar a la colección.

El texto original de los cuadros se ha conservado en su totalidad sin alteración alguna por voluntad expresa del autor. Ya en estos tiempos han cambiado de forma como en los que fueron escritos a hoy.

La EDITORIAL ATLANTIDA se honra con la publicación de este libro, que como todas las obras del Maestro Carrasquilla, es una verdadera joya de la literatura colombiana. Que los lectores lo aprecien como se merece, son los votos fervientes que hace la Casa Editorial.

Medellín, Octubre de 1934.



ESTUDIANTES

I

Juaco Cáceres está para cumplir los veintiún años y para licenciarse en Derecho. Con tanto lucimiento ha hecho sus estudios que, sin pedirla ni necesitarla, le han dado, en lo civil, una plaza de diez libras. Sin perjuicio de sus estudios jurídicos, ni de sus lecturas, ni de sus ensayos en la vida, desempeña su puesto a satisfacción de sus jefes. Es de estos mozos asimilables y activos que en todo aprovechan y para todo alcanzan.

Es huérfano de madre, y, como su padre ha vuelto a casarse y reside en una población del suroeste, ha vivido en Medellín, desde los once años, con su abuela materna y una tía solterona, que cifran en el joven el afecto y la dicha de su vida. Son señoras, si no muy ricas, bastante acomodadas.

Es su íntimo Fabio Andrade, con quien le unen, a más de un cariño nunca desmentido, vínculos especiales de compañerismo. Son de un mismo lugar, más o menos de una misma edad, llevan iguales cursos, desempeñan destinos análogos y sus novias son vecinas y grandes amigas. Los dos se complementan, por contraste. Juaco es vehemente, expansivo y manirroto; Fabio, flemático, disimulado y económico; parte el uno del principio de la riqueza; el otro, de la medianía.

Un viernes cobra Juaco los cinco mil pesos de la nómina, y, sin acordarse de la deudas de cantinas y de autos, se prepara a la celebración de ese primer sábado de mes; ese sábado tan grato a la juventud burocrática y alquilada.

Amanece el feliz día, y, desde temprano, se acicala y dice en casa que no le esperen a comer, porque Fabio le ha invitado; que vendrá tarde, porque tienen que aprovechar esa noche de asueto, para echar un repaso bien largo y concienzudo. Como no es el primero, ya la abuela duda de tanta aplicación; pero cómo contrariar a Juaco?

Desde las cuatro, ya están los dos abogadillos en Monserrate. Pronto se les unen

dos camaradas, dependientes de casas comerciales, y el repórter de un periódico, que esa noche debuta con los dos estudiantes. Como los cinco están en fondos, copa va, copa viene. A Juaco y a un dependiente les da por la política; y que si Carlosé esto y que si Concha aquello y que los republicanos y que los concentristas; se traban, se apostrofán, dando cada grito, que el cantinero se ofusca y la policía se empista. El repórter, que es intelectual, y el otro dependiente, que es poeta y colaborador de "Horizontes", se asilan en un reservado, y, el bardo, propias, el repórter, ajenas, declaman poesías, que ni en actos públicos de Jesuítas. Fabio, a todas esas, cual de ordinario: está opaco y silencioso, siempre con su librita lista para chirrearla en la mensual parranda, ni peso más, ni peso menos.

De pronto, sensacional espectáculo!: Capitolino de la Raya, con su séquito de tagarotes. Es un estudiantón costeño, rico y rumboso, de estos que estudian en la juerga y no en el libro. Copas para todos, por vía de saludo; enseguida, dos coches y . . . al cine todo el mundo! Cuando llegan, están más alumbrados que el circo. Aco-

módanse en el redondel, entre la crema elegante. Allí está la novia de Capito—cual le llaman sus amigotes—pero las de Juaco y Fabio brillan por su ausencia. Lo cual no empece para que, colectiva e individualmente, pataneen, como por acá se dice y se estila hogaño. Dan golpes con los bastones y hurras estrepitosos, si la cinta es buena o si mala; meten ruido por todo y muestran, como puedan, que son mozos ternes, crudos y contentos. A cada entreacto, a las cantinas. A la salida toma Capito los carruajes de punto y principia aquella odisea del trago, por El Globo, Chantclair, La Gironda y La Gran Cantina, anunciándose por esas calles de Dios con gritos regocijados y voces en falsete. Juaco, a quien le da siempre la generosa y altanera, quiere eclipsar a Capito. En su empeño, declárase anfitrión general, en cuanto entran al último, concurridísimo establecimiento. El también tenía dineros y no era ningún roñoso, ni le ponía escalera al Creso más pintado. Brandy, rancho, príncipes, champaña... lo que quieran!

Los rivales en cachaquería entran en disputa. Se acaloran. Pretenden irse a las manos. Pero el dueño de la venta

y otras olivas de paz, que siempre surgen en estos lances aguardentescos, logran, al cabo, un arreglo muy decoroso para ambas partes; a saber: Juaco pagaría cuanto ahí pidiesen y Capito mandaría por dos autos, para ir primero a El Kiosko y luego al sarao de la Chata Cambas. En el sarao obsequiarían los que quisieran y como a bien lo tuviesen. Magnífico! Soberbio! Ni los tratados del Canal eran más sabios ni más diplomáticos. Copa universal y chocada para celebrarlos.

No bien parten, se les acaba de soltar aquella alegría, con la velocidad y el trompeteo de los aparatos y con esa paz redentora que acaban de arreglar. «Póngasela toda, chofer!» «La que se pueda, señores» Qué desate! Cantan, gritan, relinchan, saludando a cuantos conocidos puedan entrever en la carrera.

En El Kiosko hay músicos, y aquí de las canciones, de los shotises bailados y de las jotas. El poeta—dependiente canta y baila, en carácter, con uno de los murguistas, los valeses de El Conde de Luxemburgo. Qué entusiasmo! Qué reir más delicioso! Pero he aquí que unos artesanos se ingieren en la jarana; que

Juaco monta en cólera; y que Capito, protector magnánimo de todos los humildes, y bloquista en todos los campos, les acoge y les aclama con estudiado entusiasmo. Vuelta a la bronca entre aquellos dos rivales y vuelta a los arreglos. Pero la policía, que está, avizora que más avizora, acude al punto, amenaza con el tremendo cautiverio, y el cantinero decreta la evacuación general. Donde manda capitán!...

De todo ello resulta la división definitiva. Capito declara que pagará ambos autos; pero que cada uno tome el rumbo que le cuadre. «Esa palabra!» clama Juaco, como quien entona el Te Deum.

Los satélites del costeno le rodean y da orden de marchar a donde él se sabe. Juaco y los suyos parten a casa de la Chata, que cae por allá en los Ejidos. Va muy colón (como ellos dicen). Los amigos que él tenía! Eran todos unos canallas, principiando por el Fabio: Haberle quitado de entre las garras a ese negro tal por cuál del Capito! Le tenía una gana a ese petulante y descrestador! Venir ese sinvergüenza a gamonaliarlo a él, porque tenía unas libras en el portamonedas! Si;

negro no la hacía limpia! Pero ya se las pagaría todas juntas el grandísimo.... qué sé yo! Y ya lo sabían todos, para que no salieran con pereques; él pagaría todo, todo, en el baile.

—Así estás de mamao, Juaquito?—re-
pone el poeta.

—Supónte que lo esté.

—Mira que las culebras de la Chata son las más violentas.

—A mí no me asustan las culebras de nadie, aprendiz de poeta: me asustan tus recitaciones!

—Ya se ve! Qué miedo te va a dar de culebras, con esa abuela que tiene el trillón!

—La Amelia no tiene qué ver con mis culebras: son muy mías!

—Vas a poner a cantar tu bicicleta?

—Hasta a la Amelia la pongo!

—Pero advierte, viejo,—le dice el dependiente politicón—que los prenderos menos asesinos cobran del cinco para arriba. Tengo experiencia.

—Aunque cobren el mil! Juaco Cáceres es el superhombre.... Menos esta noche! Haberle aceptado tragos a ese negro peinado es una vergüenza.

Y sigue con esta obsesión, verdadera-

mente capitosa, olvidado de que montaba auto a costillas del costeño. El poeta y Fabio, que no están por estos excesos de dignidad, advierten al chofer, al entrar al baile, que les espere en la puerta, indefinidamente. «Demás». Bien sabía él qué laya de cliente era «don Capito».

Recíbelos la Chata, palio en manos. «Ya creía que no venían estos doctores!—les dice alborozada.—Pero valiente las horas!..» El auto, el principio de mes, los buenos precedentes de los dos estudiantes y del poeta, les ponían al abrigo de toda suspicacia y abonaban al político y al repórter, poco conocidos de la matrona del sarao.

El baile, aunque algo avanzado y muy bebido, marcha ¡cosa rara! como victoria con tronco inglés. Por unas once beldades, de los más granado y florido de la vega, habrá hasta tres docenas de cachacones, utilizables todavía; el resto yace por ahí, entre modorras, hipos y congojas. Los bailadores fraternizan, esta noche, en solidaria alegría: ni la escasez de damas, ni la abundancia de copas, son poderosas a romper tan deliciosa concordia. Ellos se turnan; sostienen ellas el puesto, con esa constancia infatigable, que a las veces producen los

fervores alcohólicos. Verdad que alguna tiene la llorona, que están unas lengüitrabadas y que hay otras tan flácidas que parecen de trapo.

La Chata y su adictos se glorifican con aquel orden, aquella aristocracia y aquel encanto. Juaco, que opina con ellos, se riega a ofrecer y ninguna deja de aceptarle, kola por lo menos. En seguida, venga una polka americana, figurada y retórica; una polka con la negra Pilar, que es la Terpsícore del gremio. Pues y Juancho? Lleva la bella traje leve, azul zafiro, ornado de ramos encendidos. Compite con Pilarcita, en hermosura y lujo, la blonda Olvido, que viste de blanco y oro, como ángel bizantino. Con ambas baila Juaco, con ambas hace figuras teatrales y láminas. Se siente más superhombre que nunca! Le brinca el corazón de dicha. En sus glorias está, cuando, tras el bramar de un auto, comparece Capito, con tres de sus secuaces; él, en estado de atonía; ellos, con aire de camorra. Verle Juaco y revestirse del demonio es lo mismo. «Ah negro para heder maluco!» grita frenético, largando la dama. El que dice y uno de los capitos que se le avienta como una hidra. Se amontonan, se arremolinan. Gri-

tos, insultos, bofetadas. Quiénes se rebrujan; quiénes se remangan. Las damas chillan, suplican, huyen. Pitazos y más pitazos y la policía encima! Pilarcita, Fabio y el poeta, merced a la pelotera, se roban a su autor. Lo arrastran al solar, y le hacen invadir el territorio de unas vacas. Trancan, tornan, y Juaco. . . ni visto ni oído. Ha lugar a suspensión, declara el de la correría. La Chata, que sabe de sus cosas, apoya a la autoridad. En la calle acaba de resolverse el conflicto. Parece aquel mentir a todo trance, una mesa electoral en momentos de identificar a un sufragante. Unos, las dan de prudentes y tratan de convencer con razones; mientras los exaltados insultan, los prudentes se escabullen. Qué ha de hacer la policía? Se atiene a lo que ve y alza con los altaneros y alegones. Caen entre ellos el repórter y el violento partidario de Capito; y éste, que de milagro está en pie y mudo como una estatua, sale ileso. De allí le cogen, casi en vilo, le trepan en el auto y le llevan a dormir. Fabio ha podido pactarse con el político y el poeta. Les hace montar en el auto y él se queda por ahí en espera. Las damas y los rezagados van saliendo, muy en orden, a vista de la policía.

II

Son las dos muy corridas. La noche, madre noble y compasiva, tiende sobre sus hijos el manto espeso de los encubrimientos. El alumbrado eléctrico, que es por ese tiempo un insulto a la oscuridad, le ayuda con eficacia a favorecer sus adictos. Le está ayudando a Fabio a sacar a su amigo de la manga. Lo encuentra muy repuesto, porque el Vesubio ha tapado las tres ciudades, y, tras las fatigas y trasudores, ha vuelto la calma. A gozar, entonces! La cuestión está, ahora, en salvar la ropita de aquel alambrado inoportuno. Fabio, con su maña, puede sacarla ilesa al entrar y al salir; pero el tarambana de Juaco, se enreda todo, se pincha, se desgarrar, y el flux nuevo queda de jubilarlo. Por fortuna que los dos tienen, más o menos, unas mismas medidas y mutualidad en su ropa.

Cual fieras desencadenadas, poseídas de la brama, se oyen por todas partes los autos; por todas asoman los enormes ojos, despidiendo lumbres, entre la estampía, las risotadas y los berridos.

Por esas vegas encantadas que demoran al suroeste de la metrópoli, se dispara

uno hacia aquellos campos, cual si fuera un aquelarre que volase. Flotan en el torbellino, bien así como alegoría del huracán, las chalinas de las magas; agítase la comparsa, en aquel carro, como revuelto que hierve en la caldera. Cantan y cantan. Cantan «En una iglesia de Babilonia»; cantan el «Tápame». Ahí van Juaco y Fabio, el poeta y el político. Van a uno de esos ritos, que nunca faltan en estos alrededores edénicos, donde se rinde culto al dios Dado, a la diosa Gula, a Baco y aun se cree que a otras divinidades.

Allí amanecen, como una patena. Pero Fabio, el prudente, que ha consagrado a Morfeo dos horas de fervores, despacha, al amanecer, en el auto del negro fétido, las chalinas encantadas. En tornando el aparato, logra sacar aquellos tres guayabos, cargados de frutos y perfumes, y llevarlos a su hotel. Los pobres se arraciman como los muertos en combate.

Fabio, que tiene que cumplir grandes misiones, se tira al baño, se estriega, cambia de ropa, se aliaña, y queda como purificado con el hisopo del profeta. Saca luego el terno y demás trapos para Juaco; y, como el canto va a ser de alta música, toma su revólver y el del otro; los descarga, se los

guarda donde menos se note, y sale como un rehilete.

A poco, en cas de doña Amelia. La señora está temblorosa de la angustia; Susa, entre triste y enojada. Aquí de la frescura y maquiavelismo del tal Fabio: No alarmarse. Habían tenido que estudiar tanto y tan largo, que al sentir a las gentes por las calles, habían resuelto irse a misa de cinco a la Catedral. Juaco dormía, en el hotel, un sueño tan profundo, que no había tenido corazón de despertar al pobrecito. No vendría a almorzar, porque las novias estaban de paseo a la América y ambos estaban invitados. Y como ellas estaban aprendiendo a montar en bicicleta de hombre, y eran ellos los maestros, se iba a llevar la nueva de Juaco.

—No le crea, mamá, a ese sofístico!— exclama Susa, entre veras y chanzas.

—Eso estoy pensando—murmura la abuela.—El estudio bien puede ser cierto; pero la misa, me la derrito en la nuca!

—Y el estudio también, mamá! Lo que no se ha de derretir son los tragos que estos enemigos se habrán tomado...

—Tragos, Susa?—protesta Fabio, clavando en ella aquellas pupilas imperturbables, donde brilla la inocencia.—Dos tazas de café

para despejar la cabeza, y una copita de ginebra, que tomámos ahora. Tengo cara de haber bebido?

—Pues quién sabe! Yo les tengo tanta desconfianza. . .

—No cavilosé, Susita, que incurre.

—Pero...y ese paseo, así tan trasnochados?—dice doña Amelia.—Se van a enfermar... Valientes embelecos los de estos muchachitos!

—Pero, señora: Cómo vamos a perder el paseo por dormilones! Hasta se nos quitan las novias! A la noche nos desquitamos.

A poco sale en la bicicleta sentenciada. Váse derecho a casa del predero y torna al hotel con los cincuenta papeles. Ya Juaco se está vistiendo. No ha podido dormir, con ese guayabo tembloroso, que se lo alza. «Un trago bien grande o me muero!», le dice a Fabio, con esa cara marchita, esa ojera y aquellos ojos congestionados, que delatan. Traen las copas para los cuatro. Luégo otras; y... oh, anís milagroso!

Otra vez en fondos, cómo perder el tiempo en tanta inacción? Las culebras...se matarían después! Si no le sacaba a la Amelia, vendería dos nóminas, con el descuento que quisieran. Y las novias? Las verían en la re-

treta. No estaba él para parques de Bolívar, ni para señorear. A Envigado, en tren de nueve. Fabio protesta, arguye. «Me abandonas? Me dejas en la playa?» Qué hacer con aquel terco!

Despiertan los otros, les aplican el remedio, y... a alcanzar tren. En el hotel de la estación se bañan, se refocilan con vasos de leche, con chicharrones y caldos de gallina. Se juntan con conocidos o extraños; que no hay como el anís para relacionar a la gente. Otra vez la enorme! Como no hay Capitos que le ofusquen, ni nadie que le hieda, Juaco está en sus glorias. Obsequia, perora, suena; suena con locura de cascabel y alegría de pandereta.

Tornan a la ciudad, y... a los toros, en carroza abierta. Ni el ganado ni los toreros son del gusto del público, ni mucho menos del de Juaco, ni del refinamiento del poeta. De la sombra les rechiflan, les insultan, les apostrofan, les tiran con limones, con cáscaras, con lo que pueden. Juaco es de los más energúmenos.

Es tál la algarada y el desorden, que la policía interviene. Sacan a un beodo, de mala manera, y se arma la epopeya entre cachacos y policías. Hay contusos, dislocados, y a

la cárcel van a parar inocentes y culpados. Juaco se ha escapado de la barrida.

Sale con su noble factotum y con los dependientes, a quienes no puede lanzar a la miseria en aquel domingo de crisis y de júbilo. Vánse a El Kiosko, pero el superhombre continúa en plena contienda taurinopolítica, en conexión con lo de negros peinados y de mal olor. Levanta la voz y manotea, que Fabio está en ascuas. Teme las consecuencias de otras veces. «Viejo, por Dios... no te vulgarices...no te entregues tú mismo!»

A quién le habla? Sigue peor: Que los policías son ésto, que los policías son aquéllo. Están ellos junto al puente, y escamados con el bochinche del circo. Nadie puede atajar a Juaco, y les sale. No necesitan de tanto. Los tres compañeros rodean al temerario; los tres alegan. Nunca tál hicieran! Todos cuatro a la cárcel. En vano trata Juaco de hacerles resistencia. Insulta, viejo, lo que quieras; pero sigue! Por fortuna que anochece, que les bajan a La Arteria, y que la gente afluye al parque de Bolívar, en busca de retreta.

El surtido del establecimiento es de lo más lucido: todos los pronunciados del circo y los peloterosos de la noche anterior. El repórter y el paladín de Capito les saludan

irónicos, con esa solidaridad malsana de la común desgracia.

Fabio y el político, que esa noche conocen la cárcel, están anonadados. Ven en este incidente el presagio de mil desventuras. A mayor abundamiento, la perra se les ha pasado con la angustia. El diplomático tiene la boca amarga y el estómago en rebeldía. El dependiente, menor de edad, y que hace sus primeras armas, no puede contener el llanto. El poeta, que es de espuela y avería, como si tál cosa. Juaco ha evolucionado en su borrachera; pero, lejos de amilanarse, entra en una espiritualidad burlona y optimista, muy frecuente en su nerviosidad.

—Levanta esa cabeza, nido de mentiras!—declama con prosopopeya cómica— Levántala, Fabio ilustre, que éstos son perances del oficio! Qué puede ser que no sea? Me dió la valerosa, la peleadora, y por mí gimes en negro cautiverio. Y qué? Te cupo la gloria de ser la víctima. Hay que ensayarnos en el sacrificio, para cuando la Patria nos reclame. Hay que aprender el heroísmo, para pelear con los peruanos. Hay que estudiar la cárcel prácticamente, para cuando seamos prisioneros de guerra.

—Muy bien!... pero, y misiá Amelia? Y Susa?

—La Amelia! La pobre Susa!... Las veo: veo sus sombras, como veía Hamlet a su padre. Mañana estarán aquí, en busca de su fetiche, como dos Magdalenas. Las veo entrar! Pero ahí estarás tú, para probarles mi inocencia. Me sacarás como al oro del crisol.

—Y los patrones?

—Del tuyo, nada temas: es un ángel y caes por primera vez. El mío ya me lo notificó: con ésta van tres, y a la tercera murió el perro. Ya ves hoy: a la tercera caí contigo en esta trampa. Mañana se la mochan al superhombre! No hay de otra! Pero hay que aprender también que «todo perece y muere, como la espuma que va deshaciendo la onda», como dice Justiniano. Las dos veces que he visitado este recinto sagrado, ha sido por horas; pero esta noche, presiento que mi cautiverio es largo. Aquí recibiré los grados. Y mira, viejo: voy a cambiar de tema. Mi tesis se llamará «Influencia bienhechora del anís en el patriotismo antioqueño».

—Famoso! Y qué vas a hacer con las culebras?

—Las culebras?... Ahí sí me partiste! Ni en la Amelia confío ya! Veo el cróталus horridus de El Kiosko; veo a la Chata, que

va a estrangularme, como boa constrictor. Fin trágico y prematuro el del superhombre! Qué epitafio pondrás sobre mi tumba, poetilla decadente? (Tirándole del capote). Pero tú no sabes de arte mayor; no sabes si nó de melindres sentimentales. Oye y retén: «*Aquí yace el superhombre, sin bicicleta, sin revólver, sin reloj y sin destino. No lo mató su genio: le devoró la serpiente espantosa*».



MINEROS

Sábado de pago, domingo de cuitas.

No bien asoma el padre Febo, principia la peonada la gratísima faena, preludio de venturas. Por las orillas de la quebrada; junto a la represa de los molinos; bajo los rotos de los mampuestos; por donde quiera que cante el agua, se lavan, se afeitan, se cortan el pelo y se acicalan.

Nunca viera aquel hoyo de Peñoles mañana más contenta y despejada. Aquel pedacito de cielo azul e inmaculado, parece que estuviera precisamente debajo del coro de las vírgenes. Hombres y mujeres, niños y adultos; uno a uno; por hileras, por grupos, toman rostriplácidos el camino de la cercana aldea. Compiten los trabajadores, en rumbo, con las ruanas y los pantalones de paño, con las camisas de cordón, con los borsalinos hiperbólicos, y, sobre todo, con los carrieles. Oh! el carriel! Es el orgullo del peón minero;

la prenda suprema que demuestra la alteza de su dueño. Tál es el carriel, tál vale. A bien que en esta ocasión no van vacíos.

De las casitas, barracas y demás dependencias del establecimiento, que rodean la casa de la empresa como los hijos a su madre, van saliendo con su prole los veinticinco o treinta matrimonios que constituyen la clase media de la mina. Las mujeres van calzadas y con paraguas, como para resarcirse de las inclemencias de sol y suelo, que en la semana han sufrido. Andan las veteranas muy campantes, y un tanto patojas las novatas.

El agua, al mover las maquinarias; las vagonetas, al rodar en los rieles; el mineral, al caer en las tolvas; los pisonos, al pulverizarlo, cantan con estruendo de cíclopes el himno del oro, que el eco repite en la cañada y en la cumbre. Día como éste faltan voces en el concierto gigante: Ni el banco ni el ayunque se escuchan; socavones y aserraderos, aceros y taladros están mudos; mudos dinamita y fulminantes. Descansan todos en el día del Señor. Sólo le alaban con su trabajo los cuatro molineros y hasta siete parejas de acarreadores.

Los pocos ahorrativos y desprovistos que se han quedado en la mina, se dispersan por ahí, en busca de algún baño de chorro entre la selva, de alguna colmena, o de cualquier diversión casual y gratis, para tornar a medio día a los deportes de saltos o de columpios, y a los dulces azares del tute tabaque-ro. A poco sale la cabalgata de los señores: Director y contador con sus mujeres y el contratista con sus dos hermanas, ambas jóvenes y hermosas. Sólo quedan en casa el sobrestante, la cocinera de los señores, y Tere-sona, jefe supremo de las cocinas de los peones. Ese día se basta ella sola para desempeñar a molenderas, gariteros y demás quemaleñas. La gigantesca mulata está en el corredor, remendando unas sayas, mientras crepitan los troncos de a metro, bajo los ollo-nes casi vacuos. Parece una vaca sentada.

Frente a ella, entre el fango del patio, retoza Severiano Castañeda, su ilustre hijo. Es el mimo de señores y peones. Figuráos un Cupido negro, de un año, en pura bola, con una cuenta azul en el pescuezo, «para que no lo ojeen». Gatea, perrea y diablea, a carcajada tendida, señalando con el dedito de ébano a mariposas y escarabajos. «Vé, chucho!» Todos son chuchos. Así y todo, se come cuan-

tos coge. Ni el sol ni el aguacero detienen a este forajido, que se raja de puro gordo y se descuaderna de puro alegre. Trepa por los bancos, baja por las zanjias, les tira la cola a los marranos y destroza cuanto agarra. El Cuarto, como le llaman los peones, disfruta con soberana realeza la dicha del vivir. Si Job yace en el estercolero de la desgracia, el Cuarto se revuelca en el de toda felicidad. Cuando algún gañán le pone en el chorro, da gritos de regocijo, cual si fuese un ángel con la perra alegre.

Josué, el sobrestante, lee en el balcón, a la sombra de un granadillo que ondula de poste a poste. Está embebido en los percanes de «Gil Blas»; mas, de pronto, una desafinación enorme en el coro, le saca de la cueva del Capitán Rolando al mundo antipático de la realidad. «El molino grande entucado! Maldito sinvergüenza!» Y tras unos tacos de arriero envigadeño, se desgaja como un alud. Qué molinero ni qué cañafístula! El grandísimo tál por cuál, duerme la mona fulminante, con la tranquilidad de un bendito. Insultos, horrores, puntapiés. A quién? Gritos de alarma a los acarreadores de mineral. Como un toro, tira, carreteadero abajo, en busca de ayuda en los otros mo-

linos. Y qué topa? Que los tres se han juntado de jolgorio con el Hermano Contrabando; que uno de ellos se ha caído al cárcamo de una rueda y que no se lo ha mascado porque hay un Dios protector de los borrachos. Ileso ha salido de las garras de la fiera. Lástima de tiro! Quién les ha traído el tósigo? Por detrás de una piedra, que en una de las plazas campea, ve revolver una como falda. Se asoma. Sí, señor: la dijunta Herminia tenía que ser! Cuál otra, si nó? Iba a denunciarla al instante, ante el estanquero de Sanjulián. La infame, no contenta con sus venenos, quería propinarles, encima, la quinta esencia del fique. Sería por lo linda y por lo sana! Chucha mantequera más desaforada que la tál dijunta! Difuntas llama él a las infelices mujerzuelas de la mina. En cuanto a los molineros, no trabajan ese día porque no les da su real gana. Muy bien. Ya verían los borrachones con la multa y la bombeada. Qué hacer? Quitar ante todo el agua y almorzar luego, porque el hambre nada bueno inspira.

Qué sensación tan extraña se experimenta en ese hueco, con aquél silencio! Díjérase que el genio del oro se ha escapado de aquellos vericuetos. El cerro del filón,

con todos los palmares que lo coronan, con todas las entradas y galerías que le socavan, parece un cuerpo sin alma.

Los catorce vagoneros están en el corredor de la cocina, apurando aquellos platados de sancocho, con ese hambre envidiable del jornalero. Y qué migotes de arepa en ese caldo, constelado de ojos! Qué estilo para comerse aquellas presas, hebra a hebra! El Cuarto, todo zalamerías y adulaciones, se arrastra, ya hacia el uno, ya hacia el otro. Todos le dan. Más que comerse la bazofia, se la refriega en su carita de canturrón. En cuanto se sacia, vuélvese al patio y se entrevera con unos patos y una clueca, que escarba vocinglera, con sus once pollitos, que aún conservan la horma de donde han salido. El Cuarto está también clueco de contento. En el barranco que limita el banqueo del triangular patinejo, vigilan las gallinazas con su astucia y perseverancia. Un peón tira un nervio al patio. Saltan ansiosas las aves carniceras; mas un pollo le atrapa al vuelo. Tratan de arrebatárselo, y la clueca se enfurece. Lid homérica se traba. Cada aletazo es mortal; cada croajido, un grito de coraje. Los patos huyen enloquecidos. Severiano, presa del espanto, es arrollado. Da un alarido y

choca contra un pedrisco. Un peón vuela. Le alza, pero está seco. Le sacude, le agita. Echa sangre por las narices, mas no respira. Le rodean; tiran de sus brazos, de sus pies. Teresona grita como una loca. Cual si el llanto de su madre le volviese a la vida, grita a su vez el nene. Abre unos ojazos; se entiesa, y queda como muerto. De pronto, un temblor fatídico le recorre el cuerpecito. Hace contorsiones. Se le dislocan los ojos y la boca. Aparece en ella algo como espuma. Josué acude, le pone en el chorro, y vuelve. Cantemos al Señor! Conque el Cuarto estaba pasando el páramo? Pobrecito el Cuarto! Y el Cuarto es tál que tiene cara de reirse.

Endomíngase el empleado a la carrera, y, andarinamente, toma, camino de Sanjuán. Recorre en un periquete las treinta y cinco cuadras de travesía. Don Caliente, el patrón, así llamado por su entereza, va a comérselo vivo; pero qué remedio! La emparrandada peonada le aclama, en cuanto asoma. «Un trago para don Josué!» No despreciar a nadie, que es con gusto. «Los negros semos negros, pero los gusta atender al blanco, cuando vale». «Gracias, San Benito! Dentro de un momento». Todos se lo disputan para obsequiarlo. Para festejos estaba

él! A buscar a don Caliente. Al fin le topa, en gestiones con el Alcalde. «Con su permiso: una palabra». Expone, y el patrón se vuela. Mentarle a él la bruja de la mina! Ahí mismo pide los gendarmes para que le cojan la vagamunda. De dónde? Los tres del poblacho, dos de ellos pagados por la empresa de Peñoles, no dan abasto a este ganado minero, que tiene hoy el diablo adentro. «Barajo, don Pedro, con el aguardiente de hoy». En verdad: apenas es la una, y ya tienen cinco en el cepo y varios en remojo. Hasta la difunta Jacinta, la estrella de Peñoles, está de candidata. Le ha dado el anís por unos celos otelunos, y ha jurado cortarles la «cara de mica» a una buñolera que va a la mina a vender su mercancía.

El estanquero tiene dos ayudantes y está en sus glorias, porque, en domingos como ése, casi toda la plata del pago se queda en el estanco. Mientras él goza, a los cuatro tenderos se los lleva el diablo con los malostratos y los malapaga. Unos rasgan sus tiples, puntean sus guitarrillos y dan al viento bambucos y guabinas. Otros, que tienen la susceptible, rabulean, patiabiertos y manoteadores, porque el compadre Fulano o el Mengano han querido ofenderlos. Estos se desafían co-

mo unos Ciranos; tornan a desafiarse, y de ahí no pasan. Aquéllos, quieren que les reciban copas las niñas de la cantarilla, el cura y la señora del patrón. Las toma-tragos se bambolean por las tres calles y por el mercado, con el chicote en la boca, babeándose y escupiendo, que es una gloria. Con sus lenguas trabadas ponen en solfa a las elegantes de San Julián, por sus trajes y atavíos. Eso para la mina! Ahí sí había lujo y gente! Las dos hermanas Cinfuentes tienen ambas la llorona, y se querellan con sus maridos, porque en vez de echarles un trapo encima, se lo dejan todo a esos logreros de la renta, que no les dejan sacar tan siquiera una media. Pues, y los idilios? Díganlo el ventorro de El Mico y el mesón de ña Simona. A todo esto, brama de coraje el señorío egregio de San Julián, con tanta sinvergüenzona, y el Alcalde husmea y el cura se confunde.

El sol, tan inmoralote y tranquilo, realza con sus prestigios toda esa charla del Hermano Trago. Relumbran los platanares; relumbran los arroyos de las calles; las paredes, las cumbres, y hasta los techos grises de astilla de roble, brillan como brasa con pavesas. Detrás de las cuatro señoras de la mina, van las serranas, pas-

mándose con los trajes y los sombreros, mientras los mancebos contemplan a las dos niñas, como seres de otro mundo. Qué desgracia ser un triste montañero!...

A falta de comisarios, hace el Alcalde tres vasallos, y los arma de horquetas para que ayuden a Josué a someter los molineros y le lleven al punto a la feroz contrabandista. Hallan a los cuatro como unos troncos. La difunta Herminia, ni vista ni oída. Buscan a Tigre, contrabandista de atices, íntimo de la maga. Tampoco. Indagan: Ambos han sacado sus corotos. Han huído de ese ambiente, donde todo contrabando es perseguido.

Desde las cinco principian las autoridades de San Julián la ardua tarea de arrear para la mina aquella recua de borrachos. Sólo quedan en el pueblo los encarcelados. Los tres comisarios, los horqueteros y el Alcalde en persona, les conducen hasta verlos en sus lares.

Las sirvientes de la Mayoría contemplan desde el balcón la llegada de esa gente. Cómo gozan al verlos destacados en el alto, con aquel irse y venir, con aquellos ademanes y aquel quitarse de la ruana; cómo se burlan de las mujeronas, que bajan

que ni muñecas de trapo.

A poco llega la cabalgata de los señores, a tiempo que a Severiano le vuelve el ataque. El Cuarto, el negrito tan hermoso y tan simpático, queda epiléptico.



CURAS DE ALMAS

El padre Gil, excusador de San Javier, está despierto desde las tres; que tál le acontece con frecuencia, al amanecer de los domingos.

Se incorpora, se arrodilla en el lecho y musita sus oraciones matinales. Entreabre un postigo de la ventana, para que le entren los aires de Dios. Llovizna, y corre ese viento destemplado y cortante con que el páramo de Tres Picos, que les queda frontero, regala a los javerianos, con bronquitis y romadizos; como lo obliga la higiene, cierra al punto, y a la luz fementida de una lamparilla, se abluciona y se muda de ropa. Qué hacer mientras llama la campana? Mira el despertador, que no ha necesitado despertarlo. Se preparará para la prédica? Nó; todavía, nó; se siente lerdo, con la cabeza rehacia. Mojarse un poco más! Pero ni el

agua, casi helada, de la sierra, le despeja la mollera, turbada aún por los sueños, tan tristes como extravagantes, que ha tenido. El breviario, entonces?.... Tampoco!

Ni rezar puede. Siente aridez, mucha aridez en el alma, cual nunca la ha sentido! No era estado que pudiera malearla, según los tratadistas. Bien lo sabía él; pero, sobre agobiarle siempre demasiado, deseaba, para días como ése, de tanto penitente campesino, un poco de óleo, unas gotas de piadosa ternura, para curar tanta llaga, para limpiar tanto fango. El confesonario!.... Su cruz; la cruz del sacerdote que ansiase las alturas del espíritu y las limpideces del corazón. Aspirar a vivir cerca del cielo, y tener que bajar cotidianamente a esta tierra, para ver siempre la eterna, ofuscadora historia de las miserias humanas; luchar tanto por la salud del alma, y tener que respirar a toda hora los miasmas letales de la podredumbre; tener que conocer lo que se oculta bajo las más hermosas apariencias; tener que rendir homenaje social a quien no merecía ni el desprecio... era una prueba superior a sus fuerzas. Harto sabía él que la caridad más excelente era para el pecado, por ser la única desgracia; que Cristo había

encarnado por los pecadores; que para ellos había legado las gracias sobrenaturales de los sacramentos. Y, sin embargo, su corazón se resistía. No probaba esto que era el más vil, a la vez que el más soberbio de los corazones? Sí: estaba lejos de la caridad, lejos de la humildad; estaba lejos de Dios. Si consagrandose a diario; si llevando a Dios hasta en sus entrañas se alejaba de él, cuál no se alejarían los pecadores legos? Sarcasmo raro el de su sacerdocio! Si su misión era salvar almas, cómo repugnarle, entonces, el curarlas? Qué concupiscencia era ésta? Del espíritu? De los sentidos? Sangre Preciosa de Cristo! Y no eran escrúpulos pueriles? Satanás? Tal vez.

Suspiros, lágrimas, acto de contrición, exámen de conciencia, petición de fuerza y de caridad. Entretanto llueve, y los gallos cantan, tan tristes, tan doloridos, que parecen acompañar al sacerdote en sus interiores tribulaciones.

Es el verdadero cura de almas del lugar, pues el párroco en propiedad, ya anciano y achacoso, le ha largado toda la carga del confesonario, y casi toda la del púlpito. Los dos viven en la rectoral, cual si fuesen padre e hijo: tanta es su con-

cordia, tanto su mutuo afecto. Tiene Gil treinta y dos años; siete de sacerdocio y tres de coadjutoría en San Javier, donde lo veneran con todo y ropa. Es delgado, mediano de talla, feo, descolorido; pero tiene unos ojos muy negros, muy humildes y muy tristes. Es metódico y pulcro, sin pretensiones de elegancia ni rigorismo de ninguna especie. Su cuarto, casi una celda: los muebles necesarios, pobres y aldeanos; unos cuantos libros, un Cristo imperfecto, y una Dolorosa tál cual. Sin ser ignorante, tiene más de místico que de ilustrado, más corazón que cabeza. Con él unge sus predicaciones y todos los actos de su ministerio. Por eso le escuchan con amor sus feligreses, y le consagran su cariño y su respeto. Muéstrase esquivo con el beaterío oficial; rechaza, hasta donde la urbanidad se lo permite, invitaciones y presentes, y sólo va a las casas por asuntos de su ministerio. En las otras relaciones sociales, es amable e insinuante, en su misma seriedad. Propende mucho por el culto; pero se fija más en las flores y luces del alma que en la pompa exterior; más que en los arquitectónicos, en los «templos vivientes del Espíritu Santo». Aún permanece de hinojos, sumido en su ple-

garia, cuando le llama la voz de la campana. Saluda a María, se arrebuja en su manto, y sale, un tanto repuesto con los consuelos de la oración. Ya le esperan penitentes, y toma el confesonario. Pronto se ve rodeado. Tiene para rato. Viene el párroco a decir la misa primera; pasa ésta; pasan carros y carretas, y el padre Gil oyendo aquellos poemas de la culpa campesina, que parecieran fábulas si se oyesen. A las nueve y media, Dios es servido que terminen. Sale a la cural; reconcilia; torna a la iglesia con el alma remansada por la absolución, y se prepara para officiar en la misa mayor. Con el último campanazo de las diez, sale al ara, con esa actitud hierática que imprimen al celebrante las vestiduras y las ceremonias litúrgicas. Misa él con un recogimiento, una fé y una modalidad tan eficaces, que inspira a los fieles ese espíritu de misterio y de amor, base de toda religión. Esta facultad de exteriorizar con tanta elocuencia el acto más grande, milagro perpetuo del catolicismo, es una especialidad del padre Gil. Siéntese, al verlo consagrar y alzar, que La Sangre de Cristo corre, si nó más redentora que por otro consagrante, lo que es imposible, mejor representada y manifiesta a los ojos

del creyente; que para todo rito se ha menester corazón.

Terminadas las oraciones que preceden al Sacrificio, le tenemos en el púlpito.

Es convenido entre los dos sacerdotes, que el viejo, como de casa, eche los regañños, y que el joven haga las filigranas. No serán tantas, que se diga. Mas, sin ser orador, en el sentido retórico ni el dialéctico, lo es por su voz limpia y sonora, por su claridad y sencillez, y, más que todo, por sentir.

Como estamos en octubre, historia, expone y encarece las excelencias del Rosario. Y cómo le entienden esos pobres montañeros! «Tan querido y tan católico el padrecito Gil», dicen las viejas, por alabar su unción y claridad.

El Dios que ha bajado hasta su pecho, merced a esas palabras que siempre le hacen temblar, ha completado la obra: se siente henchido de inefable dicha... «Has caminado sobre las olas de mi agitado corazón!» le dice, al rendirle el hacimiento de gracias.

De ahí, a dar a la materia la que ella necesita. Pobre sopa boba, pobre carne machacada, que sostenéis el cuerpo desmeдрado de aquel sacerdote; no habrán de co-

nocerte los sibaritas! En un periquete despacha el frugal almuerzo, y...a la colecta para la iglesia! Ya el mercado está establecido. Se entra, se ingiere por la turbamulta. Aunque no es verboso, tiene para cada uno algún halago, alguna palabra suave y comedida. «Mi compadre Gilito»—suele decir el párroco,—tiene el palito para sacarle a mis montañeros. En pocos años, ha recogido más que yó en veinte. Ahora sí acabamos la iglesia».

El zumbir de la colmena mercadante llena el lugarón. Mas, tañe la campana, y, oh testimonio colectivo de un pueblo creyente! Un silencio misterioso se oye, y Gil entona el Angelus. Contesta la multitud, como la creciente de un río. Cesa; continúa el sólo del levita, y torna la creciente. Tres avemarías más fervientes no recibe Ella ni en el Santuario de Lourdes.

No irá el cura ni en la mitad de la colecta, cuando gran tumulto y vocerío: «Corra, mi padre!» le gritan de lado y lado. Empuña el bolso, se dispara, y rompe por el pelotón. Un hombre yace en tierra, en las convulsiones de la muerte. Borbótale la sangre de un costado. Inclínase el sacerdote; pronuncia palabras; impone las manos, pero

el hombre ha muerto! Ha atacado, cuchillo en alto, a un carnicero, su émulo; mas, éste le ha ganado de mano, y, en el propio corazón, le ha hundido el cortacarnes. Está en pié, más desencajado, más palpitante que el muerto.

Gil prorrumpe en llanto; se postra de hinojos, y, con el alma toda, implora la Divina Misericordia: conoce al asesinado; le sabe su vida, y teme por su alma. La autoridad levanta el cadáver; prende al matador; las esposas y los hijos de ambos gritan enloquecidos. El padre huye; trata de continuar su faena, pero las lágrimas le saltan y las carnes le tiemblan. No acierta a devolver, no acierta a recibir. Señó Minos, factotum obligado de los dos sacerdotes, acude en su ayuda y toma el bolso. Así terminan. Tocan a Trisagio, y, al entrar Gil a la iglesia, le llaman a auxiliar un moribundo, a legua y media de distancia, y por caminos que el invierno hace intransitables. Vuela Minos a ensillar la mula; una mulita pava, elástica como caucho y fuerte como acero. Vuela Gil a la rectoral y se calza las polainas y el fieltro de luengas alas. Torna a la sacristía. Se lava las manos, si nó «con los inocentes», con los compasivos; vístese la estola y la

capa; cuélgase al pecho el relicario eucarístico, y se guarda la ampolleta con los Santos Oleos. En las gradas del atrio le tienen la bestia; remángase la sotana, y... arriba! Minos con la campanilla, y dos montañeros con los faroles, le rodean; y, en medio de la arrodillada multitud, toma, camino de la sierra. A poco andar tiene que ponerse el impermeable; y, al son de una llovizna mojabobos, entona el rosario. Contéstanle, a más de sus compañeros rituales, varios allegados del moribundo, que le han seguido. Pero su pensamiento, siempre en Dios, vaga por otra parte. Teme no alcanzar con vida al hombre, que, según cuentas, está acabando. Es otra alma negra que peligra. Ni fangales, ni palizadas le detienen. Lleva el cortejo de la lengua. Al fin llegan. Aunque es domingo, hay vecinos esperando la visita del Dios viajero. Unos se adelantan; todos se arrodillan en cuanto se acerca. La habitación, una casita pajiza de pobres, está barrida desde el patio y regada de hojas de naranjo y de ramos de romero, de pétalos de hortensia y de flor de muerto. Baja el cura. Suena la campanilla, y principia el rito inefable: «Señor, no soy digno ni merezco que vuestra Divina Majestad éntre en mi pobre morada». En la sa-

lita está el altar, tendido con sabanilla muy bordada, con mucho santo, velas en naranjas, flores en botellas, la taza con el agua y la cuchara. Entrase el cura al cuarto del moribundo. Dios sea bendecido! La muerte da espera, y halla lo que soñara: un pecador contrito y en sus cabales. Los tres sacramentos postrimeros, la protesta de fé y el ayudar a bien morir, todo sale, según la Divina Misericordia y los deseos del cura.

Terminada la ceremonia, acepta con noble campechanismo el tributo de la hospitalidad montañesa: una copita de anís que, por vía de preservativo, le ofrece un vecino, y unos huevos y una leche postrera, con que le brindan las mujeres de la casa.

La llovizna ha calmado, y, a la luz de los faroles, emprende el regreso, a las siete bien corridas. En un atolladero se hunde la mula y Gilito cae. «No será la última, esta noche!» exclama, saliendo como puede. Sin la segunda, torna al pueblo, a eso de las diez.

Encuentra la novedad de que el párroco véla todavía.

—Ay, compadrito!—le dice en cuanto entra—Estoy a cantos de enloquecerme! Ya vé lo que nos afanamos por estos

cristianos, y vea el fruto. Démen a mí otra laya de culpas, que...ahí vamos! Pero no me den mataos en pecado mortal. Y todo por un diantre de puerco que los dos querían comprar! Con éste van cuatro en veinte años. Es mucha carnicería! Ahí les hablé al alma en el trisagio; pero, qué me valió? Tuve que ir al velorio a aplacar a los hermanos de Gaspar. Han jurado esos enemigos que si Roque sale libre, se lo tumban. Y son muy capaces de cumplirlo; porque Ud. no sabe, compadrito, qué laya de ganado son los tales Méndez: Démelos muertos y se los doy condenados...Pues no vé! Hasta herejías estoy diciendo!...Y vaya cómo y dése una frotación y acuéstese, que estará muerto. Si no ha rezado, machuque ahí lo que pueda, que mi Dios no le exige tanto!

Ni comida, ni lavatorios, ni machuca. Se encierra, y, con toda paciencia y abstracción, reza todas las horas mayores, menores y demás oraciones rituales. Pasadas las doce, aún fluctúa aquel espíritu en místicas, indecibles vaguedades. Qué soñará, luego? Tal vez tristezas, como en la noche precedente.



VESTES Y MOÑOS

El Dios Sacramentado va a entrar, por vez primera, en el alma de muchos inocentes. Esos corazoncitos casi angélicos, que ungen y santifican las gracias de los primeros sacramentos, son sus sagrarios más preciosos. «Dejad a los niños que vengan a mí», dice El Verbo, y por que se cumpla este reclamo divino del amor de los amores, baja El a las almas y a los cuerpos de estos seres, a fin de hacerlos suyos antes de que la culpa los macule.

Esta unión inefable del Creador con sus criaturas, es el milagro perpetuo, y el milagro por excelencia, a la vez que el acontecimiento máximo de la vida humana: con él se cumplen el plan y el objetivo de La Encarnación.

Tál tendrán de entenderlo todos aquellos que comulgan; tál los padres que inician

a sus niños en la vida eucarística. Y tanto! Bien poco habrán de ser todas las fruiciones del fervor; bien poco las magnificencias de la fé, para celebrar, como ella se merece, la primera identificación de Dios con un alma infantil. Con todo, el hombre mísero hace lo que puede. Padres, hermanos, deudos y amigos de estos niños divinizados, se unen a ellos, en religioso júbilo, para ver de solemnizar «el día más feliz de la vida», cual rezan las estampas y las dedicatorias rememorantes del rito.

Al grande acontecimiento se prepara, en Medellín la católica, la familia más que ilustre de Argüelles de Ripalda: las gemelas Pubenza y Gilma, de nueve años, y Guido, de siete solamente, hacen el próximo domingo, veintiuno de Junio, la primera comunión.

Desde principios del año, viene anunciándola doña Berta, a parentela y amistades. No es ella ninguna madre de caracol, y aspira, por ende, a que sus hijos figuren siempre, desde temprana edad, en la primera clase de la aristocracia virtuosa. Hace cosa de un mes que prepara esta entrada, en las almas de sus últimos chiquitines. Su familia ha de ponerse, en esta vez como en

todas, a la altura de su rango. Y qué de andanzas las suyas, por estos comercios fashionables, a fin de allegar los materiales y presentes eucarísticos; qué de gestiones con las costureras de más boga; qué de rebuscas de modelos para aquellas vestes sacramentales; qué de encargos a confitería y fruterías. Pues, y en casa? Preparativos albañiles y suntuarios, indumentales y gastronómicos. Tortas y pan pintado es todo esto, ante la lucha sin tregua que en su propia casa tiene que sostener, para que los hijos mayores, los sirvientes, el simple de Argüelles o algún vecino entrometido, no vayan a contarles a los presuntos comulgantes las grandes sorpresas que les tiene preparadas; pues es de saberse que doña Berta se desbautiza por los efectos.

Los chicuelos están, a todas éstas, a cuál más deshecho y husmeante. Qué les irán a regalar? Qué nó? Las mellizas, con sus ojazos verdiazules, avizoran por todas partes; por todas, meten las naricillas respingadas, y husmean, y se empistan. Cada instante se comunican sus investigaciones, cual herederos de tío millonario. Pubenza, que es la tremenda, sueña con una muñeca bien grande, para montarla a horcajadas en

los lomos felposos de «Singo», el perro de Leonel, o en la bicicleta de Sadí. Gilma, que es la formalita, habla de un álbum para monos de cigarrillos. (Es en el corredor del jardín, mientras cosen trajes de muñecas). Barruntaban las dos, hasta apostar, que al bochinchoso de Guido, tan mimado por todos, van a regalarle más cosas que a ellas. Ya les está haciendo fieros, antes de tiempo, el grandísimo consentido. Pubenza protesta, y, hasta cierto punto, se lo explica: era tan papelero y tan metido el mataperros, que con todos los vecinos o no vecinos tenía qué hacer. Pero cuáles serían, al fin y al cabo, los regalos? Lo que era pilas y estampas, libros y vírgenes de bulto, ya los veían a rodillo; pero cosas buenas y grandes....quién sabe!

—Qué nos irá a mandar mi siá Camila, ole Pubenza?

—Mi siá Camila? Pis! Algún frasco quebrao. Es tan perecida! Acordate de la lámina tan horrenda que le mandó a la pobre Lola Vasco. Yo la había rasgao!

Tras de mi siá Camila, el otro, y tras de éste el siguiente, hasta hacer el cálculo de los regalos de parientes y amigos.

Libia Ansúrez, que era tan persuadida,

aseguraba que su traje iba a ser el más bonito y el más a la moda; pero mamá les ha garantizado que los suyos serán de lo mejor, con ser que a Pubenza le ha costado llanto y regaño el parecerle muy pequeñas las rosas de la corona. Se le antojan para negritas pobres; nó para ella.

Guido se preocupa de las confitadas y galletadas y de cierta escopeta que ha visto en una tienda, la cual ha descrito a Leonel, como quien sugiere y no pide.

El sábado se acuestan las mellizas, pero no pueden dormir. Las exhortaciones y enseñanzas de la «Señorita», han sido en vano: no piensan ni en Dios, ni en Forma, ni en nada que se parezca a comunión: los trapos blancos y flotantes, la escarcela y los zapatos, el devocionario y la vela, los regalos y el refresco, pasan por sus fantasías desorbitadas, como la película radiante y magnética de todas sus ambiciones. Tampoco se duerme tan temprano el Fierabrás de Guido, por pensar en su escopeta. Tál había de ser su puntería, que, ya que era un pecado tan grande matar los pajaritos de mi Dios, no habrían de quedar en la arboleda ni aguacate, ni naranja, por más que estuviesen en botón.

Doña Berta no acaba la cantinela con el incumplimiento de las Fulanas y Perenganas. Ya verían cómo no mandaban a tiempo el ponqué tál y el dulce cuál. Habría que atenerse a lo comprado y a lo hecho en casa. A ella todo le salía sin pies ni cabeza... Las dos hijas mayores tratan de calmarla; pero doña Berta, la señora de los afanes e inquietudes, de los requisitos y los repulgos, no serena sus espíritus hasta ver en poder suyo todo encargo, tal y como ella lo exige. Y como esto no acontece casi nunca, casi siempre está subida. Eso va a ser ofuscamiento y vela por más de media noche. Para mejor adobar, Argüelles se amontona con los amontonamientos de su señora. Valiérales a todos Jesús Sacramentado!

Desde las siete están los comulgantes sin faltarles una coma. Las mellizas, cual dos genios de pureza: los monjiles hasta el suelo, hasta el suelo el manto; suspenso el limosnero; ceñida la guirnalda de rosas contrahechas, en uno como casquete atotumado. Guido, con su terno marinero y el lazo en el molledo. Al fin salen, atisbados por todos los de casa, enarbolando en la diestra el historiado cirio, apretando en la siniestra el librito de pasta marfileña. Van con esa actitud zur-

da y afectada de todo niño en exhibición. No son los solos, por fortuna: por esas calles van surgiendo, en dirección a sus respectivas escuelas, los bulticos blancos y los lazos en los molledos; que en este domingo celebra la Iglesia el lirio de Gonzaga. Salen luego las comunidades, cuáles a un templo, cuáles a otro. Alegra tanta albura en esta tierra tan sucia. En Dios se regocijan los corazones de los creyentes, y piensan tantas cosas.... Piensan que es triste que estos chiquitines, tan limpiecitos, tengan de pisar el fango de la vida, de aspirar sus emanaciones, de asfixiarse entre la humareda de tantas vanidades. Ya lo veis: van a recibir en sus pechos, ignorantes de la culpa, al «Varón de Dolores», al Dios de las humildades, del amor a los pequeños, del desprecio por el bien perecedero, y el humo maldito les envuelve; les envuelve hasta en las gradas del misterio augusto; que más que al diablo poderoso y a la carne irresistible, llevamos en la sangre al mundo estúpido. Verdad que vanidades y culturas, son sinónimos.

Una vez en el templo, les enfilan en la nave, las vestes a un lado, los moños al opuesto. Por este cauce con bordes de azucenas,

va a saltar el Agua Inagotable que cura las almas insoladas. Consumado el sacrificio, llamean los cirios emblemáticos en las manitas de los inocentes. Al resonar litúrgico, vuelve el oficiante la espalda al Santo de los Santos. Fulgen sus vestiduras, resplandece en su izquierda el copón de la Vida. Coro y torre callan por ensalmo. Toma una Forma, y, con ella en los dedos, dice a los niños palabras temblorosas. Muchos rezan el acto de fé que han aprendido; muchos no rezan. Torna el coro. El sacerdote baja, se inclina, y, una por una, al musitar periódico del Corpus Domini, va llevando a esas bocas impolutas, al Dios de cielo y tierra. Pasa por esas almas infantiles una ráfaga del divino espanto? Dios lo sabe.

Termina la ceremonia. Pubenza, conmovida y todo, no puede menos de comparar sus galas con las de otras compañeras. No son las suyas, seguramente, las más ricas ni las más hermosas: mamá se engaña o la engañan a ella.

Qué algarabía y qué emociones cuando se ven en casa. Los besos conmovidos de los papás, el de Sadí y el de Leonel, los abrazos de las hermanas, los extremos de Fefa, niñera de los tres, los aspavientos de la ser-

vidumbre, la llegada de los vecinos. El desayuno trasciende del comedor a la entrada. Entran. Flores albas por todas partes; pero... y los regalos? Ah, sí: están en la sala! A riesgo de manchar las vestimentas, apuran el café a la carrera. No más tormento! Papá y mamá les llevan a la sala. Todos les siguen. Qué visión! Por consolas y anaqueles, por veladores y asientos, las montoneras de chismes, repartidas por dueños. Parientes y amigos se han portado como unos cachacos. Allí está el álbum; allí la escopeta, adivinados ambos por Leonel; mas, la amazona que ha de montar a «Singo» no aparece por parte alguna. Se han cumplido los presentimientos: Guido es el más afortunado. Hablan todos a la vez, chillan, trastean, enredan.

—Qué lástima, mamá: hay muchos repetidos! No es cierto que se pueden cambiar en las tiendas? Fefa dijo...

—No, Pubencita: es mal hecho.

—Por qué, mamá?

—Porque sí.

A doña Berta le escuece cierta piquiña, como un alfiler envenenado. Dos de sus vecinas se han olvidado del regalo. Despreciarle a ella sus muchachos!... Y ella tan majade-

ra, que de todo se acuerda; que ha hartado a dádivas a los hijos de esas desatentas; que, en esta vez, ha gastado un dineral para repartirle cosas a todo bicho comulgante. Como nada traga, despotrica contra las tales, que es una gloria, declarando, al que quiera oirla, que las tiene apuntadas en el libro verde de las eliminaciones. La mayor de las niñas, también le ha hecho un buen roto a una vecinita, porque ha tenido la avilantez de contarles a las mellizas del regalo que les preparaba. Con gente tan maleducada no se iba a ninguna parte! Llanto de la indiscreta; desagravio de las mellizas.

Guido sale con el arma, escoltado por amigos: quiere mostrarla a todo el mundo y asestarla en lo que pueda. Llaman para el almuerzo. Despachan a los comulgantes al momento, y otra vez a la iglesia, a renovar las promesas del bautismo. Tras la renovación el coche, y... a retratarse tocan! Qué confusiones y apremios los de doña Berta, en aquella fotografía, que parece un horno! Ella quiere un grupo soñado; una cosa bella; una posición muy peregrina, a la vez que natural. Va a mandar el grupo a Bogotá y a Ibagué, y quiere que vean el gusto y la

elegancia que aquí se gasta para todo. No le gustan los trabajos que el fotógrafo le enseña, ni él puede entenderle lo que ella desea. El hombre se enreda, se desconcierta. Con la urbanidad del caso, le insinúa que, si le deja obrar libremente y a solas, acaso haga algo bueno; pero doña Berta no abandona el campo. El pobre, después de tres variantes, en que suda la gota gorda, da el asunto por terminado. A casa!

Ya están casi todos los convidados, con sus respectivas mamás. Felicitaciones por el comedor: «Nó, nó, mi siá Berta, es una maravilla!» Doña Berta, feliz. Gracias a Dios que había podido lucir aquellas cristalerías y aquellas bordaduras y aquellos monogramas, casi ignorados! Qué inadvertencia la suya! No haberle hablado al fotógrafo, para que tomase la vista... Con tál que los periódicos hablasen de su refresco... La chusma alborota, se ingiere por todas partes, se arremolina. Es tál, que se han menester tres tandas. Los refrescados salen con Guido a las casas vecinas, a comparar regalos. Las mellizas se riegan de casa en casa. Qué comentarios, qué reportajes! Cuando les toca el turno a las mamás, ya no quedan más que los remanentes. Dos de ellas, muy meticu-

losas, estiran trompa. Nóvalo doña Berta, entre iracunda y apenada. Bien merecido se lo tenía por su vicio de llevar a su casa a tanta desagradecida. Guido se aparece a la mesa, a moco tendido: un su amigo le ha dañado la escopeta, hasta dejarla inservible. La madre del delincuente, que está presente, no sabe qué cara ha de poner. La melliza mala se aparece con una amiga comulgada. Traen una muñeca repetida, que quieren cambiar por las repeticiones de Pubenza; madre y hermanas se oponen al trueque, y es tál la corajina de la chica, que llora y patalea. De la calle entran dos o tres comulgantes pobres, que andan de casa en casa, pidiendo el regalito; porque ahora se premia la virtud abajo, pero al contado. Fefa las echa por descaradas.

Y Cristo, el manso, el dulce, que da la paz, que la paz deja, que acendra mieles de de la propia amargura... no veló aquella noche en esa casa, adonde entrara por la mañana. De ahí salió llorando, camino de Betania.



ELEGANTES

Once y cuarto p. m. La victoria pára a la puerta, y, en cuanto abren, salta Walter Castañeda, ofrece la mano a la señora de Torralba y la baja del carruaje con estudiada cortesía. Ina les sigue, sin ayuda de nadie. Instancias para que éntre. «Mil gracias, mi señora Angela... Usted necesita dormir. Que se mejore!» Despedida efusiva. Apenas parte, le echa la dama una bendición hartamente burlesca.

—Apuesto, mamacita, que no tienes tál jaqueca!

—Qué voy a tener! Pero te figuras tú que podíamos quedarnos más tiempo entre esa jalapa?

—Verdad, mamá: Valientes fatalidades nos llevaron esta noche! Es un baile de toda clase. Hasta a las Cañolas las metieron en docena! No las viste, qué tan cuartas?

—Cómo nó? Lo que yo he dicho tantas veces! Aquí ya no se puede ir a ninguna reunión, porque no hay quien soporte el zamberío entronizado. Medellín se ha vuelto una merienda de negros...o si nó, ya ves el galán que nos inventamos.

—Pobrecito Walter, mamá! Míra que hasta aspirina te consiguió!

—Eso sí: atento sí es el zambito! Hace bien, ya que la gente buena le damos tiro. Y como que te estaba haciendo la corte?

—Un horror!

—Pero, ah célebre! Y Filemón?

—Ni aun lo ví...

—Están peleados?

—Ni aun lo sé...

—Eso sí! Porque a cuál de los dos más raro! Por allá ví a las Campillos, que no te perdían pie ni patada. Allá verás las caricaturas que van a sacar del traje. Eso va a ser cabañuela para todo el año.

—Eso es lo peor. Si siquiera lo imitaran como es, aunque lo vulgarizaran. Pero sacan unos disfraces y unas telas...

—Bello, bello, se veía en el baile! Era el mejor, sin disputa!

—Eso me lo dijeron todas, menos las Campillos.

—Mañana te estrenas el otro, llueva que truene; que a la moda no hay que darle espera, y más con esos trajes tan valiosos. Por muy bien librada me viera si saliera a libra cada postura.

—Quién sabe, mamá!

—Y ya sabes: aunque amanezcamos algo trasnochadas, siempre vamos a misa de ocho. Quiero ver la cara de tus primas, cuando te lo vean puesto. Ya ves que lo desahuciaron!

—Pero no las conoces, mamá?

—Sí: sólo lo que les viene a ellas y lo que les hacen aquí, es lo único que sirve: lo demás es de mal gusto y pasado. Por eso les quiero ver la piquiña mañana, cuando se den cuenta de esa maravilla. Después vamos al tennis y al té de Sara, que es lo único distinguido de ahora.

—Al tennis?... Quién sabe! Según como amanezcamos.

Doña Angela Bobadilla de Torralba y su señor marido, don Javier, viven separados, por mutuo y amigable convenio. No congenian ni en lo chico ni en lo grande. Ambos son ricos, y cada cual gasta de lo suyo, a su sabor y talante, sin fijarse en las disposiciones legales sobre los bienes de los con-

yuges. Tranquilidad más hermosa no se ha visto en esta tierra del hogar cristiano y del interés pecuniario. El está en Europa con sus dos chicos; ella vive aquí con sus tres niñas. Este afecto, que vive por la ausencia, se cultiva con todos los envíos y recursos epistolares. Cuando él viene, es ave de paso que vaga lejos del nido. Cuando ella va, se rinden los fueros delante de la gente. Es ella dama de virtudes agrias, necia, preponderante y exigente. El, muy caballeroso, pero muy dueño y pagado de su bello gusto. Lo que más se le atraganta de su cara mitad, es la chifladura por lo distinguido y entonado.

Ina (por Ernestina), con ser bastante vana y grandiosa, no lo es tanto como su madre se propone. Nadie ha podido saber a ciencia cierta si es fea o si es hermosa. Si vistiera como cualquiera otra, es probable que resultara, si no bella, muy garrida y agraciada. Pero su empeño en llevar toda moda, cuádrele o nó, con una exageración y un recargo verdaderamente indiscretos, hace de Ina Torralba un sér que desconcierta al mejor conocedor. En todo, ella es un maniquí que, se forma o se deforma, según crde ne la moda pintada. Más que de carne y hueso, parece de caucho.

Esta noche está lo que se llama despechada. Tanto más cuanto tiene gran empeño en ocultarlo. El caso no es para menos: Filemón Casanova, su último pretendiente, a quien juzgaba cogido entre sus redes, se le ha ido zafando poco a poco; y, en el baile, ha tenido la avilantez de cortejar, en su propia cara, a Ruth Lagos, una blonda aborrecible, inferiorísima a ella en prosapia, en fortuna, y, sobre todo, en elegancias. En medio de su mortificación, trata de figurarse que todo ello no es más que por afinarle la parada, dándole celos con la rubia. Si nó, renegara hasta de la moda y de sus trapos. Y no es porque el amor por Casanova sea cosa de los tiempos heróicos; nó: estas mujercitas-figurines tienen en el corazón más aserrín que sentimiento. Pero el amor propio... Oh! Filemón bien puede ser, en el fondo, cualquier cosa. De eso no se ha preocupado ni le importa. Mas, quién puede igualarle en apariencias?

Viste y vive, unas veces a lo yanqui, otras a lo inglés; es campeón glorioso en todo sport; tiene dinero, abolengo, juventud y figura; ha viajado, y es hombre tan de moda como ella misma. Si no es ésta su medianaranja, no se completa élla en Medellín. Fue-

ra de que doña Angela se pirra por él más que la hija.

Todo ello le trae un gran conflicto: si va al tennis, pensará el muy engreído que es por buscarlo; si no va, puede perder una ocasión muy favorable a la reconciliación. Nuestra Señora de las Victorias, abogada de moda en la crema medellinense, habrá de inspirarla.

Ha dormido mal; pero a las siete y media ya está entre los dos espejos, dándose el último perfil, con la postura del sombrero y la cogida del bolso. Doña Angela, a conveniente distancia, se extasía. Aquella cosa como talego troncho, de color tango, estrecha y templada abajo, abullonada en las caderas y abierta por un lado; aquel casaquín cola de pato, tan flojo y arrugado, que parece de otro dueño; la enorme mariposa de cinta que cubre media espalda; la gargantilla de abalorios, como uchuvapintonas; aquellos zapatos con hebillas de cura y tacones de militar; aquel casquete metido hasta la nuca, con una pluma rígida y parada; aquella figura como de trompo que ha tomado el cuerpo de la chica; todo eso le parece a la señora de Torralba la realización de un ideal que en el grabado parecía imposible. Oh, su Ina! Se

había hecho para que la moda se conformase a su capricho. Su Ina era el genio de la elegancia. Sale adelante, y tál que, si no fuera por la abertura del talego, no diera un paso el pobre genio. Doña Angela, atrás, casi bizca.

Desencanto en la catedral: aunque mucha envidiosa, no están las primas Covarrubias. A la salida, muchos cabildeos y consultas, con varias amigas fashionables, dentro del mismo templo, como por acá es usanza, entre gente distinguida. En el atrio, demora, a cualquier pretexto, a fin de aprovechar esos momentos tan oportunos para la pública admiración. Filemón, ausente. Allá estaría en el Club, como una tina.

Otra vez en casa. Nada de tennis: tál le ha aconsejado Nuestra Señora de las Victorias. Doña Angela le gruñe; pero en vano. Ina se pone al piano y repasa «Cuando el amor muere», que machuca tál cuál. De pronto, en la puerta: «Ina! Ina!», a grito limpio; porque también es rito consagrado, entre las niñas distinguidas, no entrar en las casas sin gritar desde la calle a la visitada. Ina suspende y sale a recibirla. Tras ésta, previo el grito de ordenanza, otra amiga, y luégo la tercera, hasta juntarse cinco. Tres

son del tennis, y vienen por Ina. En vista de su resistencia, proyectan cierto programa que no es del gusto de doña Angela, por parecerle muy poco entonado. Pero, cuándo no fué la prohibición el mejor incentivo? Esas cinco cabecitas gentiles de pájaro, se van embriagando con la locuacidad; las cinco hablan a la vez, las cinco levantan la voz; y ... oh poder femenino! las cinco se entienden. De todo tratan, menos del proyecto. Sálense al portón, y, antes que doña Angela se lo percate, han tomado calle arriba. Van a casa de misiá Pura, famosa autora de las clásicas empanadas. Allí, entre mordiscos y soplos a la caliente golosina, hablan de modas, de novios, de regalos. Al fin, sacan un tema que a todas les entusiasma. Cuál? Los estuches para las uñas. Cada cual hace el elogio de su herramienta, de su habilidad, de lo cuco y pulido del remate de sus deditos.

A la una están en el parque de Bolívar, sin guantes ni sombrero, departiendo con otras, en plena familiaridad, sobre trapos y amores, y del tema palpitante del baile. Cuatro, que no fueron invitadas, hablan de los desórdenes que en él habían ocurrido. Lo sabían de muy buena tinta. Las que asistie-

ron, niegan todo acaloradamente.

—Sí, mis queridas!—alega una de las detractoras—Hubo muchas que se salieron desde temprano, por no presenciar tanta patanería ni tanta perra. Que lo diga Ina.

Ina no afloja prenda y se sostiene en lo de la jaqueca de mamá.

—No lo niegue, niña, que todo el mundo lo sabe.

No sigue la porfía, porque, a esas, llega Ruth con otras, seguidas de Filemón y de varios de su círculo. Siéntanse al propio frente, en dos escaños que juntan. El saluda muy amable, y le dice a la Torralba, con familiaridad de camaradas:

—Qué elegancia, Ina! Una parisiense es una poma!

—No tanto como otros!...

En verdad que está el mozo como un brazo de mar: pantalones a listas con el remangue a media zanca, unos calcetines morauzcos, un chaleco lila de botonadura triangular, y un pañuelo verdoso, asomándole del bolsillo del pecho, como una rama marchita. Se sienta junto a la rubia odiosa, y principia el coloquio, a media voz. Por fortuna que Ina le ha cargado la mano a sus blanquetes; que si nó, se le vieran los cam-

bios de colores. Alguna le dice algo al oído.

—No mientes esa porquería! Después te contaré.

No tarda Walter, y...derechito a ella. No le va en zaga a Filemón en lo elegante. Tan expresiva se muestra con el advenedizo, que sus amigas se quedan en Babia. No hablan paso: hablan para que los oigan. El baile, y lo parrandistas y tranquilos que son los hombres, es el tema. Pero, entre frase y frase, qué de sonrisas y qué de jugar de ojos. Otros amigos se les agregan, acercan banca, las ponen vis a vis, y se traba la charla. Mas, llega la hora del té, en casa de Zarah, e Ina y sus amigas se despiden,

Doña Zarah (con z y h), viuda y con hijos casados, es una dama antioqueña, pero europea. Por amor a París ha renegado de su lengua, de sus parientes y de las costumbres de esta tierra. Vive aquí poco, y, ese poco, en francés. A sus salones sólo asisten extranjeros o antioqueños europeizados. Entrar allí es iniciarse en la logia de la «élite.»

Ya están en ella cinco extranjeros y tres criollos, cuando entran doña Angela y su hija. Zarah, que las da de virtuosa, perpetra en el piano un nocturno de Chopin. Es posible

que el ilustre compositor, a estar presente, no hubiera sabido de qué se trataba. Sírvese el bebedizo inglés, en el mismo salón, con pastas y bonbones «pedidos». Sólo el agua es regional... y gracias. Un franchute injerto en colombiano, berrea «Sur la tomba qui l'encerra» y el «Vorrei morire». Tan pesado el matinée de Madama Zarah, que uno de los maiceros propone que lo terminen en el del teatro. La anfitriona no asiste a estas cursilerías; los extranjeros la apoyan; pero otro antioqueño acoge la ocurrencia y hace embelecar a la prima Angela. Con primo de tál coturno se presenta ella en cualquier parte. Sale él y pronto torna en auto y con palco, porque las butacas están agotadas. Mejor que mejor. Dan «Amores y amoríos», la gran andaluzada de los Alvarez Quintero. Terminan el tercer acto cuando entran. Qué efecto el de Ina! Mas, todo se le vuelve hiel y vinagre, al ver en un palco inmediato a Filemón, en persona, con la rubia, la madre y toda la sacra. Lástima que no estuviese por ahí el ñapango de Walter!

—Acabemos este día, prima, como Dios manda. Vamos a comer al Club, y luego vamos a toros.

—No sea parrandista, Pedro José. Ve a

que es un viejo casado... Qué dirá Celia?

—Dirá que soy un viejo de muy buen gusto y que busco buena compañía. Qué dices, Ina, vamos?

—Mamá sabrá.

—Sí, sí!—insiste él—Las dejo de paso en la casa, para que saquen los abrigos y se retoquen, mientras le aviso a Celia que no me espere.

—Convenido.

Tan pronto despachan el yantar, que tienen tiempo de dar unas vueltas por el parque de Bolívar, para oír la retreta y ver la concurrencia. A las ocho y media, en el Circo. Grande animación, con los alcoholes del día. Como de ordinario, no sirve el ganado, pero el público está en su cuarto de hora.

Por ahí anda Filemón con los suyos; pero sin la Mona ni su gente. No se acerca por los lados de Ina.

—Esta parada sí no te la entiendo—le dice alguno.—Estás peleado, de veras, con Ina?

—No sé! Sólo te digo que me tiene jarto, con su pinchamiento y su elegancia. Ya sabes que soy otro elegante y que perro no come perro. Me atengo a la Mona, que es una ingenua.

—A lo Trigo?

—No tanto. Pero siquiera es mujer...nó figurín!

Y ella, la dichosa, la envidiada, se va a casa, con la cola muy larga, la boca muy amarga, y el corazón lacerado.

Pobrecita Ina!...



TITANES

Petrona Escamillo es célebre en «El Morro» por fanfarrona, autobiográfica, sentenciosa y trabajadora. Venga o nó al caso, pone siempre, más o menos, este mismo discurso:

«Tres pares de calzones hubieron en casa, fué de los de mi marido; pero, si no es por Petrona, a todos nos comen los perros. Ninguno de los cuatro taitas fue pa ver por mi padre, cuando el pobrecito perdió las vistas. Pero con la muñeca de Petrona son pandequesos! No bien me mandé yo sola, me hice cargo del viejito, y ai lo tengo más cuidao y más bien asistido qui ' un obispo. Tamién recogí a mis hermanas solteras, y ai las tengo con platica, con sus buenas alhajas y con más ropa las dos solas que todo el señorío del lugar. Con ser que que-

dé viuda con cinco hijos y en la pura istricia! Pero el que caiga en mis manos le enseño a trabajar o me reviento. Ya ven mis muchachos menores: manque los tres tán medianos, ya pueden mantener mujer y familia: tienen tierra y animales. Casé a mi muchacha; enviudó también... y ai la ven! Más abastecida y más llena que Audonita, ni la más rica. Ai tengo las dos nietas de colegiantas, de media y zapato y rompiendo lujo; y pienso mandalas al mejor colegio de La Villa, pa que aprendan la parte educativa y vengán a enseñales orgullo a las richonas de aquí. Ai ven a José Eleuto. Ningún gamonal ha sido pa hacer con un hijo lo que hizo Petrona con su José Eleuto. También es verdá que pocos cristianos tienen esa capacidá! Dende chiquito almiraba a los maestros y a los curas. Lo mandé a La Villa, al mejor colegio de la universidad de Antioquia, y ya está pa doctorase de médico. Ai tengo un colino de ganao pa ir a ver el doctorao y pa que compre los fierros y ponga la botica. Ya lo ven! Malo estará el decilo; pero ni entre los mozos del pueblo ni en los forásticos se ha visto ninguno más sabio ni más bien puesto que mi muchacho. A mis otros hijos, si como no les dió por ai, les

hubiera dao, doctores los saco a los cuatro, manque echara la jiel en el trabajo; que a yo me gusta que mis hijos valgan. Aquí no nos han tenido ni a los Escamillos ni a los Adarves por del cogollo, porque yo y mis hermanas servimos, de jovencitas, en las casas prencipales, cuando aquí había señorío y plata. Por eso aprendimos a guisar, porque esa sí era la gente que sabía de comida! Y hay algunas que me quieren hacer competencia y no saben hacer un sancocho. Si no es por Petrona, se habían quedao los de ahora sin saber que es un bocao bueno, ni que es aseo, qu'es lo pior! Ai tá la prueba: viene un señor de La Villa, y venga Petrona; viene el Obispo, y Petrona; hay boda de ricos, y Petrona. Petrona los saca de apuros y Petrona les gana el rial. Y a todos mis hijos y a mis dos hermanitas les he enseñado a que no trabajen de balde. Y después dicen que culeca sin gallo no saca pollos!..El gallo de Petrona dende hace diez y seis años es un viejito ciego y tembleque».

No son menos elocuentes sus apotegmas, que ella echa en sus momentos filosóficos, con cierto aire allá, de inspirada; verbigratia: «El que vende por menos del costo, arriesga a perder. Horno frío no asa pan. El pobre

que no trabaja como Petrona, arriesga a sudar frío. Conviene arrastrar del as, porque si el tres está sólo, tienen que rendirlo. Hijo que no ve por su padre, como Petrona, no es hijo tierno. La mujer vagamunda no puede ser honrada». Y no sé cuántas bellezas, que los guasones del pueblo le han recogido.

Todos estos perfiles le dan a la viuda de Adarve un nimbo de popularidad que la pone más ufana, si es posible. Y como todos, a porfía, la carean para que despotrique, ella no se pára en pelillos. Mas, es lo cierto que, a vueltas de todas sus sandeces, Petrona es una luchadora briosa y empecinada, como ella sola. Su difunto sólo le dejó un pedacito de tierra, que ella ha ido ensanchando hasta formar una finca de agricultura y algo de ganadería. De la casuca paterna, que ha ido comprando a los demás herederos, ha hecho un mesón dominical, a donde concurren los peones y oficiales de las dos o tres empresas mineras que dan la vida al pueblo. Fuera de eso, abastece, de tiempo atrás, a la gente de "El Morro", en el ramo de las exquisiteces gastronómicas. Su casa es una fábrica en que ella es el motor. Los catorce brazos útiles no paran nunca: los seis masculinos, cortando leña en el monte; los ocho femeni-

nos, quemándola en casa. Amén de los engordes de puercos, ya en el campo, ya en el pueblo.

Desde el viernes están los tres gañanotes en la casa: el uno para la matanza del animalejo, y los restantes para otras diligencias preparatorias y para asistir el ventorro y el comedorcillo, que, en noches de sábado, son unas Jaujas, con los tamales y las empanadas, las morcillas y la chicha, los chorizos y los chocolates, despachados directamente del fogón.

Mientras venta y comedor se mueven, la cocina crepita. Fogones y hornos, forjas y hornillas están en bunde, y en bunde las cuatro obreras y las dos niñas colegialas, que en día como ése trabajan a una con las adultas, amén de la fámula que sirve a la familia. Qué humero! Por fortuna que no es en ningún estuche. Unas arman y repulgan, otras fríen y voltean; ésta saca del horno todas las variantes del trigo; méte aquélla los ejemplares, dulces o salados, del maíz. Quién estira y blanquea la pasta para los «sapos»; quiense la há, a la vez, con el almíbar para los merengues y con el melote que ha de acompañar el buñuelo, con el picadillo de mondongo y cayo para la sopa domini-

cal del pobre y con el de gallina y cordón para el ajiaco de regodeo. Petrona, como el genio de la ubicuidad, está junto a los ollo- nes de tamales y junto a las bateas de pan- dequeso; junto a la que bate claras y junto al molinillo que agita el lago yemoso que ha de cuajar en bizcochuelo; en el horno, para los puntos; en la pica de papa y de mafafa, para graduar la revoltura; en la mesa de las últimas panelas, para indicar el corte. Está en el ventorro y en el comedor; aquí despa- cha, allí recibe, acullá cobra. Aquel olor tre- mendo y múltiple de asado y de frito, de cru- do y cocido, de sal y dulce, cebolla y canela, trasciende hasta la calle, como el vaho de la ahitera.

Y de eso será, por lo que sigue. Como promedia Noviembre, José Electo está en su pueblo, y de tresillo, en cas del señor Fis- cal, esa noche del brete. Entra, a eso de las once y media. Si en la venta hay calma, no así en la cocina. Uno de sus hermanos lo a- nuncia. Petrona sale.

—Sí que me da miedo, mamá, con estos trabajos tan a deshoras! Puede darle una angina...

—Qué cuento de anginal! Soy algún ca- ballo asoliao? Ya me hubiera muerto hace

mil años... Qué quiere cenar, m'hijo?

—Nada, mamá; estoy ahito.

—Ahito? Y eso qué es?

—Que estoy jaito, señora.

—Ajá! y eso qué? Tan dotor y no sabe el remedio?

—Tomé bicarbonato y estoy peor.

—No le digo!... Vaya acuéstese, que en esto le llevo el remedio.

José Electo está de sobretodo, con bu- fanda blanca, como el conde Danilo. Y qué raros se ven los zapatos de charol y la caña en aquel ambiente bodegonero. A poco en- tra Petrona con el terrible cocimiento de a- pio. «Tómeselo, manque le sepa a diablo. Es como con la mano!» El médico obedece.

A las doce están en la tienda, con el or- den y elegancia del caso, todos los comesti- bles y bebestibles, y todos los materiales, a punto de olla, para los cocimientos matinales.

Aquellas hormigas del agio madrugan con los pájaros, y, alternándose en las tres misas, por cumplir todas el precepto, prosi- guen la faena: más fritangas y confección de horchatas, despachos de contratas para las pulperías y para los toldos del mercado, venta de almuerzos adentro y para la calle.

Después de uno muy copioso, en que

regalan al abuelito ciego y al nieto sabido, curado por el apio, salen Petrona y Abdonita, muy peripuestas y emparaguadas. Van a la merca de azúcares, panela y demás elementos. El mozo marranero hace la compra de los víveres hogareños, vende el otro el maíz y el frísol, asiste el tercero las ventas, mientras las dos solteronas reciben las contratistas de huevos y de quesos, de mantequillas y de almidones.

A las tres están de vuelta Petrona y su hija. Ambas se encantan al ver a José Electo enrolado entre las muchachas de la cantarilla, florea que florea y apunta que apuntarás. Todas saben, de boca de Petrona, que tiene «tres novias villanas, de lo primero, que se lo pelean». Así y todo, se dejan querer.

Madre e hija toman el cargo en tienda y casa, a fin de que las dos beatas vayan al trisagio, las dos colegialas a lucir sus galas, y los tres mozos a buscar sus novias; que los tres «están en la pepera», que dice Petrona.

Es la hora en que los montañeros toman el algo, ese «algo del sitio», nunca oído en sus serranías. Petrona, después de llevar al pobre ciego un chocolate de padre y señor mío, se apersona en el mostrador, se cuelga la chuspa, se remanga, dicta sen-

tencias, y con sus manos pompas, llenas de sortijones, sirve y escancia, ahora la chicha y la horchata, ahora la conserva y la miel, ya el casado o el soltero, ya el surtido de las cosas dulces.

Abdonita se insinúa, atiende y hace el reclamo con su cara de pascua, sus dientes calzados y sus galanuras medio alegres de viuda consolada.

Aún hay venta por la noche a los campesinos rezagados, y, cuando no manda en el pueblo algún alcalde caviloso, pone Petrona la lotería en sus salones, a montañeros y sistieños, en que saca de cancha dos pesos por cada alto sencillo y cinco por cada lleno. La sesión se prolonga hasta las once; mas la ilustre familia no se recoge hasta contar los dineros y hacer los cálculos.

El lunes, día consagrado a Morfeo, hay cama libre hasta las nueve. En almorzando, toman los tres calzones camino de su leñas, las niñas el del colegio y Petrona el de su harina. Abren tabaco las otras, por vía de aperitivo, para seguir luego esa epopeya del trabajo en que se libra batalla cada domingo.

Quieres saber qué fue de esta familia? Pues vete al Medellín nuevo, y verás una ca-

sa hermosa y confortable. Es el nido de los Adarves; de los Adarves, que están muy bien recibidos y mejor emparentados; que aquí, como en todas partes, es el trabajo honrado la más esclarecida ejecutoria.



VAGABUNDOS

Amanecer radiante de verano. Un sol que justifica el culto de los incas. Cantar de pájaros y rezo de follaje.

Ramón, con el estómago silbando, se encamina al río, entre bostezos y suspiros.

Al llegar a la orilla, silba también, y canta luégo; canta inconsciente aquella jota «En la cuenca de tu mano». Hace frío, o, al menos, él lo siente. Vacila, se detiene, se rasca la cabeza, pero al fin se resuelve. Siéntase en una piedra, bajo el sauce que sabe de sus pesares y su sentir. Sentir? Acaso no sentiría ya nada, como no fuese hambre y sed, en ocasiones. Qué sabía él? Qué sabe una máquina, una máquina oxidada y sin uso? Mas, a qué cavilaciones y pesimismo? Su rumbo estaba marcado, claro y terminante, por el destino inexorable. Quién podía cambiarlo? Se quita los botines, si no torcidos, a punto de rajarse, y descubre esos pies

de aristocrático, que hace tiempo no gastan calcetines. Saca un cepillo más que viejo, un trozo de jabón, y, tras el ramaje desmayado, da a la limpia de aquella americana de moda anticuada, que fue de nueva negra y es ahora verdosa. Los forros quieren desprenderse, pero no haya cuidado, que nunca faltan alfileres; sigue luego el chaleco, y, por último, los pantalones boquibarbados, con un monóculo inoportuno. Qué hacer? No es su ciencia para enderezar tamaño entuerto, ni los alfileres eficaces para valerle en tal apuro. Qué triste era un hombre roto por el fondo! Por fortuna que la americana era larga, y él, muy erguido; que si nó!...

El sol ha de secar el terno, mientras Ramón ejecuta la obra magna de los sábados. Al agua el cuerpo con los trapitos íntimos! Jabón y más jabón, estregar y más estregar. Ahí está la piedra, que, si rompe, limpia. A escurrir tocan!... No queda aquello como ampo de nieve; pero, en fin... Bendita moda la de los cuellos sin almidón! Caso de pulir es el lavado, y pule. Luego el borsalino y el retoque de sabia humedad a la corbata de red atabacada. Ramón se pone el flux a cuero limpio, y un pañuelo en el pescuezo. Lanza tus dardos de sesguerete,

sol piadoso, sobre esas galas que te tienden!

Ramón se pasea como un poeta, jugando con una varita de sauce, que por gentileza ha descortezado. Lo que era afeitarse, él sabía cómo; pero, y el corte de aquel pelo? Si él fuera capaz de ponerle una culebra al mulato de la barbería aquella. Qué delicia, en ese instante, un «carabinazo» bien cargadito de alcohol! Pero ni eso! «El Zarco», su amigo providente, el hombre que sabía inventar y «analizar», ni visto ni oído. Ya que nó en la cárcel, dónde estaría entonces?

Se comprenderá por esto que el infeliz no es ratero ni pedigüño; busca la ocasión, implora con el pensamiento, procura se lo adivinen; que en noble cuna fue mecido. Tiempo ha que vive como caballero del milagro. Su padre, un viejo débil y achacoso; su madre, una señora tonta y complaciente, se enervaron con Ramoncito, el deseado, único varón y último fruto. Dueño de sus actos fue desde chiquillo. Escuela, cuando él quería; cuando nó, la calle con sus encantos y el mundo con su anchura. Su juventud: orfandad, dispersión de sus hermanas, ociosidad y vicios. Flor de un día, cuanto sus padres le dejaron. Grado a grado bajó en pocos años a la hampa miserable, hasta con-

vertirse en uno como expósito, sin techo y sin arrimo. Cumple ahora treinta y cinco años, y, aunque marchito, abúlico y hundido en el marasmo, aún conserva rasgos juveniles. Es una figura insignificante, que no resalta a la vista; un vencido sin luchar, que no se queja ni protesta. La miseria lo ha hecho tímido, a él que nunca fue osado. Como no hurta ni pide, ayuna con frecuencia.

Apenas el sol le hace la obra caritativa, se engalana y se va a unas pesebreras, donde suele ayudar, de cuando en cuando. Les pica caña a las bestias, y se desayuna con unos cuantos cañutos, que raja habilidoso, y con naranjas que ahí mismo coge. Día venturoso! Un viajero, a quien ayuda a ensillar, le da diez pesos por propina. El dueño del cuido, que le traduce los poemas naranjeros, le da otro tanto. Qué riqueza! Ante todo, corte del pelo, café negro, ese café dulce y peregrino de «El Blumen», con dos panes, tabacos y un par de «carabinazos» bien violentos. Ha sacado el día.

Como no ha conseguido para cama y no se acuesta en la acera, amanece en «El Blumen», de pie y silencioso. Nadie le ha ofrecido un vaso de chicha; nadie, un cigarrillo: los conocidos le desconocen, los extraños

no le notan. Mas al pasar las gentes para misa primera, entra un camarada: trago, chicharrón y café. Queda solo. Trasiega por ahí. Pregunta por «El Zarco». Nadie le ha visto. Los trenes pitán, braman. Vase a la estación del «Ferrocarril de Antioquia». Cuánta animación, cuánta alegría. Muchachas bellas y peripuestas. Ve conocidos, amigos de sus verdes años, con quienes partió sus dineros. No le miran: hay tanta gente. Parte el monstruo, y Ramón Sila se queda en el andén, mirando el humo. Se lo echa el viento a la cara. Es tan denso y tan picante, que por los ojos del mísero asoma agua. A través de ella ve la montaña azul, los sauzales, las casas de los campos, la naturaleza que convida con sus dulzuras. Todos, toditos menos él, tenían voz en el concierto de la vida. Ridículo y tonto que era él, en ocasiones. Pedirle algo a la vida un hombre sin medias y con pantalones rotos por detrás? Pues no faltaba más que a él le diera la llorona, de buenas a primeras. Como hay empleados y curiosos, tose y se enjuga esas lágrimas estúpidas. Enciende un tabaco, se engalla, y, taconeando recio, tira hacia el mercado. Va en busca del pinche de un mesón, algo amigo, a que le proporcione navaja y modo de

afeitarse.

Una vez rasurado, fresco y cepilladito, se disipa la nube: que el agua y el aseo de Dios, tanto valen al rico como al pobre. Al salir, siente efluvios de ventura: ve en el comedor unos cachacos bohemios y noctámbulos, que se desayunan por lo trancado, con pericos, morcilla y unos chocolates de canónigo. Los tres son conocidos de otro tiempo; pero no lo conocen, tampoco: está tan limpio. Sale silbando el «Tápame». Adonde ir en mañana tan hermosa?

Son las ocho. Grupos de niñas taconean, como corzas presumidas; columpian las escarcelas y apuran el paso para alcanzar la misa. Ramón añora sus amores ventaneros y sus trueques de postales. Los filipichines devotos, sombrero atrás, remangados los pantalones, van fumando cigarillos pico de oro y cigarros de sortija. A Ramón le amarga el tabaco y lo arroja. Se repecha más, porque se acuerda del roto. El parque le brinda con sus asientos bajo el ramaje, con sus fuentes entre las flores. Entra y se sienta aislado. Estudiantes jovencitos y de vara, compran cuanto les ofrecen, se hacen lustrar el calzado, ríen, gozan. La fila de autos se despuebla, y principia el can-

to de sus sirenas y la música de sus carreras. Los coches del lado opuesto entran como aprendices en aquel concierto de la dicha. Ramón está tan nervioso con el trasnocho, que el estruendo se le hace insoportable. Se agacha, y, a falta de varita, traza con un tacón espirales en la arena. Qué dicen esos signos serpentinos? No se aguanta. Por qué haberle dado por el centro, a él que vagaba, tiempo hacía, por los extremos? Con ese traje, cómo atreverse por entre tanta gente endomingada? Acaso en «La República», tal vez en «La Bandera Roja», pudiera... Allá, de todos modos! Con las manos atrás, en estudiada absorción, encamínase a esas cantinas. Entran con unos comestibles que provocaran a un agripado. Artesanos amanecidos quitan el guayabo con chichas, con jarabes, con pelos de la misma perra, mientras algunos cachaquines de media petaca la inician fervorosos. Ni unos ni otros alcanzan a mirarle. Pide con mucha cortesía un vaso de agua: él también tenía un guayabo que se lo alzaba. Vase a «La Bandera», y... lo mismo, y otro vaso de agua. «El Kiosko», entonces? Pudiera ser que allí topase al «Zarco». Tira hacia allá, por la avenida de la quebrada. Mozos mañaneros, charla

que charla, en la terraza del «Club Unión». Autos que les esperan, autos hacia arriba, autos hacia abajo. Siempre ese canto, siempre ese polvo.

Llega, y pregunta. Nadie ha visto al «Zarco»; pero él sí ve la jarana y el copeo. Se sienta, en espera, en un divancillo de palitroques pelados. Se acabaron los cachacos brindadores! Finge que duerme, y la ficción se convierte en realidad. Qué podrá soñar el triste? Cosa de agonía debe ser lo soñado, porque ronca estertoroso. Un brazo, un brazo fuerte que le sacude, le vuelve a la vida. Todos se han ido y el establecimiento va a cerrarse. Se despereza y sale. Un reloj da las dos. Siquiera! Suenan bandas que anuncian los toros. Oh, los toros! Su pasión, su ideal. Mira al cielo. Felices los gallinazos que gozaban del espectáculo taurino, que no tenían hambre.

Por «San Francisco» se dirige a «Guanteros»: El Zarco tenía por allí ciertos entruques. Pero el «El Zarco» no resulta. Baja por San Juan, toma el «Camellón del Medio», y se sienta al sol, en el poyo del puente. Autos, otra vez. Estaba visto que la polvareda había de ensuciarle la ropa. Estarían abiertas las pesebreras? Calmará el

guayabo con naranjas. Por qué nó con guayabas, si un clavo sacaba otro? Bien podría encontrarlas allí cerca. Se mete a las mangas, por el portillo de un vallado. Nada. Ni un botón. Tírase en el césped retostado y troncho. Tál se siente, que tiene ganas de llorar, de llorar hartito... Eso sí nó! Se sacude las hebras de yerba y sale huyendo. Soledades le enferman. Trasiega, aquí y allá, por las tiendas próximas a las estaciones. Siempre igual: conocidos que le desconocen, amigos que no le adivinan. Se va a las pesebreras. Están abiertas; pero la vara malhechora de alguna hada que le odia, sólo ha dejado, allá arriba del copo, tres naranjas para muestra. Toma la larga cañabrava; pero está tan torpe y lacio, que nada alcanza. Suda frío y se va a las canoas de las bestias. Torna a la calle y se recuesta en cualquier esquina. Un mero tabaco le ha quedado y está partido. Váse a «La Lámina», y se sienta, como atónito, en unos cajones, a un lado del mostrador. Otra vez se hace dormido, mas no se duerme otra vez. A las siete y media se hace el despierto, al pitar gamebundo del tren de abajo. Mas no se levanta. Siente el gentío que atraviesa, calle arriba. Ni le mira siquie-

ra. Desprecio por desprecio. De pronto, «El Zarco», de pared a pared: «Viejito—le grita, en cuanto le echa el ojo encima.—Tenés pa un carabinazo? Vengo de Bello, más rajao que una yuca». Que no, contesta, con meneo de cabeza. «Maldito sinvergüenza! Cuándo habías de analizar vos un jediondo peso!»

«El Zarco» sale como una hidra, y Ramón Sila, todo amanecido, madruga a picar caña a las bestias.



LA HORCA

Jefe de la chiquillería del villorrio es el tal Marcos Ciro (a. Levas), y no por más fuerte ni más arbitrario, sino por invencione-ro e inspirador. Para mimo no tendría precio. Tan embelecada mantiene toda su comparsa de camaradas, que hace de ella cuanto quiere. A ser perverso, la indujera a latrocinios y ferocidades. Por fortuna, no pasa de ser un tarambana muy bullista y un tanto extravagante, que pone siempre en práctica sus facultades de imaginar, de imitar y de hacer gestos. Las cosas que salen de aquella cabeza de once años! Las muecas que transforman aquella cara de mono!...

Si es «la rueda del ángel», él le pone detalles apayasados, que varían según le

venga el humor. Tres cuartos de lo mismo, si se trata de «el gato y el ratón», de «el repollo», de «la pizingaña», o de cualesquiera juegos infantiles. No descuella menos en los deportes del trompo, la perinola y la chumbimba. Pero su gran prestigio son las fantasías, que él improvisa a cualquier pretexto. Bandas rompetimpanos, con popos de vitoriera o de arracacha, con timbales y sonajas de cuanto latón halla a mano; cabalgatas en palos, a relincho limpio, a paso de corcovo, describiendo la fila, ahora ondulaciones, ahora caracoles; mascaradas con antifaces de papel, tizne en la cara y trajes al revés, a veces con chillidos en falsete, a veces en carcajada colectiva; entierros en donde sacan, merced a la mojiganga tan socorrida, cuando menos una docena de difuntos; candelarias nocturnas, en plena plaza, con rueda en torno, donde rapaces y rapazas giran vertiginosos, aúllan, mayan, croajan, rebuznan, cual si aquello fuese un rito ecuménico del reino animal; combates en el baño, en que el agua ametralla, de orilla a orilla. Total: que Levas mantiene el pueblo lo que se llama prendido.

Como toda celebridad, tiene adictos incondicionales y enemigos irreconciliables.

Estos últimos no le quitan el sueño ni la gana de jugar; que Levas es de lo tranquilo. Claro está que los maestros le mantienen entre ojos, porque a cada mueca del bufón estalla la risotada; claro que las mamás le arrojan enhoramala, no bien asoma las narices; que si nó, les solivianta los hijos y les hace sacar cuanto trapo y coroto tenga por útil a sus inventos.

Pero eso sí: para ayudar en toda empresa, en todo convite, en todo trance, es Levas el número uno! El, para desgranar maíz o fríjol; él, para escarmenar cerda y desmotar algodón; él, para las aguadulceras y mediastardes, para el acarreo de materiales para la iglesia, para el de la leña de sus alfarerías, para los banqueos y cavas de las obras públicas. En toda mudanza de casa, es llamado para el trasteo y el transporte. En cuanto muere alguno, allí está Levas para colgar trapos, poner santos y levantar el catafalco; y, si el difunto es de hoyo, ayuda a abrirlo, a bajar el ataúd y a echarle tierra encima.

Por Semana Santa, es una providencia: consigue el gallo y el brasero para el paso de San Pedro, lleva las tablas para el monumento, labra los chuzos para los frutereros, ar-

bitra las frutas y el barro, y modela según se lo exijan. El viernes trae el sauce para el Calvario, como el montañero más semana-santo.

Doña Simona, su madre, una viuda de exiguo patrimonio, así como sus hermanas, aseguran que Marcos es «candil de la calle y oscuridad de la casa»; que sólo es activo y acucioso en lo que no le va ni le viene. Así y todo, se encantan con las payasadas del niño y con la adhesión de su partido. Si impertinente, a las veces, les alegra aquella casa, de donde huyeron los otros varones en busca del pan, y donde sólo han quedado mujeres maduras y desengañadas.

El estallido jubiloso anuncia que las funciones tristes y las matracas hancesado, para dar lugar al rito alegre en que cantan las campanas.

En saliendo de las buenas ceremonias del sábado, emprende Levas la magna obra pascual, que hace tres años le está encomendada. Unido a tres de sus secuaces, se llega al uno, se llega al otro, en demanda de elementos. Quién, le da paja; quién, unos pantalones, perdidos por la plaga; quién, una levita de la pelea pasada; cuál, unos botines como los del gran Pérez; cuál, una chistera

apolillada, testigo de sus bodas. El estanquero, según costumbre tradicional en el pueblo, suministra el dinero para la dinamita y demás útiles, y el doctor Castejón, un petronio de cordillera, unos guantes de montar, de lo más seboso y mugriento. Una vez conseguidos los materiales, lo demás es coser y cantar. El trabajo se divide: dos, que entienden de pirotecnias, se van a preparar el gran taco. Levas y Chucho Díez, su compañero en el arte, van a vérsela con el enorme bausán. Desde la Semana de Dolores tienen arreglada la cabeza del malvado. Es una máscara horrida, como visión de fiebre alcohólica, con una cuarta de lengua afuera; una lengua pintada de un verde putrefacto. Una greña de cerda carrujienta corona aquella testa maldecida. Hanla encabado en un tronco, con otro atravesado, para que atranque.

Enhebran con pita una aguja de enjalmar, y, costurón aquí, costurón allá, pegan los botines a los pantalones, les hinchén con paja, viruta y hojarasca. Cátame el hombre malo, de la cinta para abajo, con unas pernazas, una barriga y unas posas, que era un junco de un lago el Gobernador Sancho. No es obra tan del momento la otra mitad del

traidor. Las manos de piel de gamuza, rehenchidas y amorcilladas, con unas uñas simbólicas que Levas le ha inventado al ladronazo, son uncidas a las mangas de la levita predestinada. Otra vez a rellenar! Aquellos brazos pecadores salen a pulso, como dos toletes. Meten, luégo, el travesaño que cuadra los hombros; meten la entraña carbonienta e inflamable, y sacan la mecha larguísima por un descosido adecuado. Venga paja y venga viruta, y cuerdas a guisa de tirantes, y bastas que cojan la pretina del cachaco. Con tres puntadas aseguran de la cuerda el sombrero de ceremonia. A la gaita de jirafa le cabe algo más que el dogal. Y es chiquito el cuello parado que Levas le farfulla con cartón!... Y como el Iscariote es liberal del bloque, le amarra una corbatona volandera más roja que un ají. Le izan de una viga para ver el efecto. Soberbio! Sólo le falta hablar al pobrecito ahorcado. Izado le dejan para que no se dañe, y en prisión oscura para que no le vean. De los sauces más encumbrados del Gólgota, que al efecto se ha reservado Levas, arreglan el patíbulo infamante. Se levantan a las tres, abren los hoyos, sacan a Judas, amarran la cuerda, levantan los palos con sendos

horquetones, les hincan, apisonan, cuñan, y ahí queda péndulo el infame.

Las gentes aldeanas madrugan en tal domingo a contemplar el pelele aborrecido. Cómo ríen y se burlan! Es tan hondo el gozo de la venganza santa! Es tan grato el espectáculo del cadalso!

La mañana, empero, parece que no celebra la Resurrección del Verbo: está nublada y lluviosa, lo que no empece para que Juan y Magdalena anden en carreras. En efecto, ocho sayones negros, ocultos bajo la caperuza rematada en punta, les llevan a la estampía, hinchados los mantos, los brazos en boleo, al viento los cabellos, caile arriba y calle abajo. La turba de chiquillos les sigue, gorra en mano, aceza que más aceza. La lluvia arrecia. Pero, en sonando las nueve, lánzanse a vuelo las campanas. Retumba la banda con un pasodoble, todo regocijo. La plaza se colma. Cual bandada fatídica de gallinazos, asoman por una esquina cuatro quintos del cuerpo de sayones. Por la opuesta surgen la Cruz, los ciriales y las faldas rojas de los monagos. A poco, Juan y Magdalena, al compás de la música. Los sayones que les cargan, se mueven de lado a lado y les hacen bailar de gozo, así como

a David ante el Arca de la Alianza.

De pronto, encumbrado, glorioso, en alto el pendón albo de la paz, asoma Cristo. Las gentes se apartan del patíbulo; la horca se destaca siniestra. Los sayones se desplo-man, se revuelcan, dan volteretas en el fango. Estalla un trueno horrible, y Judas vuela vomitando paja.

Cristo, con su tristeza imperturbable, se llega hasta su casa. Su madre le sigue, fulgente, nimbada de oro y pedrería, argentada la veste. Ave, Stella Matutina!



ALMA

Cuenta y recuenta, busca y atisba, y siempre le falta una, si nó dos. Error o nó, tenía de recogerse, porque era tarde. Así, disipándose por una simpleza, cómo podría prepararse para la comunión de un día tan grande? Bien le decían sus hermanas: era tan necia y meticulosa que se ofuscaba a sí misma y empalagaba a los demás. Esa monomanía suya de la exactitud!...

Guarda en la caja portadora, con la simetría y el orden que en todo pone, las ciento noventa y nueve rosetas de cinta roja y amarilla, que acaba de arreglar. La pérdida de una, ya evidenciada, le sigue escociendo, como una falta. Robada? Por quién? Tal vez alguna rata novelera. Son las insignias que han de llevar en la solemnidad del día siguiente los hermanos de «La Comunión Reparadora».

Al par que a esta cofradía, pertenece a «Los Terciarios». En ambas es dignataria, y ésta la hora en que aún no ha decidido bajo cual de las dos comunidades ha de formar, en esa fiesta en que los corazones fervorosos se rinden al Corazón Sacratísimo.

En el silencio de su alcoba, de esa alcoba pulcra y sencilla de solterona mística, se arrodilla en la tira de tapiz, delante de su lecho. Cerrados los ojos, inclinada la cabeza, recoge su espíritu, lo concentra en Dios, y, merced a sus preces de costumbre, practica un acto de verdadero amor. Y de qué modo! Siente esta noche venturosa las fruiciones de las almas purificadas. Siente que alcanza a hablar con su Dios, desde este destierro; que está con El; que le lleva en los profundos de su alma; que flota en torno suyo, como en el recinto de un templo. Diez y siete horas há que le ha recibido sacramentalmente, y le parece, no obstante, que acaba de entrar a su boca la Forma indecible. Sí: es El, que está en ella; el Creador de cielos y tierra, en carne, en sangre, en alma, en divinidad. Y ella, el gusano miserable de siempre. Se examina: imperfecciones, muchas; falta grave, ninguna. Sea El loado por los siglos de los siglos!

Vuelve la cara, transportada, hacia la repisa gótica que corona su lecho. Ahí está Jesús, abiertos los brazos, abierto el pecho, el corazón abierto, tal como le diseña la predestinada de Alacoque. Cuán hermoso! La llama que le alumbra día y noche, se le antoja que sale, no del vaso simbólico; del corazón de la efigie. Comulga espiritualmente, según la fórmula de San Agustín. Corren lágrimas despaciosas por sus mejillas de cera. Luégo, su habitual jaculatoria: «Corazón siempre dispuesto a recibir al pecador, recibid mis humildes suspiros, escondedme en ese asilo inviolable y haced que vuestra sangre misericordiosa caiga sobre mí para que lave todos mis pecados».

Pronto vela su sueño el ángel de su guarda; flota en ese ambiente íntimo el misterio de una iglesia, mientras la llama muda y perdurable arde ante la imagen veneranda.

Desde que al sol de la vida abrió la flor de su hermosura, tuvo Margarita Alba rendidos adoradores; pero el corazón de la hermosa no ha sido para pasiones de la tierra. Por educación, por herencia, por temperamento, es mística desde niña. Las contadas expansiones de su juventud fueron

siempre por obediencia, por seguir la corriente de sus hermanas, por conveniencias sociales, por lo que llaman representación. Su familia, honorable y esclarecida, fue siempre mediana en bienes de fortuna. Nunca ha pensado en monjes oficiales, porque siempre ha sido débil y de salud delicada. Otra hermana fue más afortunada. Muertos los padres, casados hermanas y hermanos, quedaron Margarita y Silvia varadas en el Magdalena del solterismo, tan tranquilas y felices cual si navegasen a todo vapor por un mar de leche. Silvia, aunque piadosa, no alcanza a mística como Margarita. Margarita lo refiere todo a Dios: sus pensamientos, sus acciones, su vida entera. Ya que no en clausura ni bajo reglas canónicas, procura ser su esposa, a su modo, en el ambiente casi monástico de su casa. Los estruendos del siglo llegan a esa mansión ignorada como vibraciones extrañas de un mundo ignoto, y, aunque dignataria en las supradichas cofradías, hace un papel hartos oscuro entre el beaterío militante. Es de esas almas que pasan por la vida sin que nadie las sospeche.

Antes de las seis está en San Francisco, en espera de la misa. Desde que entra,

siente la emoción de venturanza, que rara vez le sobreviene, en su empeño de vivir mortificada. No puede seguir textualmente, como lo acostumbra, el ordinario de la misa; divaga en uno como sonambulismo del amor divino. Oficia con un rito que su alma dilatada está improvisando. Al arrimar al comulgatorio, pide para no poner función; pero siempre la pone; las lágrimas le corren. Por fortuna que todos están más por mirar hacia adentro que hacia afuera. Vuelve a la casa y desayuna, para tornar a las ocho a la misa solemne.

Entra. Los revestidos salen; el alma alada de Mercadante preludia desde el coro. Margarita principia; ella era canto, incienso y oración; ella misma, una pobre mujer, fortalecida por las gracias sobrenaturales, iba a ofrecer a su Dios, la víctima indecible de Dios mismo. Ella se unía a la víctima sin mancha, para consumirse en un mismo holocausto. No podría ella ser víctima que subiese en «olor de suavidad»? Si amaba a Dios hasta ser suya, por qué nó? Su Dios la estaba alumbrando a ella, una criatura de entendimiento tan limitado. Veía claro. Su corazón, su conciencia, le decían que no se engañaba. Eso era así: la experimentación

de lo real, de lo efectivo, visto, oído y sentido por ella, criatura imperfecta. Qué no podría ese lazo de amor entre Dios y sus criaturas?

Sube al púlpito el jesuíta, el verbo inflamado de esta sección antioqueña. Habla el corazón de Cristo. Margarita le sigue el movimiento, el ritmo ideológico. Se le figura que ese espíritu de iluminado se une al suyo, tan oscuro. Sí: el predicador va diciendo lo que ella va pensando, va sintiendo lo que ella siente. Sí: es su misma expresión, palabra por palabra! Hablaría su alma por boca tan divina? Viene, luego, el sacrificio; siguiendo el texto manda a los hermanos que oren, manda a los corazones que se levanten; consagra, comulga. Este sacerdocio de su alma, en que ella misma se ofrece al par que su Dios; esta misa, la tiene transportada. Tras de todo esto, la exposición. Margarita se postra en un arrobo.

Sale radiante. Su hermana y sus compañeras del barrio le adivinan la ventura en la sonrisa, en la expresión de aquella cara pálida y fina, que han agostado cuarenta y seis canículas.

Después del frugal almuerzo, qué hacer? Pone rosas encendidas y nevadas a la esta-

tua del Sagrado Corazón. Y luego? Meditar? Nó, nó! Su director le ha ordenado que medite más por oblación que por reflexión. Qué ofrecer, entonces, que pudiera mortificarla en día tan feliz? De qué abstenerse? Qué hacer que no le fuese grato? Todo sacrificio le sería una delicia, en este día. Ah, sí: ya caía! Hacía año y medio que no pisaba la casa de las Sabinetas. Iba a sorprenderlas con una visita. Como siempre, le hablarían de modas, de regalos, de matrimonios hechos y deshechos; la impondrían de toda la crónica del vecindario, la interrogarían sobre cosas de que ella no tenía noticia. Tan inocente frivolidad pudiera no agradarle. Tal vez al contrario: eran tan buenas, tan obsequiosas las Sabinetas. Pero nó! Su salida, en día como ése, podría tomarse a ostentación de beatería, a vanidad de religiosa. Por seguir el mandato de su confesor, acaso lo estuviera exagerando. Una buena lectura no era, propiamente, la meditación reflexionada. A ello: unas cuantas páginas de «La Preciosa Sangre». Pero tampoco: ese padre Faber era una de sus delicias, y de mortificarse un tantico se trataba. Pero, ah idiota que era! Iría a la visita, y ojalá la tomasen por ostentadora de piedades! Eso era un rasguño al amor

propio.

Iba a salir a casa de las Sabinetas, cuando Dios le depara la gran mortificación. Comparece nada menos que doña Justina de Villada, señora murmuradora, temeraria, ponzoñosa, amiga de ventilar asuntos espinosos de la vida ajena. Es ello como una enfermedad, como una psicopatía. Doña Justina principia a esgrimir esa lengua de sierpe y Margarita a sudar; reza por dentro. Bien merecido se lo tenía por novelera: ocurrírsele otras prácticas, en día como ése, en vez de estarse ante el Santísimo expuesto! No sabe qué cara poner, ni cómo seguir aquellos temas, ni cómo mostrarse amable. Pero Dios es servido de enviarle una amiga, que la llama desde la ventana, para que vayan al trisagio. Se despide y deja el bacilo de las difamaciones.

La oración fervorosa la purifica de aquellas sugerencias de la dama. Después del trisagio, la procesión vase formando, comunidad por comunidad. Avanza calle abajo. Hermosas y diversas las huestes de Cristo! Escuelas públicas y privadas, colegios, universidad, academias, cofradías, cuerpo gubernativo, tropa, bandas, santos en andas, uniformes, insignias, estandartes,

gallardetes, flores, palmas, aristocracia, clase media, plebe... cuanto Dios ha creado!

Margarita se ha decidido por «La Comunión Reparadora». Lleva una borla del estandarte, guantes, la cinta con la medalla, y la cabeza baja. La imagen de Jesús con su corazón inflamado va en carruaje, y Margarita en una angustia irresistible que le quiere oler, si no a pecado, a una imperfección muy grande: no le resulta aquella imagen adorable, arrastrada por ruedas. Verdad que el vehículo es espléndido, soberbio el caballo y correctísimo el auriga, que guía desde abajo. Pero se le figura que no se le rinde a Cristo, como en las andas, el vasallaje de llevarlo a hombros de sus hijos más adictos.

La procesión enfila de seis en seis. Toma hacia arriba la avenida sur del Santa Elena. De la opuesta puede admirarse la magnificencia, la pompa, los adornos de las casas, el juego de tanto color, el cabrilleo de tantos oros, el gentío en tanta variedad, el triunfo de la religión.

En San Francisco espera su Ilustrísima. Toma el Sacramento en la custodia. Le saca hasta la puerta. Un jesuita vocea desde una tribuna la consagración a Cristo. La

multitud se postra, estremecida, y la bendición pontificia cae desde el cielo sobre el pueblo católico.

Margarita se levanta ungida, limpia de sus ociosos pensamientos, serena, remanada. Se recoge temprano, para madrugar a la fuente inagotable que la sostiene siempre fuerte, siempre inmaculada.



EL ANGEL

El resonar de la lluvia en los yarumos, el lamento del guacó, los quejidos de las gurrías y los ayes de otras aves nemorosas, anuncian las tristezas de un nuevo día. Por las junturas, medio tapadas, de aquella choza de vara en tierra, suspira el ábrego y despuntan los primeros albores. Se sienten adentro las respiraciones fatigosas de un sueño intranquilo y el aire acre e infecto de la miseria.

Fortunata despierta sobresaltada y se despereza en su nido de harapos, como un gusano que rompiese su capullo. Se incorpora, fija en el otro camastro, donde duerme la madre. Gracias a Dios que aún dormía la pobrecita! No habría pasado tan mala noche... Entre preces y bostezos, se echa encima los míseros vestidos, y sale a la cocina, tiritando de frío. Desentie-

rra el tizón, que yace entre la ceniza, le junta otros carbones, y, a fuerza de soplos y pujidos, consigue que levanten llamada. No bien arde la leña, pone al fuego un cacharro con agua, hoja de cordoncillo y alumbre; bájale, después de largo hervor, y, con un hisopillo que allí mismo farfulla con hilas y un popo de carrizo, se hace un lavado dentro de las narices, entre gestos y estornudos. Le duele, le duele mucho lastimar aquella infección crónica. Tanto, que los lagrimones le corren por las escuálidas mejillas. Pasada la tortura, pone la magna olleta, mide tres raciones con un cuenco de coco, echa un cuarto de panela y tres bolas de una mezcla de maíz con algo de cacao. La olleta que canta y ella que acude con el molinillo de raíz! Arrima a las brasas las arepas de mote, preparadas la víspera. Pone una en un plato de madera, escancia en el coco el fementido brebaje y corre a llevárselo a la inválida.

—Buen día, m'hija!—clama ella en cuanto asoma.

—Sacramento'el altar, madre! Pasó muy tranquilita; no, señora?

—Gracias a mi Amo y Señor y a la Virgen del Perpetuo!

—Qué tan bueno! Bébase su cacao, qu'está muy sabroso. Tanté que l'eché ja-maica!

Torna a la cocina, y, después de tomar su totuma del consabido bebedizo, arregla lo que ha de dejarle a la viejecita para el almuerzo. Sin temor al frío ni a la lluvia, se fregotea brazos y cabeza y se sienta en el quicio a hacerse el gran peinado dominical. Una totuma con agua limpia le sirve de espejo. Acicalada, pone junto a la cama de la enferma un plato de palo, con cuchara de lo mismo, con esa a manera de sopa de maíz cascado que los montañeros llaman «machorrucio», una arepa, y otra toma ilusoria de chocolate.

—Ai le dejo su almuerzo. Toíto se lo tiene que comer!

—Si, m'hija.

—No ayune hoy de su cabito. Ai le dejo tres tabacos muy buenos y los lucíferos.

—No'stá lloviendo muy duro, hijita?

—Ello nó, señora: Casu'es tanto? Y no se confunda: yo me tapo con el costal y llevo el encerao por si me llueve a la güelta.

—No se vaya a lavar acalorada cuando llegue al sitio.

—Bueno, señora.

—Encomiéndeme mucho en la misa.

—Bueno, señora.

—Dígamele a mi'amo el señor cura, que si puede, venga a confesame esta semana.

—Bueno, señora.

—Póngame al rincón a mi Señora del Perpetuo y écheme el rosario.

Hecho esto, descuelga de una cuerda unas sayas remendadas; se las viste, se las amarra con un chumbe, hasta dejar afuera la esqueletada pantorrilla.

Amántase, en seguida, con un pañoloncillo ralo, de algodón, que fue negro en otro tiempo; toma un costal viejo, una tela embreada y se arrodilla.

La madre la bendice y agrega:

—No se tarde mucho, hija.

—Apenas consiga el alguito, corro p'acá. Pero vusté bien sabe, madrequita, qu'eso no pende de yo: en ocasiones no se les ablanda el corazón sinó algo tarde. Quédese muy tranquila. Quiere que le saque el huso, por si puede hilar?

—Domingo nó, hijita. Destape el güeco, pa que éntre la luz, y déjeme la puerta algo abierta, que yo no tengo frío.

Quita la hija un tarugo de trapos que cubre, al frente del camastro de la madre, una como lucerna, y sale. Puede entonces contemplarse el esplendor persiano de aquella miseria: los dos camastros de pingajos, resquicios de algo que fueron telas, fétidos, astrosos, arlequinescos; una como mesa, con tres platos de loza desportillados, un pocillo sin oreja y unos asientos de botella con flores de caunce y de lengua-debuey: es el altar de la Virgen. A un lado, un grabado del Nazareno; al otro, uno de San Antonio, a cuál más viejo y roído. Por asiento, dos gruesos troncos de roble, una banca de tablón y patas enterradas, al estilo de las camas; en un rincón, un tacizo y un regatoncillo. Pedazos de estera, de zamarros, de cuero, de todo, por donde más abriguen; algo de barro por fuera de las paredes; por dentro, los palos pelados, algunos cestos negros, horquetas para colgar los víveres y unos haces secos de cebada y de eneldo. Las arañas, la polilla y el polvo han vestido todo aquello de tules orientales.

Contigua, en un tingladillo, la cocina: unas piedras en el suelo, un trípode de troncos con la piedra de moler, una barbacoa

con tres ollas, unas totumas, una batea y el indispensable calabazo, enorme y corvo. Atrás, la huerta: cuatro matas de col, zanconas y enfermizas; hasta ocho de cebolla, orégano, mejorana, el matorral de culantro y una vitoriera improductiva que se enreda por todo el cerco, con esa exuberancia de lo inútil. Ni una paloma por ese caballete, ni una gallina por ese predio. Demora el palacio entre un bosque socolado, de chachafrutos y de dragos, de yarumos y de caunces, al confín de un monte espeso, donde el chuscal se entrevera con los carrizales, donde las lianas demócratas enlazan el roble con la matandrea. Al frente, un rastrojo de mortiños y de salvias, de chilcos y de cargamantos, de esos helechos y esa vegetación efímera que viene tras la quema. Todo ello en una cañada lóbrega, profunda, por donde corre una quebrada muda, donde habitan la soledad, el olvido, los genios de la melancolía y la Madremonte con todos sus misterios. Sólo la tórtola y la mirla, esas voceras del desengaño, interrumpen con sus quejumbres los rezos funerales de los vientos, en aquella región de la tristeza. Con decir que se llama «Las Animas»!... Aunque por trocha agria, sólo dista de Sam-

bruno como cinco cuartos de legua. Apenas sola, principia a llorar de dolor la pobre viejecita. Siete años há que una neuralgia, una dolencia irreductible, inexorable, la postra en el lecho. En las noches de sábado, hace un esfuerzo supremo y finge que duerme, para que duerma Fortunata. La pobre hija, tan enferma y todo, tiene que madrugar tanto los domingos; tiene que sudar todo el día para conseguir el sustento. La infeliz madre, al sentirse en esa soledad, no sabe ni qué hacerse; llora y grita todo lo que disimula ante su hija; canta a veces como una loca; a veces impreca en altas voces, saltando como una posesa, entre sus trapos míseros. En sus instantes de tregua, alaba al Señor y apostrofa a la Virgen, con esa piedad extraña e infantil de los seres atormentados por los dolores físicos.

Parece que aquel domingo la escuchan en el cielo más que siempre. De pronto los dolores se atenúan; se atenúan tanto, que casi no los siente. Ve que ha cesado la lluvia y que el sol alumbra. Hacía tanto tiempo que no reparaba en nada! Estaría alegre? Ella alegre? Sí lo estaba. Bendice, reza, conversa con su Virgen: «Tan buena, tan querida esta Señora! No nos deja morir de ham-

bre nunca, nunca! No es cierto, hermosa? Vos tampoco, Niñito querido, aunque tengás el zapatico suelto?». Medio se incorpora y estira la cabeza hasta ver un pedazo de rastrojo. Qué precioso era todo!

Tras el Te Deum de aquella alma, el pensamiento vuela a lo que tiene de más santo, aquí en la tierra. Ya habría llegado al camino real? Pobrecita! Qué hiciera élla en la tierra sin esa hijita que Dios le había dado? Sin el ejemplo que le daba esa criatura, no tendría ni paciencia ni sabría pedir. Bien se lo decía su amo el señor cura: Fortunata se iba al cielo con todo y trapos. Lloro enternecida y toma el rosario. En acabando, la emprende con aquella sopa trasnochada, con un gozo que semeja hacimiento de gracias.

Fortunata, entre tanto, ha llegado a Sambruno, a tiempo que dejan para misa primera. Arrodíllase junto a la puerta del perdón, un poco apartada de los fieles. Nadie se le aproxima, nadie la cerca, aunque haya mucha gente: es bruja y le hieden los untos. No le han hecho en el pueblo mayores daños materiales, porque el cura la defiende y la ha declarado bajo su égida, ordenando, por precepto de santa obediencia,

cia, que se la respete como a la señora más virtuosa y principal.

La infeliz reza siempre en la misa para que no la insulten, para que no le hiedan las narices, para que no le nieguen la limosna. No bien sale, principia aquel calvario del pordioseo, tímido, mudo, azorado; aquel trasegar como una larva, de casa en casa y de puesto en puesto. Unos le dan por que se vaya pronto, otros se tapan las narices y le vuelven la espalda, los más la echan noramala; que la caridad con el prójimo repugnante no anida en todos los corazones. Esta hiel y este vinagre, con que suelen abreviarla, parecen acentuarle a la mísera su fealdad, su amarillez y su giba. Sus ojos, negros y ribeteados, con aquellas ojeras más negras todavía, adquieren, en esas horas de amargura, una fijeza extática y sibilina, mientras su boca, desdentada, de labios descoloridos, se sume en una mueca desolada, agoniosa, que infunde ideas fúnebres. El temor, el anonadamiento, le embargan la palabra. Su voz, de suyo tan nasal, sale apagada, tartajosa, trémula, las raras veces que tiene de hablar con alguno del lugarón. Sólo la fuerza del amor filial es poderosa a que este sér macabro dé

antelas gentes manifestaciones de vida. El cura, sólo el cura, conoce los tormentos de este corazón que la desgracia santifica.

Y qué recoge Fortunata? Muy poco en el mercado y algo en las casas; mas la cofradía del Corazón de Jesús le tiene asignada, aunque exigua, cierta limosna en especies, sin contar los veinte pesos semanales que le da el cura y algunos diez o quince que, peso a peso, le arrojan los tenderos. Con ellos compra tabaco, huesos para caldos, y completa el cacao. A la vuelta, en un ventorrillo de las afueras, la esperan dos llagosos, tan fétidos como ella, con quienes hace trueques de piltrafas y panela, por huevos y por grasa.

A eso de la una, cuando apenas han principiado los trasiegos angustiosos de la pordiosera, se ha quedado dormida la viejecita, allá en las soledades de su cañada. Mas de pronto, la despiertan tres detonaciones. Presa del espanto emprende el Magnificat. No ha terminado, cuando invaden la cabaña tres mozos con escopetas y machete al cinto. Les ha atraído el aspecto de aquella vivienda desierta. Más que todo, los sorprende la anciana. Preguntan, indagan. Ella contesta, con esa solicitud del infeliz a quien

requiere el venturoso.

Son el nuevo abogado de Sambruno y dos estudiantes en vacaciones, forasteros en el lugar. Es el uno nada menos que «el loco Naos», el gran tipo de la Escuela de Jurisprudencia. Bien puede tener de loco, pero tiene más de rasgado y de original. A un corazón generoso, un claro entendimiento y una fantasía arrebatada.

Mario Naos ha llevado sus estudios a paso de vencedores; está para licenciarse, despunta por las letras, hace hermosos versos, y, a tan buenas partes, agrega la de tener la administración de sus cuantiosos bienes, por ser huérfano de padre y mayor de veintiún años.

Van de cacería a tierras de un magnate, casa de unos ganaderos, donde pasarán la noche, y han tomado esos vericuetos por tener noticia de que abundan las tórtolas y otras aves. Les acompaña un mulato que les guía y les lleva las provisiones.

Dos siguen en la matanza de las tórtolas; pero Mario, que tiene algunos tragos en la cabeza, pone la escopeta en un rincón y le hace a la enferma el gran reportaje. A fuer de poeta, ha visto en ella un

caso hermoso, un buen documento humano.

—Pero, por qué vives en este desierto, tan inválida y tan sola?

—No, mi niño: yo vivo con una hijita, qu'está hoy en el sitio.

—Es bonita?

—Dito sí. Dios, mi niño! Es un come-me. Si es viejorra y enferma! . . .

—Tú lo que tienes, viejita, es hambre, miseria y desamparo. Voy a hacerte, desde ahora, un remedio famoso.

Pone agua en el pocillo, le agrega un poquito de brandy y se la hace tomar a sorbitos. El la acompaña y le enciende una conchita. Llama al mulato, le hace abrir el fiambre, saca panes, hojas de carne, de gallina; saca de todo; quiere que la vieja se atraque.

—Si yo no tengo dientes, mi niño!

—Come de esta carne pisada, y guarda lo otro para que tu hija te lo machuque.

Ella prueba.

—Debes tener una historia muy curiosa. Se te ve, viejita! Me la vas a contar, como si te estuvieras confesando conmigo. No dices que hoy estás sin el dolor? Pues aprovéchate. (Saca cuatro monedas de a

cincuenta pesos). Toma, para que tomes harto cacao. Empúñalas bien para que no se te salgan.

Soñaría?

—Mi Señora del Perpetuo se lo pague!

—Qué va a pagar, viejita! Si fue la Virgen la que te mandó conmigo esa suma tan grande! Guárdala, pues, pero ligero.

—Y pa qué quiere saber cosas tan tristes?

—Pues para entristecerme! Pero, cómo te llamas, que no me lo has dicho?

—Yo me llamo Felícita, y mi hija Fortunata.

—Felícita y Fortunata? Por eso están como están: asustando a los hombres. (Se sienta en un tronco.) Quién era tu marido?

—Mi marido? Yo no he sido casada, mi niño, pa qu'es si nó la verdá? Yo soy hija del dijunto Juan de la Rosa Ballesteros, qu'era agregao del dijunto don Roque. Yo'staba tan mediana cuando se murió mi madrequita, que ni'an d'ella me acuerdo. Mi taita taba ya algo viejo, y no topó con quién golverse a casar. Vivía muy alentao, pero de presto se jué hinchando, hinchando, hasta que se golvió un botijambre, y, después de muchas penalidades, se murió el viejito,

sin dejame ni un cuartillo partido por la mitá. Yo quedé con una tía, en la misma casita de don Roque, onde los toleraban. Lavábanos ropa y con eso medio comíanos. Me salió, en esas, un novio de agarre; pero jué con malas intenciones: él m'engatusó, a como quiso, y me dejó. Nació Fortunata y pasé muchos trabajos pa crialá. Me golví, antonces, mujer mala, y... tuve a Marcos y a Eulogia. Mi tía se fué caliente con yo; mas sin embargo siempre crié mis tres muchachos. Marcos taba ya mocito y me ayudaba mucho; pero lo reclutaron cuando la guerra del Palonegro y... hasta el sol de hoy! Eulogia era una moza muy bonita y muy alentada; pero cuando menos lo pensé, me la engatusaron como a yo. Yo'staba inocente de todo, y un día se madrugó por leña. Ya muy tarde, visto que no parecía, salí a buscála al monte, con una amiga, y... sabe cómo la incontramos? Pes junto a un palo, que ni una res degollada. Ya los guales prencipaban a picala y los langarutos habían dao cuenta de todo. (Pausa). No me quedó más que la mera Fortunata, pero muy atembada y con un mal fatal en las narices. El mismo que padece. Hacíanos hojaldras, pero no

las vendíanos porque les dab'asco d'ella. Como era muy feíta de nación y creció gorobeta, parecía una vieja dende moza, y, antonces, determinaron los del sitio qu'era bruja y dieron en aborrecelos. Naide iba a casa. La gente los medía puño y los insultaba. Y los muchachos los tiraban piedra, cuando pasábanos por el camino. Ya yo padecía d'este dolor; mas sin embargo, siempre me valía algo y no tenía que coger la cama. Mi amo el señor cura, en vista de lo que los acosaban en el sitio, determinó mandalos a este monte qu'es d'él. Esto era una troja y la hizo arreglar pa yo y Fortunata. Aquí me acabé de tullir; pero tan siquiera tenemos leña y naide los molesta. Esta Señora del Perpetuo, tan querida, no los ha dejao perecer. Fortunata, anque la aborrecen, sale al sitio y consigue el bocao pa las dos.

—Y no le has pedido a la Virgen que las cure?

—No quiere, mi niño! Asina los conven-drá! Me han hecho remedios di'una y otra laya... y nada. Me han visto médicos de lo mejor... y nada. Mi'amo el señor cura me trujo un dotor forástico, que vino a curar a un rico del sitio... y tampoco. El me chuzó con unas agujas; me hizo mil de-

sámenes y sobas... y siempre este dolor! Tan presto es en las piernas, tan presto en los brazos. Hay veces que me paña toda l'arca. Vea, mi niño: no me deja día y noche. Tal cual vez tengo un ratico como agora, pero a la noche me las cobra. Quiz-qu'es qu'estoy purgando dende en vida toí-tos mis pecaos.

—Y por qué no te llevan al hospital?

—P'allá querían jalar con yo; pero sin Fortunata: quiz que les jiede. Yo no quije! Qu'iba yo'hacer sin m'hija? Y cómo la dejaba sola en la vida?

—No te aflijas, viejita: allá verás que la Virgen, si no te cura del tiro, te va a aliviar mucho, lo mismo que a Fortunata. Ella me mandó que te lo dijera. Toma estos tres papeles más que ella te manda conmigo, para que te alimentos menos mal. Con eso puedes comprar gallinas y leche, y carne y quesito. Guárdalos donde no te los roben. Esta semana vuelvo y te traigo una cobija y hago un convite para que te remienden el techo y las paredes. Ya sabes: si no te destripa un palo de este monte, te hago llevar, antes de tres meses, al asilo de Medellín. Allí te reciben con Fortunata y todo. No ves que soy mandado por la

Virgen?

—Asina lo veo, mi niño! Que la Virgen se lo pague.

—Qué me va a pagar, si le estoy debiendo? Y hasta el jueves.

Toma su escopeta y se va.

Cuál se quedaría Fortunata con aquel tesoro, casi incalculable! Cómo dudar de que el niño ése fuera un enviado de la Virgen del Perpetuo?

—Si es mandao, m'hija. El mismo me lo dijo. Y vea: manque tenía machete y unas botas muy feas y un sombrero de judío, se parece mismamente a los ángeles de La Resurreición del sitio. Asin'es de bonito y de zarco y asina sin bozo, como los ángeles. Tan sólamente no tiene el pelo largo.

«El loco Naos», rico y fantástico, cumplió su promesa, desde el remiendo de la choza hasta la llevada al asilo. En él están Fortunata y Felícita. No han vuelto a ver al ángel, porque los espíritus de Dios sólo una vez bajan a la tierra.

VEINTICINCO REALES DE GUSTO

Primero la gente, y después lo que hace.

Ni la corriente la envuelve, ni las olas la botan a la orilla, ni la hace zozobrar el remolino: es una balsa que navega serena, sin temores, por el río de la vida.

Familia más opaca y menos vistosa en sociedad, no vieron nunca estos lares antioqueños, tan ponderados. Veinte años hace que don Vicente Romero y doña Antonia Molano llevan, en paz y gracia de Dios, la matrimonial coyunda. El frisa en los cincuenta; ella, en los cuarenta y cuatro. Tardíos y pocos fueron para ellos los frutos de bendición, pues Tocayo, el primogénito, apenas entra en los catorce, y la Nena, cuarta y última, en los nueve.

A este amor, un tanto ocioso y defraudado en los seis primeros años, vinieron a depurarlo y enaltecerlo los frutos supradichos, hasta convertirlo en un afecto práctico, confiado y solidario, hartó parecido a un compañerismo industrial. Marido y mujer son buena gente, por la prosapia y el manejo; cristianos de cepa vieja y más conservadores que el Padre Astete, con ser que don Vicente se rotula liberal y rafaelista. Toda su vida ha sido contador a destajo, y gana, en la actualidad, un mes con otro, sus siete mil pesos, los mismos que le entrega a su consorte. A más de grande administradora, es ella el aseo y la pulcritud andando; y ha aportado al matrimonio, por herencia anticipada de sus ancianos padres, una casita nueva, cuca, con todo y agua adentro. Mantiénela como un pesebre; que es de estas señoras medellinenses que gastan coco e hisopos para enlucir, brochas y colores para pintar. Fuera del vestido anual, que su marido estrena en Jueves Santo, cose todo lo cosible, inclusive las boinas y casquetes de los dos chicos y los sombreros de las niñas. Romero, como ella le llama, vive más cepillado y peripuesto que un cura currutaco, pues por el atalaje del marido se saca la esposa. Con primor

y ligereza especiales, borda, en sus horas libres, mantillas para el comercio, sin dejar por ello de mantener en planta alguna labor de aguja, para el ornato y la elegancia de su casa. Romero, otro que tál, cultiva, en sus momentos de ocio, el huertecillo hogareño, lucrándose un tantico con los aguacates, mandarinas e hicacos y con las raíces y yerbas para ensalada; con estos gajes pagan el colegio de los hijos y les sostienen el calzado.

Comparte con ellos el calorcillo del lar una viuda sin hijos, que ha criado como suyos a los cuatro Romeritos, y que se ha vinculado a la familia por adhesión incondicional y por conveniencia indiscutible. Nicolasa, que tal se llama la fámula, presta toda clase de servicios, dando y recibiendo consideraciones y cariños.

Esta familia, que no tiene por qué hacer viso ni ruido de ningún linaje, no es arisca ni aislada: fuera de las familiares, cultiva relaciones con viejos amigos y discretos entruches con algunos vecinos.

Romero, que se pirra por la letra impresa, es abonado a una biblioteca recreativa, y su suegro, suscriptor de los periódicos locales, de varios del país y de algu-

nos extranjeros, le suministra, tarde por tarde, el pan intelectual del papelorio público. Rezan a las seis, y de ahí en adelante, mientras estudian los niños, leen los periódicos, haya o nó visita. Así es que, sin entender demasiado los tiquis miquis políticos, están enterados del noticierismo.

A las nueve tocan a chocolate, piden los hijos la bendición, y todos se recogen. Viene, entonces, la lectura íntima, en plena cama, hasta las diez y media. La Invernizio, la Braemée, Montepin, Ponson du Terrail, así como los horrores policiacos de Raffles y Nick Carter, son casi siempre los causantes de estos trasnochos conyugales. Mas no hay que temerles: a las cinco y media retañe el despertador inexorable y... afuera todo cobijo! Ya se oye en la cocina la balada de la mazamorra, casca arriba, casca abajo. Previos lavatorios, arreglos y desayunos, toma Romero sus fierros de labranza, y Colasa, escoba y regadera; sale Toña para misa y los chicos para sus colegios. A las ocho está Romero en su almacén, y la casa con todos los matorros lustrados y con todas las flores y todos los perfiles que ama y criada le ponen; que las dos se emulan en coqueterías

decorativas. Luégo, la compra del diario, la costura o lo que sea, con su tiempo fijo, su peso, número, y medida; porque... ah vicio!

Los meses de buen manejo en los hijos y de buena entrada en el erario toñeril, hay cine para los siete, y si hay alguno en castigo, se queda con mamá y la Colasa. Pero la gran calaverada de la familia, que entra siempre en el presupuesto, es el paseo al campo, cada tres meses, solos o con uno o dos invitados. Tal extra no puede costar más de doscientos pesos, sea como fuere.

La jira de aquél domingo memorable es, como otras veces, a Las Estancias, una de las rinconadas más amenas y pintorescas de las cercanías de Medellín; a una finca de recreo, con plena autorización de su propietario. De tal propiedad es mayordoma, en reemplazo de su difunto, nada menos que la señá Crisanta, madre de la Colasa.

Ocupa la casita de ordenanza, aledaña a la residencia principal, y vive con Escolástica, su hija mayor, muy vieja y santurrona, y con Victoriana, una nieta medio idiota.

Los invitados de este día son Graciela Oliva y Fidel Abello. Es ella íntima de

Toña desde la infancia, gran modista, de humor regocijado, y sabe sobrellevar su solterismo con tranquilidad y gentileza. Es él un famoso estudiante de ingeniería que cursa la juventud sin violencias ni locuras, con la natural alegría y el espontáneo despertar de sus veinte años. Es primo de Toña, ha dejado novia en su pueblo, rasga el tiple y canta con alguna propiedad, y se emperejila como un petimetre.

Según convenio, se han unido a sus anfitriones en la Catedral, frente al lienzo de la Concepción, al salir de la misa de alba. Han salido tan pronto, que, a eso de las siete, se apropincuan a la planta eléctrica. Van los nueve a cuál más alegre y campechano. Colasa les lleva la delantera, con el cesto de comestibles, hechos y por hacer. Tocayo enarbola su insignia pescadora de flecha de cañabrava, con el anzuelo en espiral. Va Emilio atafagado, la cometa rabienvuelta a la espalda, el ovillo bajo el brazo izquierdo, arrastrando con el otro a Mochuelo, a quien ha atado del collar con una cuerda. El perrito se alborota, se resiste, quiere retozar con todo bicho volátil. Las dos futuras mamás llevan, con mucho mimo, las muñecas grandes que les trajo

el Niño la última navidad. Con sus sombrillos cónicos de piqué, sus sacos cortos y sus faldas a la rodilla, asumen un aire muy pronunciado de chorlitos. Los cuatro chichuelos van descalzos, sin darse cuenta de los guijarros del camino: cuando los sintió la niñez?

El ingeniero, de flux claro y canotier de gran disco, rasga el tiple y le hace dúo a Graciela, en un bambuco muy en boga. Torna ella a sus verdes años, con esa voz suya, que aún tiene frescura y vibraciones. Si majo va el mocito, no se le queda atrás la papanduja: traje sastre medio luto, a cuadros menuditos, sombrerón moderno y sombrilla clara. Aunque ajada de rostro, tiene todavía buena silueta, mejor plantaje y andares juveniles.

El Señor nos asista con aquel par de viejorros que vienen de bracero! En cuanto él ve a su Toña de falda alegre y blusa leve, con la canicie y el curte ocultos por la sombrereta y el velo, se le figura una mocita, y el corazón se le derrite. Ella le retorna tales requiebros, entre burlona y satisfecha. Como prueba de su idílico contento, aplaude vocinglera a los cantores y fuma cigarrillo al par que su Romero.

—Te acuerdas, m'hija, de aquella serenata que te llevé a Santa Elena?

—Seguro que nó! ... Cantaron «El Césped». Tan lindo! ...

—Esa sí era canción! Apuesto que a Gracia no se le ha olvidado.

—Ahora verás!

Llegaron a eso a cierto ventorro. Trago de anís para los grandes y confitada para los chicos. Toña le habla a Gracia. Esta y Fidel ensayan aparte. Tornan a poco. Apoya el instrumentista una pierna en un banco y rasga orgulloso; la donna se engalla, segura del éxito; y... manes de Acuña! Va de «césped blando cubierto de rocío». Hurre estrepitoso, y otro trago en premio. Toña se aterra; pero se voltea su copa, y prende el cigarrillo muy satisfecha.

—Figúrense esta caimana! ...

—Gracias a Dios que no fuí Gracielo! Había sido una sola!

Si tal día no se echaba el resto, para qué la plata? Una mediecita para aperitivo, y ocho de «Antioqueña», para remojar los comistrajos.

—Viva Romero!—grita Gracia.

—Viva!

Como colegiales en noche de sábado,

llegan a la casa. Qué salutations! El regalo de bizcochos y chocolate para la señá Crisanta. El niño Jesús de Praga, para Escolástica; el pañizuelo infantil y fileteado, para la boba. Encántase ella con las visitas y los presentes.

—María Santísima! Y qué lay'e camión es ese, niña Graciela?

—Te gusta, Victoriana?

—Muy precioso! Pero véale, mama, la pluma de la pava! Mismamente de un pisco!

—Y este cachaco cómo te parece?

—El niño Fidelino? Ah querido que sí es! Y sí que le agracea la corbatona! ...

La casita está que se puede comer en el suelo, y, como la visita está anunciada, «la sala» espera. Es bajo los pomos, en un pedazo plano, a donde se han llevado una mesa blanca y los tres taburetes de la vivienda. Allí les sirven la media mañana de café, muy lechoso y acompañado.

Apenas frescos, vanse al baño; ellas al de casa, ellos a La Castro. El sol de nueve dora aquellos campos, de cumbres agrias y hondonadas deliciosas; aguas, pájaros y vientos cantan el gloria de la vida. Las niñas y Victoriana juegan a las muñecas bajo la sombra umbría. Tocayo está de pesca, a-

llá en un remanso del Santa Elena, mientras que Emilio, asesorado por Mochuelo, suda y batalla con aquella cometa, que, cual Romero el humilde, no aspira a las alturas.

Después del baño, vuelven a los pomos. Un aperitivo... y a cantar! Tres! Qué horror!

—Apenas es tiro—alega Gracia.

Pero no cantan: a la alegre cuarentona se le avivan los espíritus con el trago y larga la sin hueso. Con la hipérbole de sus disparates, da en burlarse de su soltería. El estudiante se revienta de la risa y ella apura.

—Vea, Fidel: Todo fué caprichos de mi Dios, que es tan particular en ocasiones. Yo luché hasta los treinta, como una leona. Yo coqueté más que un policía; yo me ricé, me pinté, me escoté; yo vendí en todos los bazares, me mostré en todas partes; yo canté en el teatro, yo llevé el coro en el centenario de Colón, yo me convertí en cielo azul de Italia, que es cuanto puede decirse... y nada!

—Cuénteme, Gracia, esa aventura! Cuéntemela!

—Pues el Club Belchite daba un baile en la casa de don Tomás Uribe, y había mu-

cho entusiasmo. No tenía, en esos días, ni señal de pretendiente, y determiné que en el baile iba a hacer la pesca milagrosa. Sí, señor: me lo decía el corazón y me preparé al golpe. Me hicieron un traje azul pálido, adornado de armiño y de rosas granates, y... vea Fidel: cuando me lo medí, me sentí reina! Ahí estaba tía Flora, que era muy baquiana para la pintura, y me ofreció una crema mágica, muy costosa, que sólo ella y sus hijas habían usado aquí. Me dió la receta para aplicarla. Me acuerdo que primero era untura de clara de huevo y luego el menjurje, disuelto en alcohol tibio. Al momento me mandó la cosa, y a propia hora emprendo la operación, por la cara, el pecho y los brazos. Quedé divina! Ya no dudé de nada! Llegámos al baile, y no me pareció tanto el golpe. Se abrió con la cuadrilla y yo la bailé. A poco, noto que todos me miran, que todos me reparan, y yo me encanto. Qué tan bella les estaré pareciendo! No me atreví a mirarme en los espejos, por disimular mi hermosura. Pero sí hacía unas caras, que no les digo! De pronto, mamá me hace una seña muy rara. Me le acerco y me dice: «Niña por Dios, camine para que vea como está» Corro al tocador y me miro. No caí

muerta, porque Dios es grande! Estaba azul, azul; hacía flux con el traje, con el penacho, con el abanico. Hasta los guantes se me volvieron celestes. Todo lo ví color de cielo: fue como un vértigo de azul. Pedímos auxilio. Vinieron camareras, señoras, qué sé yó. Qué campaña! Ni agua caliente, ni jabón de la tierra me quitaba aquello. Me dañé el peinado en la zafajina; el traje se me volvió una miseria. Total, que perdí el baile y quedé en vergüenza pública... Ya ve Ud. si habré luchado.

Y como Fidel, pasada la hilaridad, se admira de que no hubiese pescado, le hace ella la silueta de los tres novios que le salieron.

—El uno era tan útil, que la madre, una señora muy pobre, tenía que darle hasta los cigarrillos; el otro no se la bajaba, y el último tenía tal plaga en los pies, que pudría hasta los estribos.

Fidel piensa que si ese diantre de Gracia fuera joven, era capaz hasta de barajarle su muchachita encantadora. No tiene inconveniente en insinuárselo, allá con cierto eufemismo.

—Ya ve, Fidel, mi estrella negra! No coincidimos. Qué lindo hubiéramos cantado

Ud. y yo el dúo... de los paraguas!

—O el de los patos.

A esas, traen el almuerzo. Romero, que está virgiliano, tiende la mesa con hojas de plátano. Qué alboroto! Es un almuerzo clásico, copioso, pulido por las manos de Colasa, servido en los platos pegados, pero pulquérrimos, de la señá Crisanta. Charla bohemia la de aquella francachela, en que viejos y niños se confunden. Cambios de tamal por solomo, negociaciones de queso por cerveza, exaltaciones de gente embriagada por el mosto de la alegría.

Pasados los sopores de la siesta, vienen las jotas, los bambucos, las canciones modernas, los valeses de la Viuda Alegre. Gracia, que, vieja y todo, no se cristaliza, está al tanto. Toña se embelesa con esta juventud de alma. Aquello de «Si es culpa quererte tanto», que no ha oído porque no se ha propagado, la acaba de embelesar. En verdad que Gracia matiza ese aire de tantos contrastes, con sentimiento hartito elástico. No la admira menos el ingenierillo adobado. Solterona más cuadrada y más vibradora!

No hay «algo», para que les quepa la

gallina. Pero sí tute, dentro de la casa, entre los arabescos de estampas de santos y de asuntos religiosos, con que Escolástica ha empastelado las cuatro paredes. Tal traslado lo ocasiona el resplandor alucinante de aquel resistero. Casan veinte pesos por cabeza, con toda la legalidad del caso. Gracia y Romero se disputan por compañeritos. Al gozón de Fidel no lo deja la risa, con los disparatorios y las artimañas de Gracia. Vejez más importuna! De todas maneras, ella se queda con la plata. Manda a Escolástica a la venta, a que le compre la mitad en cerveza, la mitad en triquitraques.

La gallina, sazónada parte a la rústica, parte a la urbana, resulta una verdadera gallinación, con todas las locuras que inventa Gracia con Tocayo, Emilio y sus triquitraques. Muchos son los sustos de Toña, muchísimos los aspavientos de Victoriana, y no pocas las carreras y los saques de Fidel para que no le chamusquen el flux claro. Con el último sorbo de café, preparado a conciencia, emprenden el regreso, paso a paso, entre chirigotas y cantares. Es un atardecer de estos con que Verano, el eterno Anacreonte, se produce en estas latitudes.

Fidel, el satisfecho, lleva en el alma como un celaje de oro. Ha dejado a Gracie-la en su casa silenciosa y a los Romero en su nido de gorjeos.



ESTRENOS

A Martín Moreno de los Ríos,

que no olvida.

Qué aldeano antioqueño no tuvo en su niñez el goce inefable de la chirimía? Quién no sintió esa música triste y selvática? Quién no fué a encontrarla alguna vez?

Desde las doce se la viene anunciando en Quiebrafría, y todos están oído alerta. A eso de las tres, no es ilusión: se oye por el «Alto de Moros» la nota aguda de aquel clarín primitivo y el redoble monótono de ese tamboril rudimentario. Y tú que lo oíste! Todo mocososo, esté donde estuviere, se dispara desalado. Este camino de la dicha es, al instante, una peregrinación de rapaces y rapazas, un hormiguero humano, falda arriba. Qué gritos! Cuál tendrá la gloria de llegar el primero? Estos magos de las fiestas lugareñas, seguros de su invencible

sortilegio, hacen siempre alto a conveniente distancia; se anuncian con el más estridente de sus tañidos, y esperan la ovación glorificadora de la infancia. La de este sábado venturoso es harto más delirante que la de un general que trae el triunfo.

Qué de hurras en cuanto divisan los prodigios! Son tres negritos de Girardota, tierra clásica de chirimeros y monteras; tres hijos del Congo, de pantalones de dril blanco, tronchos y blandengos, ruana oscura del reino, camisa por fuera y sombreros copiagudos de caña. No bien la multitud les cerca, dos embocan los trompetines, inflan los carrillos, redobla el tercero, y van bajando, bajando. Eres tan infeliz que no oíste esos acordes? Son dulces? Son amargos? Quién lo sabe! Pero llegan al corazón del aldeano como vibraciones de un mundo desconocido donde el ensueño impera. Escucha:

—Dónde está la guacamaya?

—En palenque está.

—Dónde está, que no la veo?

—Volando va. . .

Callan los instrumentos de viento, tantanea el pasacalle y tornan los clarines y torna la guacamaya y torna el tamboril. El

pasmo de la hechizada turbamulta es a veces mudo, a veces estrepitoso, a veces mímico. Entran los héroes como tres Aurelianos a Roma, al estallido de los cohetes, al repique jubiloso de las campanas, que llaman a salve.

El alma más entusiasmada y sobrecogida, si nó la que más se muestra, entre tantas almas, es una de once años: es el alma sonora y embelecada de Lolo Arellano, el ser más feliz de Quiebrafría.

A que lo sea concurren muchas y diversas circunstancias. Quince días atrás ha sido el vencedor en los certámenes: él ha cautivado a todo prócer por su erudición en el Fleury, como por su rapidez en la suma; él ha recitado el discurso que compuso el señor cura, sin equivocarse en un punto, ni cortarse en lo más mínimo; él ha embrujado al público con la conjugación del verbo «satisfacer», en todos sus modos, tiempos, números y personas. En el refresco final, arreglado en el atrio, con todo y marcha y música «seria», ha sido el objeto de las mayores atenciones y ha logrado él solo más tomas de horchata y de agua de moras, más panelas y colaciones, más lulos y pepinos, que los hijos del alcalde y los sobrinos del cura reunidos.

Mas no es únicamente en lo público; también en lo privado le está mimando la fortuna. Doña Engracia, su abuela materna, ha mandado a hacerle, en premio del lucimiento, un vestido a toda moda y a todo costo. Es de bayetilla verdinegra, a cuadros sonrosados; los pantalones, luengos y holgados; el chaquetón, lo mismo, sin solapa, recto, con cinturón y seis botones de cobre que relumbran como seis morrocotas de aquellas que «no volverán», tampoco. Posee, otrosí, cierto secreto de estado. Es el caso que, tres días antes, ha habido en el pueblo, según el programa de las fiestas, gran tope público a la gran vestimenta de la patrona, fabricada en La Villa. Nadie la conoce en el pueblo. Sólo él ha tenido esa dicha, porque en su casa se ha abierto el ornamento, a puerta cerrada. Claro está que le ha faltado tiempo para contar que lo conoce de pe a pa. Pero decir cómo es aquello... Imposible! Doña Teopiste, su madre, y Angelina, su hermana beata, le han amenazado con quemarle el pico, si da siquiera una media idea de tal preciosidad. Con tanto denuedo ha guardado el sigilo, que Chepa Montes, su novia, por no haberle sonsacado una palabra, ha reñido con él hasta de-

volverle los regalos de la cajita de agujas, del espejo y del frasco de perfume. Todo esto le da, ante sus amigos y ante sí propio, una aureola de juicio y entereza, que le llena de orgullo y le habilita de hombre hecho y derecho.

Chepa ha quedado tál, que desde ese mismo día le pone como sustituto a Tadeo Rosas, un calandraco del poblacho vecino, y, motejándolo de engreído y de falsario, le ha formado entre la chiquillería, envidiosa de suyo, una atmósfera tan tremenda, que Lolo se les ha hecho hasta odioso.

Poco se le da de esta fronda inerme, máxime cuando sus dos íntimos, Evencio Olmedo y Tino Rojo, le son ahora más adictos que lo fueron siempre. En cuanto al rompimiento con Chepurria, así se las dieran todas. Todo era piquiña, pura piquiña, que duraría hasta el día de la Patrona, que también iba a ser su día, su día grande, enorme. Pues es de saberse que Lolo le preparaba a su pueblo una de esas sorpresas que hacen época en los fastos de la elegancia. Todo ello se había preparado por obra de la casualidad, de la predestinación acaso. Poco antes de los dichosos certámenes, estuvo en su casa un pariente lejano, muy rico y principal, que le

regaló, al despedirse, dos pesetas de a cuatro reales. Al domingo siguiente fuese Lolo a los tendidos del mercado, y, como por inspiración de lo alto, se compró, él que no conocía calzado, un par de calcetines más blancos que una breña. Regaño por aquél rasgo de bobo rematado. Sólo que se los fuera a poner con alpargatas, como enfermo montañero! Llanto y berrinchín del pobre Lolo. No tiró lejos los seis reales y medio que le sobraron, porque la abuela se los guardó a mano fuerte.

Pues bien: pasados sus triunfos escolares, les llegan a sus hermanas los calzados para las fiestas. Vienen de Rionegro, de las manos milagrosas del maestro Cruz Pineda, y son unas maravillas. Pero, oh desgracia! Los de Andrea, los más hermosos cabalmente, no le entran tansiquiera. En su despecho los bota por ahí. Una idea sublime, una ráfaga de audacia, pasa por la mente de Lolo Arellano; sale, se estriega la carrumia aldeana, saca las medias, toma los botines y se encierra en el cuarto del aparejo. No es tan fácil la empresa para un debutante; pero una idea clavada es gran palanca. Puja, suda, aceza, pero se mete en los botines. Camina por el suelo, medio cu-

bierto de paja; se ensaya por el entablado del cuarto vecino; luégo por el corredor de tortuosos ladrillos. Qué bien! No lo hiciera mejor si hubiese cursado la carrera. Quítase todo, no sin alguna dificultad, y feliz, radiante, corre a doña Engracia con el estupendo caso. Tres patacones, veinticuatro reales, real sobre real, siempre era mucho; pero al niño prodigioso qué podía negársele?

Una vez dueño de los botines, puede contemplarlos, con todo el encanto de la primera posesión. Qué obia! Tarrudos, de resorte, suela volada y tacones de trompo; de cordobán, con puntera de charol. Y qué puntera! Deslindanla dos visos picados de tafilete rojo y verde; la cosen tres pespuntos amarillos, y, en el centro, las alas desplegadas, el cuerpo hilado, se posa una chapola azul, con manchas blanquecinas.

Si abajo ha de lucir todo eso, no le va en zaga la cabeza. El sombrero marinero, premio de papá, es de hule chocolate, con divisa roja, que cuelga atrás en dos colas; lleva tres áncoras de cobre: una al frente, enfilando con la nariz, y sendas en las puntas volanderas del cintajo.

Como es tan misterioso cual la madre, les guarda a sus íntimos el arcano del ma-

rino y del botín. La víspera del gran día, no bien se abre en la plaza la mercancía de esos cachivacheros que ambulan de fiesta en fiesta, completa Lolo el ajuar. Con refinado instinto de elegancia, escoge una corbata de gro, angostita y larga, del mismo color de las mariposas. Todos irían a estrenar en el pueblo; pero él y La Patrona iban a ser los más galanes. Qué coincidencia más feliz y llena de promesas! Merca, además, un corazón cruento de azúcar y una llave amarilla, de la misma materia, con las cuales va a contentar a Chepa, en esa apoteosis del siguiente día.

Aún le restan cinco medios de las dos pesetas consabidas. Con éstos y el real de la abuela, que dobla la suma en la fiesta titular, y los medios dominicales de los papás, completa una enormidad para panecitos, colaciones, empanadas dulces, bizcochuelos blanqueados y demás delicias que en tales días se expenden. Hasta arriesga que le alcance para triquitraques.

Con este cúmulo de felicidades está medio sonámbulo, en esta víspera de aquel día en que, con sus nuevos triunfos, van a complicarse domingo, renovación y Patrona. Evencio y Tino, esos amigostan queridos

con quienes nunca le ha prohibido relaciones la celosa abuela, lo encuentran esa noche reacio a toda diversión y a todo oficio. En solemnidad como aquélla no ha querido ir de monago. Evencio, el más fiel, no ha ido tampoco, sólo por acompañarle. Entran a salve; pero Lolo está más devoto que Angelina. El tope de la chirimía lo ha empeorado. Ni la música seria, ni el coro, ni los coheteros, ni las tronamentas, le entusiasman. No habla siquiera: «está bedoya, bedoya». Ni ante la Patrona misma se mosquea.

Está en sus andas, con su estreno, hierática y fulgente, el rostro de niña con lustre de albúmina, derramada la cabellera en luengos tirabuzones. Lleva la guirnalda emblemática de nevadas rosas, de donde salen y se abren, heráldicos, los picos estrellados de su corona de duquesa. Oro y aljófar por los recamos de la blanca túnica; galón y flecos áureos por el manto áulico, purpúreo y simbólico. Péndenle oscilantes los zarcillos hiperbólicos y la ciñen los collares de rosetas. Levanta en la diestra la insignia de plata del martirio y apoya la siniestra en la torrecilla almenada de su prisión tenebrosa.

Todo el pueblo, engrosado por la multitud de forasteros, se agolpa en la plaza. De

tal guisa está Lolo, que tiene cara de no ir a recoger los vaniados. Evencio se confunde con el zoquete, pero no le deja.

El fogueo sigue parejo, insistente, espléndido; que los alféreces de este año no son ningunos roñosos, y a los patronos se les venera mejor con pólvora que con novenas, más con santa alegría que con ritos taciturnos. La alegría es el incienso más puro de los corazones sencillos.

Serpentean por el éter los meteoros de la maga luminosa; sus prestigios bordan el firmamento, como un plagio al Divino Artífice. Desgránanse las flores multicolores de los jardines celestes y se filtran de los astros las chorreras de lumbres siderales. Luégo surgen en la tierra fuentes, crisantemos, custodias. Después, lo tremebundo: el tiroteo, las máquinas homéricas de aquel estrago sin muerte. Al fin, esa fábrica babélica que se alza junto al atrio se va perfilando en puntos policromos, se inflama en sus paredes. En uno como nicho aparece La Patrona, cual la visión de un predestinado. Densa nube la envuelve, como en vida real y efectiva.

Todo se cubre, todo se esfuma, todo arde y estalla en trueno apocalíptico. Nadie

teme nada: La Patrona libra a sus hijos de todo rayo. Tras la tormentosa epopeya, la chirimía, como el reclamo de un ave lastimera. Ya los farolillos llaman por ahí a los devotos de Santa Polonia; ya se arman en las aceras la ruleta y el bisbís, la cachimona y el boliche; arden las hornillas bajo los toldos, se arreglan puestos de pastas y refrescos junto a las barreras, trasciende por la plaza y los ventorros el efluvio provocativo de la cena. Ya preludian las vihuelas y los tiples, se entonan los bundes y las cañas, se desafían los troveros y echan sus décimas los ciegos. Préndese el baile, ya en la calle, ya en la sala; y el Hermano Anís, que así da la vida como mata, se inicia por todas partes, cual el genio animador de toda fiesta.

Amanece, y toda la gente del lugarón se bota a la calle desde temprano, a lucir la flamante mercancía. Nunca se viera en Quiebrafría lujo semejante. A misa acude la enmajada caravana, entre si honra a Dios o al Diablo. En una esquina de la plaza se congrega, presidido por dos beatas oficiales, el cuerpo de ninfas que ha de regar en la procesión. Allí brilla Chepa, con traje esponjado color de rosa, ampulosa banda, con guirnalda y tirabuzones a estilo de La Patrona. Ni

de Lolo debe acordarse... Pero cárame que alcanza a ver a uno que sube calle arriba. Por lo pronto se le figura un forasterito. Viene algo agachado, como mirándose las mariposas. Parece más alto y menos pecoso. Andrea ha logrado abrirle carrera por la greña indómita y le ha atado la corbata azul, en un moñito muy melindroso. Como la calle es falduda y la piedra lisa, camina con mucho tiento y algo trabucado. Quiere él asumir aire y andares muy cursados, pero siempre resulta bastante patojo y primerizo. La tortura del cuerpo se le ve. Mas el viento y el sol ayudan a realzarlo: le revuelan las colas del marinero, como dos gallardetes, y le relumbran los seis botones, que aquello es coruscar. Al llegar a la esquina hace un esfuerzo, y le resultan unos pasos muy regulares. Se planta, más por descanso que por parada. Varias ninfas le contemplan con toda ingenuidad; pero Chepurria como si tal cosa. De pronto exclama: «Bendito sea mi Dios!.. Hasta a los gatos les da romadizo! Como no lo piquen las chapolas!»! Lo último siempre le arde algo; mas sabe disimularlo con una risita y un guiño de ojos que dirige a las niñas. Muy picada todavía la Chepurria? A la tarde se verían, sin testigos! Como el núme-

ro de ninfas se ha completado con tres que llegan, se alinean pareadas, y toman la ace-
ra, camino de la iglesia. El las sigue, bordeando la barrera. Al llegar al atrio, va comprendiendo que no son los botines fruta que come mono. Siente como una quemadura en las plantas, unas agujas en los dedos y unos como mordiscos en la puntera. Era muy natural, según Andrea. Entra y avanza hasta cerca del presbiterio, y se sienta en el último escaño, del lado de la epístola. Se reanima. Eso pasaría. Su edad no le permitía coger vara en el palio, pero cogería cirio, y de los más grandes, y se pondría de los más inmediatos al Santísimo. Para eso le había prestado Andrea el pañuelo de seda amahonado. Dejan, y la iglesia se taquea.

Principia la misa, y se arrodillan. Los mordiscos siguen; trata de sacudir los pies en aquella estrechura. Pero, cómo? Al levantarse para el evangelio, se siente como ingerido. No puede estar de pie. Aunque lo regañe el señor cura, se sienta. Con esto y la tregua del sermón, descansa unas miajas. Mas aquellos pobres pies se le van esponjando en las prisiones. Siente en ellos unas facultades que nunca imaginara: tan pronto le laten como si fueran dos perritos, tan pron-

to se le duermen como si no fuesen suyos. Al fin termina el sermón. Pero otra vez la horrible arrodillada! El es también mártir, como La Patrona. Le reza. Híncase, recostado contra el escaño. Qué inquietud la de aquella criatura! No sabe si se sofoca o si se enfría. No sabe de nada. Ah, sí: la campana, el prefacio! Un mareo, como borrachera de tabaco, le acomete. Un sudor extraño le gotea desde el pecho. Va a hacer erupción ahí mismo! Qué vergüenza! Ataja la ola, se embute el pañuelo de Andrea. Los vecinos se sofocan con este muchachito tan malcriado. Campanas y esquilonas, campanillas y coros se lanzan a vuelo, y lo inatajable estalla. Lolo queda absuelto de sus miserias y hecho una miseria el flux de gala. Un campesino compasivo quiere recostarlo en el escaño, pero el enfermo trata de avisparse y de abrir los ojos. Brega por zafarse aquel suplicio. No puede. Ni aliento ni espacio. Abre bien los ojos y no ve. Aquéllo es una agonía sin muerte. Las luces le oscilan y le baila todo. El mundo se le va, y él se dobla.

Pasa la procesión del Santísimo, sale a la plaza la de La Patrona, y Lolo no ha vuelto del soponcio. El «negro Nicolás», ayudante de sacristía, le alcanza a ver y le corre.

Lo sacude, lo tira, lo incorpora. «Lolito! Lolito!» Abre los ojos. «Le ha dao algún váguido?» Que sí, contesta él por señas, e indica los pies. El negro comprende y va a descalzarlo. «No! No!», grita el cuitado. Le parece que son llaga en carne viva; que, si le tocan, toda la sangre se le sale. Pero Nicolás insiste, y, quieras que no, lo saca del tormento. Negro humanitario! Un viento de sufragio dilata aquella pobre ánima. Cuando se ve las medias incruentas, cree soñar. El negro se las quita, y...oh, milagro! no salen pegados los pellejos. Se atreve a contemplarse aquellos pies, mas no es capaz de ver las mariposas. Nicolás lo lleva a la sacristía, le da agua y le limpia el estreno.

Doña Engracia, Andrea y demás señoras de la casa, que no le han visto por ninguna parte, están alarmadísimas. Al tornar a la iglesia esperan angustiadas. Pronto les avisa Nicolás.

Apenas vació el templo, lo vuelve a un escaño. Está en el colmo del abatimiento y apenas si puede andar. Al momento piden vino y le confortan. Evencio y Tino le sacan a poco, con cierto disimulo, pero como a enfermo que sólo se tiene en pie. Al pasar por la casa de Chepa, sale ella con otras ninfas

y dice muy tranquila: «Le pasó cacho con los borceguíes! Mucho que me gusta, pa que no sea tan creído este madurao biche!»

Coge cama, con un dolor de cabeza, que se le parte. Encerrado, llora a lágrima viva. Al amanecer, tornan los amigos para que salgan al bureo. No sale. Le da la llave a Tino, y el corazón a Evencio.



CAMPESINOS

Flota en el aire un espíritu de santidad que difunde paz y alegría. Se le siente en su reposo, se le oye en su silencio, se le adivina en todas partes, y en su misma solemne inmovilidad, que semeja la de un niño que se ha dormido en la muerte, parece que se agitate errabundo, inspirando a los espíritus pensamientos de bondad y a los corazones una plegaria. El viento, que va y viene ledito y cariñoso, es su vocero, en esas mañanitas dominicales. Murmura en los follajes un rezo fervoroso que las almas buenas repiten sin saberlo; suspira quedo en las rendijas, para recordar a las gentes que es día de visitar a Dios y de ofrecerle oblaciones.

Praderías y ganados, aves y montañas, fuentes y peñascos, sol y nubes, están ya congregados en oración, y la naturaleza toda proclama, en su quietud augusta, en su calma religiosa, que es domingo; porque el do-

mingo no ha menester que lo apunte el almanaque: el orbe lo anuncia con señales inequívocas.

De los hogares montañeros va subiendo, antes que el humo, el coro de alabados, en que se canta el angelus y se bendice la luz del día, y «al Señor que nos la envía». De las sierras y las colinas van descendiendo las gentes, a «paso de difunto montañero», mientras trajinan por los llanos los de tierras bajas. Cargan los pobres los productos de sus corrales y labranzas, arrean los acomodados sus cuartagos, van los ricachos muy campantes, con sus mujeres en sus respectivas «bestias de silla», lujo del campesino antioqueño, mientras la prole moza, casados y solteros, hembras y machos, andorean alegres, entre la chusma de chiquillos, arreando a cuál más. Unos tras otros, convergen todos al camino real, donde se va formando la pintoresca caravana. Qué saludos, qué miradas, qué coloquios aquéllos!

Los novios campesinos tienen estas juntas andantescas de los domingos por lo mejor de sus idilios. Bajo el sol de la mañana, en las vueltas del camino, humedecido aún por el rocío, el corazón dicta y la lengua obedece.

La tribu de mano Anselmo Laverde, el patriarca más rico de estos campos de Santa Rita, y que ha plantado en torno de sus lares los de sus nueve hijos casados, es siempre de las más retrasadas, pues, aunque madruguen con los gallos, se les va el tiempo mientras cargan, arreglan y se juntan. Aquel domingo ha sido de los más complicados y de mayor apuro. Que el maíz y que el frijol, que las papas y las arracachas, que el ramo de los quesos y el de los pollos y el de huevos, y que las yerbas éstas y las matas aquéllas, y que el bautizo del nieto número veintisiete, y que este encargo para el señor cura y este cariño para los compadres Fulanos y las flores para el Santísimo, y que tál y que cuál.

Mana Irene, que reverdece con sus hijos, carga como siempre su último crío, y mano Anselmo lleva uno al anca y otro a la cabeza de la silla. Ella, cual de ordinario, va sofocada con la tardanza de «esos pencas, que andan que ni paso de Semana Santa», y con la pachorra del viejo. Sería por tan poquito que tenían que hacer! La misa del padre Chamiza sería la que ellos iban a alcanzar.

—Apuren mis hijos!—les grita a cada paso.

—Ai vamos madre.

—Muévasen, por la Virgen, que ya dieron primero!

—Deje que den segundo...

Valiente canalla tan cueridura era la suya, principiando por el buey de San Isidro del Anselmo!

Por fin se ven en el pueblo, en esa casa desmantelada, de campesinos, que sólo se abre los domingos. Está en la propia plaza; tiene dos salones enormes, corredor afuera y adentro, cuarto de aparejos y una cocina destapada. Qué campaña la de aquel momento! Los hombres desensillan, descargan, ponen las caballerías a buen recaudo y a mejor cuido; estriéganse, en seguida, la carrumia de la sierra, a fin de calzarse la alpargata, que ha de realzar al carriel envigadeño, a la ruana de paño, a los pantalones de pañete, a la camisa de lana amarrada con cordones, al aguadeño, si nó al borsalino enormísimo.

Las mujeres...no se diga! Medio sacuden unas el polvo semanal y destruyen las labores de las arañas; sacan otras las galas domingueras; éstas se apersonan en la cocina a preparar aquel pailón de chocolate de harina y los cacharros de la vajilla; aquéllas desenvuelven líos y reparten ropas; todas

las grandes acometen, turno a turno, la magna empresa de acomodar el magno pie en botines menos magnos. La chiquillería femenina corre a poner las flores en el altar, antes de que dejen para misa; la turba impía de chicuelos sale en busca de ese «almuerzo del sitio» que es la gloria. Lloran los párvulos, arrullan las madres, mana Irene grita y mano Anselmo...ausente. Ya se sabía: en llegando...derechito al confesonario!

Pronto está allí la batea colmada de tamales y empanadas y los tres candelos con la sopa de mondongo y pata, que aliña el comino y el azafrán engualda. Repártese aquello a la diablo, comiendo a pares en un mismo plato y con una misma pañadora. Pleitos entre la chusma, por si a éste le dieron más y a mí me dieron menos. Pero ahí está la muñeca épica de mana Irene.

Talán! Talán! Dejando, Virgen Santa! Y aquellas condenadas de la Chepa y Cariblanca pegadas del espejo. Como tenían novio en el sitio!...

Al fin Dios es servido de que salgan. Las Laverdes! Gran espectáculo en el atrio. Van unas con sus niños cargaditos, otras con los suyos de la mano, y todas de saya de merino y pañolón de fleco de seda, trope-

zándose en una hoja, con esos andares torturantes de campesina calzada. Rodéalas el enjambre de chiquillos.

Misa de renovación. Mucho velerío. Muchísimas flores, y un coro que se callan los turpiales. El sermón, una preciosidad. Pero mana Irene, qué devoción, ni qué nada, con todo lo que tenía que hacer!.. Qué tal que ella y las muchachas se hubiesen metido también en inguandias de confesión! Dónde les hubiera dado el agua? Muy lindo todo, muy grande; pero qué largo! Eso para el santo de palo de Anselmo, a quien se le paseaba el alma por el cuerpo.

Está muy arriba, junto al presbiterio, clavado de rodillas, la cabeza doblada, cerrados los ojos. Besa el suelo en la elevación; arrima, luego, al comulgatorio, y recibe a Nuestro Amo, con un fervor y una cosa allá que edifican. Llega la procesión. Como es chacarón y ruanetas, no puede agarrar vara en el palio, ni mucho menos guión; pero hace una seña, y todos sus hijos suben. Despójense de ruanas y carrieles, toman vela, y andando, andando. Vueltas las caras al Santísimo, lléganles al corazón la pompa, el canto y los repiques.

Otra vez a casa. Nuevo brete. Mientras

lo piensan, sacan los jayanes los tercios, las medidas, los taburetes, y arman el toldo. A grito pelado pregonan, que aquello es. Adentro, las carreras de San Juan: el gran almuerzo para Anselmo, el cambio de las galas miserables por las de colorines, el reparto a los contratos de huevos y quesos, yerbas y jabón. Mana Irene cuenta y recuenta los dineros, hace cálculos, partijas, amarra en pañuelos, y esto para tanto y aquello para cuánto, y la plata de las ánimas y la manda a San Antonio y los enredos, y el demonio coronado. Mano Anselmo, antes de la tamalada, raciona a la rapacería para confites y colaciones, y con el último bocado coge el tole. Liquida con el cura un pico de los diezmos, le habla para el bautizo, vuelve a la plaza, compra la sal para el ganado, y entra en pagos, cobros y esas mil menudencias de montañero negociante. Mientras la madre y la mayor de sus hijas arreglan los ajuares bautismales del niño, salen las mozas con dos casadas, a dar un vistazo y a que las vean por ese mercado. Qué lujo de chales, de trajes rameados y de paraguas! Cintajos por todas partes, collares por esas gargantas cogotudas, sortijones por esas manos pompas, que así echan cien arepas como tum-

ban una vaca; blanquetes por esas caras frescas, que ateza y embruna el aire de la sierra. Recorren los tendidos de cachivaches, y... plata, para que os quiero? Aquí un espejillo, allí un collarite, acullá unas postales de corazones y mariposas en relieve, van dejando la estela del billete. Los novios se andan por ahí, como quien no quiere la cosa; pero cómo respuntan los hipocritones! Viendo ellas salir el acompañamiento del bautizo, únense a él. Una vieja, bajo ancho paraguas y amantada con un pañolón de raso abigarrado que prende atrás un broche enorme de águila, lleva el parvulillo.

De vuelta de la ceremonia, tornan a la plaza con todo el séquito. Mana Irene entra en riñas con la chiquillería por todas las cochinadas que han comido y el platal que han botado; hace las mercas de carne y grasa, de sal de Guaca y de cominos, del millar de cacao y de la media arroba de chicharrones para el jabón. Va a la botica y compra el purgante de sen y jalapa para Anselmo, el remedio nuevo para los ratones y el azul de Prusia para la ropa. Lánzase, luego, seguida de sus hijas, al comercio en grande, donde hay mucho en qué escoger, no poco en qué pensar y muchísimo en qué regatear.

En cuanto a lo primero, el cariñito para su nuera, la nueva comadre. No vacila: no bien entra, se le meten entre ceja y ceja unos zarcillos de pensamiento, de estos que fabrican en el Retiro, y un pañuelo de seda azafranado. Vienen enseguida los trajes de las muchachas, para el próximo Corpus. «Engañen-se ustedes mismas, mis queridas», les dice muy rumbosa. Ni la Chepa ni Cariblanca vacilan, tampoco: las gasas a listones color de rosa subido; encima, los ramos de mano para la cabeza. Negocia después, a regateo limpio, los artículos ordinarios para esos caimanes, que rompían trapo como si cayera del cielo. Y ella, acaso había molido cacao? Se compra las oleografías del salterio con los quince misterios muy patentes, y ahí mismo contrata, para que se los tengan «marcaos con mucha lógica», el domingo venidero. Cuando salen, llega mano Anselmo, y se van los dos solitos a la calaverada de todos los domingos. Entranse al estanco, y, él de anís, ella de vino, se toman sendos tragos; prenden sus tabacos, se mijejan que aquello es quererse, y salen muy regocijados, él llamándola «Mi Natica», ella «Mi Langu-ruto». De allí van a tomar el cacao, con pan-dequeso y hojaldre, en un mismo tazón, ba-

bas de un lado y babas del otro.

A las dos y media están terminadas las transacciones en aquella Liorna de la Montaña. A tales horas se toca a trisagio y...todo el mundo al templo! Termina, pero se queda mano Anselmo con toda su descendencia, a rezar el rosario, porque, en noches de domingo, les queda muy cansón, allá en la casa. «El rosario de mano Anselmo» es tan clásico en el pueblo, que muchas gentes extrañas se les agregan. Llévelo él muy declamatorio, con su voz rumorosa y bronca de montañés, con mucha pausa y no poco recogimiento.

Al caer la tarde están en el caserón serrano, donde, en veladas como ésa, se juntan todos a la cena dominical, que es la suprema dicha del patriarca. Pronto, entre el retozo de los granujas, el llanto de los párvulos y los regaños de Irene, trasciende por todo el ámbito la tremenda fritanga de puerco. Tragan esos cuerpos de cíclopes si Dios tiene qué. Repártense, al acabe, las bendiciones, y...cada cual a su nido.

A las nueve tiende el sueño su manto de terciopelo, bordado de quimeras, sobre esos lares de las breñas, donde no entrará el Progreso, Dios mediante.



COPAS

A mi amigo y pariente Martín
Moreno de los Ríos.

Domingo que convida a las dulzuras de la pereza. Azotea con sombríos de enredaderas, en la quinta de Villa Blanca. Su propietario, Don Lisandro Casas, toma las mañanas con su íntimo el Doctor Albano, después de un baño renovador. Tienen, al frente, los caprichos de la ramificación occidental, con sus numerosas habitaciones, el pedazo más hermoso y más poblado de este valle del Aburrá, las ondulaciones más atrevidas del río, el trajín palpitante de una carretera. En torno, frondas y jardines, ruidos y movimientos virgilianos; en el aire, perfumes y vientos lisonjeros; en la tierra, lumbres y vagas proyecciones; en el firmamento, gloria.

—Ve que sí es cierto, hombre Crispulo, lo que te he dicho siempre: que el campo emboba. Mira al chofer! Eso es lo más muniado, lo más perro y más tenorio; y ahí me lo tienes, hecho un inocente, elevando la cometa con los muchachos del mayordomo. Está más feliz que todos ellos! Mírale las posturas y los mogos para recobrar! Este es el cuarto más contento y más vagamundo.

—«Dichosa edad y tiempos dichosos aquéllos! . . .»

—Cierto! Realmente no es de extrañar que Chaparro se ponga así: todavía está muchachón. Pero tú y yo, que diz que somos unos viejos graves, que conocemos medio mundo, que hemos legislado? Y ya ves: Siempre que estamos solos, aquí o en tu casa de Belencito, no hacemos sino hablar niñerías y recordar toda la gente y los tipos y las bobadas de nuestra parroquia, y lo que hicimos o dejámos de hacer de chiquitos. Dice Blanca que yo sufro delirio de recordadera infantil; que no diz que se me olvidan ni los zuecos de Antonio Roña ni la lora del padre Rojas, ni lo que dijo ño Matica ni lo que agregó ña Antonia Serna. Y no exagera mucho: yo tengo como una necesidad de recordar mi niñez y mi pueblo. Es mi chifla-

dura. En mí es explicable. Yo soy un montañero, medio civilizado a empujones y después que me crecieron las barbas. A poco más saco el carriel y el yesquero. Pero en tí, labrado a torno y con tanto papel de lija? También es que yo te contagio mi zoquetada, y el campo me ayuda a contagiarte.

—No hay tal contagio, viejo! En esto soy más chiflado que tú; pero juzgo el campo y el recuerdo de un modo muy diverso al tuyo.

—Cómo los juzgas? Dime.

—Pues, hombre, como casi todo el mundo. Lo que tú llamas embobarse, lo llamaría yo desembobarse. No podrás negar que en el silencio y en la soledad se reflexiona más y mejor que en el bullicio de las ciudades. No podrás negar que en el campo es uno más consciente, más libre, más dueño de sí mismo. No ves, viejo, que el campo serena el espíritu y simplifica el corazón? No ves que nos quita muchas telarañas con que el mundo nos enreda? Eso se ha sostenido de mil modos. Ya ves qué tan lindo y tan patente lo dicen Cervantes y Fray Luis de León. Cuántas obras inmortales se han escrito en el campo!

—Hombre Crispulo! Me vas derrotando, para que lo sepas.

—Me alegro, viejito! En cuanto a recordar nuestros primeros años, voy más lejos, todavía. Qué cuento de bobada! Recordar es vivir. Es por lo menos la gran poesía de toda vida. Y los viejos podemos recordar mejor que nadie. Es la única ventaja que les llevamos a los jóvenes. Mira, viejo: la trayectoria de cualquiera existencia es un ángulo: una vez pasado el vértice, podemos contemplar el lado recorrido, con buena perspectiva e idealizado por la lejanía. Mejor lo contemplaremos mientras más nos aproximemos al fin. Evocar la niñez es darnos un baño de inocencia. No nos purificará como las fuentes sacramentales; pero, por qué no ha de quitarnos, siquiera por encima del alma algunos de los pringues, alguna de las partículas de hollín con que la vida nos ensucia? Tú y yo, lejos de idiotizarnos con los recuerdos, como te lo supones, nos espiritualizamos y depuramos. Créelo, viejo positivista, que sólo encuentras sabiduría en las conversaciones sobre negocios. He dicho.

—Bravo, doctor Albano! Me encanta que la cosa sea así y que me la pongas tan florida y con tanto argumento. No en balde eres

doctor de leyes, de letras, de «la Iglesia y el Estado» y de todo. Pues bueno: ahora que el niño llora y antes que se me vuelva a olvidar...hace tiempos que estoy por preguntarte, hombre Crispulo, de dónde diablos sacaste tantos entruches y tanta protección con Ña Micaela Calderón, que era tan cavilosa y tan necia. Veía que le dabas cuanto te pedía, y nada que me extrañaba, porque eso te viene de familia: lo que es de los Cabarcas siempre ha sido para los pobres. Por eso les ha dado Dios a chorros. Te oía remedar la vieja cada rato, y como siempre has sido tan gozón, en medio de tu seriedad, con las bobadas de la gente, pensé que la cultivabas para divertirte con sus relatos y sus estilos; pero cuando me contaron aquí que le habías costado entierro, ataúd y misas de San Gregorio, y que le colocaste a la boba en el hospital, y que le vendiste bien el terrenito, comprendí que la cosa era en grande. Tanto, que hasta llegué a figurarme que podías tener con Ña Micaela algún parentesco, de esos que le salen a uno de pronto...pues, según las malas lenguas de las viejas, tu bisabuelo Albano fue, desde chiquito, el gallo de esos corrales. Creo que ni cluecas se le escaparon.

—Ahí no hubo fuerza de la sangre ni cosa que lo valga, viejo lengüilargo—repone don Crispulo muy sonreído—Lo que hubo fue la fuerza del agradecimiento.

—Del agradecimiento?...Cómo así, hombre! Cuenta a ver!..

—Es una cosa muy larga y muy perezosa y muy difícil de contar: es hasta un secreto de familia. Otro día te lo cuento.

—Es ya que me lo cuentas, por lo mismo que es largo y es secreto. Ahora estás en vena y das las voces. Después de almuerzo te entra el perro y no te saco ni una sílaba. Otra copa para que remojés la palabra, bien remojada. Pero, eso sí! le pones harta tiza y hartito adorno.

(Se incorpora, escancia, liban, encienden cigarrillos, y don Crispulo se somete).

—No sé si te acuerdas—principia, entre bocanada y bocanada—cómo era yo de chiquito.

—El diablo suelto!

—Qué diablo! Ojalá! Un insoportable, una calamidad. Ni vivo era, siquiera, sino un malcriado, un perverso, más pesado que un piano. Creo que ni Caín tenía las entrañas tan negras como las tenía yo. No podía ver

a nadie sin buscarle ruido, no podía entrar a ninguna casa sin hacer algún daño; los juegos con otros muchachos paraban en riña, porque yo la ponía siempre. Y eso que me daban bien duro! No sé cuantas veces me reventaron la jeta. En la escuela rompía libros y pizarras y tinteros y lo que había; y aunque don Isaac me echaba rejo y palmeta a todo taladro, y me arrodillaba con los brazos en cruz, no había ni riesgo de que me enmendara: mientras más suplicios inventaba conmigo, más maldades y extravagancias inventaba yo.

—Como la del quicio? Esa te la celebraron mucho. Cuéntame bien esa parada, que apenas medio la recuerdo.

—Pero sí te acuerdas que la calle de casa era muy falduda? Pues mira: cuando bajaba la gente de misa, me tendía en el zaguán, colgaba la cabeza por el borde del quicio y hacía el papel de taparme la cara con el sombrero, para atisbar mejor. A toda vieja a quien le viera enaguas de bayeta, tenía que insultarla o tirarla de la saya. Esas polleras coloradas o amarillas, como una co-bija, me parecían un absurdo de que yo debía protestar con toda energía. Las ofendidas me regañaban, me daban patadas en la

cara, me chuzaban con los paraguas...y nada! Dejé el viciquito, no porque mi papito Esteban me hubiera dado seis lapos con una soga, sino porque de ahí en adelante me vigilaban. A la pobre mamá y a las dos hermanas, que ya estaban grandecitas, las mantenía afligidas; mis dos hermanos me sacaban el cuerpo, para que no les hiciera males y no les dañara los juguetes; en la casa de los abuelos Albano casi no me admitían, y en las de los vecinos no me podían ver; mi tía Josefa me echaba como a un perro. En vez de enmendarme, me cargaba más de mesas. Como papá había muerto y yo era el mayor de los varones, yo debía mandar en casa como el amo; y como siempre oía decir que éramos muy ricos, yo debía imponerme en la calle, en la escuela y en todas partes. Esto era para mí un dogma. Ya podrás suponerte mis altanerías y despotismos. Me figuraba, a ratos, que ni mamá ni mis abuelos tenían dominio sobre mí. Todos en casa tenían su alcancía, y hasta novillonas habían comprado con la cataca. A mí me la compraron, primero que a todos; pero, para qué? De lo que me daban no iba a ella ni la décima parte. Todo lo gastaba en ociosidades, que botaba o destruía al momento. Ni siquiera por

curiosidad intenté abrir la dichosa alcancía: yo le tanteaba la miseria, aunque me lo dijera la conciencia; no pesaba como las de los otros y sonaba como un guache. Lo curioso es que, en medio de mis atrocidades y sublevaciones, no faltaba a la escuela, tal vez porque no les temía a los castigos de don Isaac. Qué te parece que no me dolían ni me humillaban; me figuraba que no me alcanzaban, que yo estaba más arriba de la palmeta y de la pretina y de todas las barbaridades del maestro. Fíгурate! A un hombre tan grande, qué se le iba a dar de tales pequeñeces? De un modo o de otro, yo aprendía algo. No creas que son cañas. En los certámenes del 68 me lucí, que aquello fue; pero don Isaac hizo constar ante el público que no se me daba premio por mis adelantos, a causa de mi insubordinación y altanería. Qué poco conocía don Isaac Montes a Crispulito Albano! Esta declaratoria fue para mí el mayor premio: eso me probaba mi importancia y mi poder. Pues bien; ya recordarás que me enmendé de repente.

—No me he de acordar!.. Eso hizo época en el pueblo. Y te enmendaste para siempre.

—Me volví tan aplicado a los estudios, tan decidido por aprender, que cuatro años

después me mandaron a Bogotá.

—Y volviste muy doctor y muy literato, y más pulido y redondo que una bola de billar; y entre abogacías y negocios, triplicaste tu herencia y le ayudaste mucho a mi-siá Eugenia y a tus hermanos.

—Mérmale, viejo, que en la olla no cabe tanta papa.

—No mermo! Y cuando te casaste eras el gran partido, no sólo de allá sino de cualquier parte.

—Echa flores, viejo, que para eso hay hartas en esta casa!

—Y te viniste también aquí a lucir una familia muy bonita y muy bien educada; y has viajado con ella, y ahora estás tumbando el bolo y pescando en charco grande.

—Qué bolo ni qué charco! Tendré qué comer. Eso es todo!

—Qué comer? Mira: tú eres muy misterioso con tus minas y tus negocios. Ni a mí mismo me cuentas sino por encimita, y eso porque te lo saco con tirabuzón. Pero es inútil que te rechupes: te tenemos muy bien calculado el revuelto. Ya me quisiera yo, para oír misa, un capital tan bien movido y tan saneado como el tuyo. Y ya ves que no soy ningún muerto de ham-

bre. Serás tú de los pocos que puedan salir a flote en esta crisis.

—Quien sabe, viejo...

—Yo y otros muchos. En la «Tertulia del Parque de Berrío» se asegura que no te mueven crisis ni terremotos, y tú sabes que esos cristianos sí conocen el monte donde hay guacharacas. Pero... te estoy interrumpiendo de a mucho! Tomémonos otro lote, para que sigas, a ver qué fue la cosa con la vieja Micaela.

(*Libación, cigarrillos.*)

—Ni sé qué decía...

—Que te enmendaste de pronto.

—Ah, sí! Espera, a ver si empato. Tendré que contártelo con todos sus pelos y señales. Ya te dije que el disco es kilométrico.

—Así lo quiero, ya que estás dispuesto. Sigue, pues.

—Pues verás: Con esta cabeza mía, tan churrusca, he tenido siempre especial atractivo para los piojos. Ya supondrás cómo sería de niño! Aunque mamá o Felipona, la vieja que nos crió, me despulgaba a diario, nunca me faltaban liendres. Bien. En los asuetos de ese año del 68, un día, después de almorzar, emprendió mamá la tarea de mi desliendre. Me parece que estoy viendo la escena.

Era en el costurero; ella estaba sentada en la ventana que da al callejón; yo, en la tarima, con la cabeza apoyada en sus rodillas. Felipona, junto a la puerta que da al corredor de la entrada, retorció en una tabla las mechas para las velas; el retrato de papá, ese que has visto siempre en casa, presidía desde el costado libre, como si vigilara la serie de alcobas, donde dormían su viuda y sus cinco huérfanos. Creo que para eso lo hizo sacar ella de la sala, donde estuvo mientras él vivió. En la casa se sentía un silencio de convento, porque los cuatro hermanos andaban en un paseo. Los dedos de seda de mamá los sentía como una caricia, pero no me dormía, porque ella me contaba la novela de Pablo y Virginia. Ya sabes cómo se expresa mamá.

—Hasta ahí lengua astuta, dulce y salada y todo lo que se quiera! No conozco quién diga las cosas con más garbo ni más bien dichas. No es ni gracia, con ese talento y esa instrucción y esa bondad.

—Gracias por ella; pero te recibo el elogio: mamá es mi orgullo, tal vez mi vanidad. Me parece un sér perfecto. Creo que lo poquito de noble que haya en mí lo bebí en su alma. Ya me ves con mujer, con nueve hi-

jos y siete nietos; y cuando pienso que mi madre ha de morir pronto, siento que me derrumbo y que mi casa va a quedar desocupada...Y tú que me buscas pleito, para que salga con ingenuidades de niño tonto!.. Te decía que me tenía embobado con aquellos noviecitos tan lindos y tan inocentes, con esas chozas entre el monte y con esa gente tan buena y tan pobrecita. Yo me fijaba en cada palabra, en cada frase, como si quisiera esculpir las en la memoria. De repente golpean muy recio en el contraportón, que estaba abierto, como se acostumbraba en Santa Ana. «Prosiga, señá Micaela», dice Felipona, y la figura de la vieja apareció en la puerta, como en un marco. Desde que la vi me dió un susto y una angustia tan particulares, que, sin querer mirar a la vieja, no le quitaba los ojos. Hasta sería un caso de hipnotismo! Si fuera pintor, la retrataría de memoria, ahora mismo. Venía de alpargatas amarradas, saya de fula azul, camisa de lienzo, con rosarios y escapularios por fuera; tenía la mantellina de paño puesta desde la cabeza, a estilo de «Sierva del Santísimo», cogida con un sombrero de caña; se apoyaba en un bordón muy grueso. Aquella cara tan arrugada, tan angulosa y tan amarilla,

con aquellos ojitos verduscos, tan hundidos y turbios, con esa barbilla y esa nariz, que casi se juntaban, se me hizo horrible, en tal momento. «Alabao sea el Santísimo Sacramento del Altar!» (*Remedando la vieja*) «Sea por siempre alabado y bendito! Entre y siéntese, Señá Micaela», le dice mamá. «Mi Dios se lo pague, mi Sia Ugenita, pero mal podería yo sentame en casa de tanto respeto». «Siéntese, que vendrá cansada. Arrímele un asiento, Felipa». Hasta del taburete me acuerdo: tenía un elefante en el guadamacil. Mamá notó mi sobresalto y dejó de expurgarme. Me aparté a un lado, pero quedé como clavado en la tarima. Yo, a mi vez, le noté a ella, en medio de todo eso, cierta cosa, allá medio rara. «Y qué vientos la trajeron por acá, Señá Micaela?». «Pes no serán los del Niño Dios, mi Sia Ugenita?... Mas, sinembargo, ultimadamente no son los del Niño; pa qué si no es la verdá? Es que yo venía a elevale una queja, que tal vez pueda enfadala a vusté; y'eso porque así me l'ordenó mi amo el padrecito Ramón María. Y me l'ordenó bajo preceuto de santa obediencia». «Diga, a ver que es. Yo no me enojo. No le dé cuidado». «Es qu' estando aquí presente este niño Crispalo, mi'ocu-

pa la vergüenza pa dicile» «Es alguna queja contra él?» «Contria él es, precisadamente» «Bien puede decir. Crispulo no ha de negar nada, desde que sea cierto» «Tres testigos truje, que no me dejarán mentir. Ai se quedaron sentadas en el quicio del portalón, por si busté las llama: son Señá Guruguro y sus muchachas». «Conque eso es con testigos y todo? Pero no hay necesidad: yo le creo a usted lo que me diga». «Mi Dios se lo pague porque confía en la palabra d'esta triste vieja! Es qu'este niño me la tiene jurada, dende hace días, a yo y'a mi muchachita Damiana, qu'es una cordera inocente. Nada l'hemos hecho ni yo ni'ella, pa'que los acose d'esa laya. A mi muchachita la llena d'implopelios, dende que la devisa: le grita Botijona, Ojosdesapo, Careplasta y'otros dichos tan deshonestos, qui'hasta en pecao s'incurre tan sólamente con divulgalos. A más d'eso, li'hace unas muecas y unas burletas de lo más horrendas y malvadas: unas veces es qui ni un gato que v'aruñala y'aventásele encima; otras veces echa a latile como un perro bravo, mesmamente. Pero lo más pior, mi sia Ugenita, es que la sorrostrica cada rato, con unos irrespetos muy endecentes: él le tira las criznejas, él la jala de la saya y

le pelizca la nuca, los mollelos y los tobillos, a ella que no la ha tocao más mano qu'esta de su madrecita. Y el otro día li'arrancó el pañueloncito, cuasi nuevo, y se lo rumbó puaá en unas vascosidades, onde duermen unas gallinas. A lo que l'hace llorar, la suelta y echa a bramale y a chiflale el corcoveo, como si mi muchacha juera alguna loca go alguna res toriada». «El loco es él, Señá Micaela, dice mamá, con una exaltación que no le conocía. Y no sólo loco; es un idiota, que no sabe lo que hace ni lo que dice. No deben hacerle caso, ni usted ni Damiana, a este tronco de carne. Nove que es bobo, completamente bobo?» «Bobo, mi Sia Ugenita? Vusté lo dice, pero Ave María...! Ni un viejo tiene tanta experiencia, ai onde lo ve tan mediano. El otro día ganó por El Alto de las Cruces y se paró en la vereda, al propio frente del ranchito onde vivimos yo y mi muchacha. Ai traía una boloquera pa matar pajaritos, y no más me vido, echó a'puntame; después se montó en ella, se voltió de p'arriba los pálpados, se metió los dedos en la boca y se la desjaretó cuasi hasta las orejas, y dice a rebuznar, a corcoviar y haceme cizañas, horquetiao en la dichosa boloquera, que parecía el enemigo malo; a l'último me tiró

un boloque, en la propia divisa de la montera. Si como jue ai, ha sido en una vista, me vacea el ojo, el niño Crispalo. No más peló la gracia, guyó falda arriba, a toíta estampida. Al rato bajó. Yo'staba moliendo cacao, y como la piedra queda cuasi al ventestate, echó a viagiame, a vigiame por detrás y a toseme muy maluco, y no más me devisó las nalgas, se larga contria yo: que yo no era hombre, pa poneme ruanas hilachentas y mugrosas debajo de la junda; que no juera tan cochina ni tan endecente, y otro rigor de inominias, a cuál más puerca y asquerosa; porque Ave María, mi Sia Ugenita! la boca d'este niño no parece de criatura redemida con la Sangre Preciosa de Mi Amo y Señor: parece mesmamente la boca di'un condenao».

Yo no perdía ni una palabra de aquella acusación tan exacta: la oía como en una pesadilla. Ni siquiera intenté huír; ya te dije que me sentía como paralizado. Debí ser, en esos momentos, la imagen fiel y precisa de la culpa. Cerraba los ojos, me los tapaba con una mano convulsa, me temblaban las piernas, sudaba frío, sentía náuseas y como fatiga en la boca del estómago. Y aún faltaba el cargo grande! No se hizo esperar. La vieja, después de una pausa, continuó con otro tono,

allá medio lastimero: «Yo tenía, mi Sia Ugenita, algo tra cosita más qué alvertile. Es que yo y mi muchachita semos unas méndigas que no pedimos porque Dios es grande, y será también porque los ocupa la vergüenza. Tan sólomente tenemos pa echalos un bocao y tiralos un trapito encima, uno qui' otro chimbuto que ganamos con la molienda del cacao y lo poquito que vendemos de una güertecita que labramos losotras mismas.

«Pero qué le parece, mi Siá Ugenita; ayer, con la tarde, bajámos a la novena del Niño, y cuando golvimos, topámos la güertecita com'un patiadero de alimales; mesmamente como si si'hubieran colao vacas ladronas go cuchinos sin argolla; toitico'staba desguazao go arrancao de pu'entero: tomatas y cebollas y coles y repollos y las habas y la mafafa y toítos los aliños y las matas pa medecinas. Toitico, mi Sia Ugenita. Eso daba compasión! La Señá Guruguro, qu'es vecina y lo vido todo, vino y los contó qu'este niño había sido el del daño. Qu'ella quiz que bregó por contenelo con güenas palabras, y qu'eso jue como echale cebo al candil; lo qu'hizo jue ponela com'un pantano, y a cada dicho qu'él le gritaba, arrancaba go desguazaba con más gana. Consiá, mi Sia

Ugenita, qui'agarró el tacizo rajaleña que teníanos ai en la cocinita, porque allá en esos altos naide quita nada, y con él hizo la tumba y los destrozos grandes. Aquéllo quiz qu'era queni empradizando. Que de presto tiró el tacizo y las emplumó falda abajo, que ni venao perseguido. Los coló tanto flato a mi muchachita y a yo, que los emperramos a los gritos. En esas pasó el padrecito Ramón María, que golvía de una confesión, y las vecinas le contaron, y antonces, él me dijo que no pusiera la queja a l'autoridá, sinó más bien que viniera onde vusté, pa que reprendiera el niño y a ver si quería pagame los perjuicios». «Cómo nó, Señá Micaela? Nada más justo. Cuánto pide?». «Vusté dirá, mi Sia Ugenita; ya ve que semos unas probecitas desamparadas. Ño Rafael Mocho, qu'es güertero, vido el perjuicio y dijo que, por muy barato, valería de tres patacones p'arriba... talvez cinco chimbo go tres riales más». «Eso tiene que valer mucho más, Señá Micaela». Se levanta y se entra hasta su alcoba. Yo seguía clavado en esa tarima, agobiado por la cobardía del criminal cogido. Temblaba todo, como con tercianas. Mamá vuelve; comprendo que trae una mochila con plata; siento que la pone sobre la mesa; siento que

saca monedas; pero de pronto se pára, y le pide a Felipona el martillo y un clavo. Adviné al vuelo de qué se trataba; la conciencia me lo gritó. Sí, viejito: era mi alcancía. La rompen, y, sin contar, la vacía mamá en las faldas de la vieja; toma la mochila y le agrega no sé cuánto. Qué aspavientos los de Ña Micaela! «Me alegro que se vaya contenta, le dice mamá. Hoy mismo le mando un socorro, que le supla a usted y a Damianita, y todos los lunes voy a mandarles con qué pasen la semana, sin que vengan a pedírmelo; pero jeso sí! es a condición de no contarle a nadie las estupideces de este loco, y que yo quiero favorecerla. Si le cuenta a alguno, lo pierde todo. Ya sabe, pues. Le pido, también, que encomiende a éste en sus oraciones.» El llanto de la dicha no dejaba replicar a Ña Micaela. Cómo bendeciría mis maldades y mi boca de condenado! Mamá hace entrar a la Señá Uruburo y las hijas; les da plata, les compra el silencio. Apenas salen, cierra la ventana, manda a la niñera echarle llave al portón, y cae como desmadejada en una silla. Siento que llora, que suspira, que sufre mucho. De repente exclama, como extraviada: «Gracias a Dios que te evitaste esta pena y esta vergüenza! Cuántas más te

evitarás!» Comprendí que le hablaba al retrato de papá. Ella, tan serena siempre, siempre tan fuerte, prorrumpe a poco, con desesperación: «Por los clavos de Cristo, Felipa! Que no lo sepan mis otros hijos, ni las criadas; que no lo sepan en casa, ni en casa de los Albanos; que no lo sepa nadie! Todos mis desvelos, todas mis oraciones por este hijo, van a ser inútiles. No ha cumplido los trece años y ya tiene el alma manchada con pecados mortales, con infamias. Ya es un criminal! Con esos sentimientos tan ruines, tan depravados, qué irá a ser de hombre? Un presidiario!.. Quién sabe qué? Dios mío: castígame o pruébame con otras desgracias, pero nó con delitos ni deshonras en mis hijos! Yo te ofrezco mi vida, mi!..» No sigue, porque los sollozos no la dejan. Yo no conocía un dolor como ése. Lo que pasó por mí nunca sabré expresarlo. El poder que me retenía en mi puesto, se rompió de un golpe; salté desatentado y caí de rodillas a los pies de mi madre. Le imploré castigos, le imploré azotes, palos, vergüenzas públicas; le imploré me atara de los pies con una soga y me colgara de una viga, según la amenaza de don Isaac. Le prometí, le juré, hundí mi cabeza en su regazo y me quedé no sé si inconsciente o priva-

do. Cuando recobré el sentido, su cara y la mía estaban unidas y nuestras lágrimas corrían mezcladas en un solo llanto. Ella se calmó primero, me enjugó y me dijo: «Que Dios te oiga, hijo querido! Y te oirá, como me ha oído a mí, que tanto le he pedido tu enmienda. Ya veo que te ha tocado el corazón. Bendigámoslo con toda el alma. No llores más. Esos pecados que has cometido los vas a lavar esta misma tarde, para seguir buen cristiano y buen caballero toda tu vida. Si siguieras tan malo como hasta ahora, ni tu abuelito ni yo lo soportaríamos; él moriría de tristeza y a mí tendrían que encerrarme en una jaula como loca furiosa...Debes estar muerto de fatiga, pobre hijito. Te vas al comedor a que Felipa te cuide, y después te entras a tu cuarto a hacer el examen de conciencia. Yo iré de aquí a un rato a darte los últimos retoques. Mientras tanto voy a ver qué ropitas y qué bastimento les mando a esas infelices, víctimas de tus disparates. Pienso protegerlas hasta donde sea posible, y nó por caridad sino por justicia y por desagravio». Salió y yo volé a cumplir sus órdenes; por vez primera sentí la dicha de obedecerle. Me hizo confesar con el padre sabedor de mi última culpa, a quien nunca me

había arrimado como penitente. Me encantó tanto, que, de allí en adelante, fue mi director espiritual. Mamá y yo comulgámos juntos en una misma tanda y juntos ofrecimos la comunión. Después del desayuno me notificó el castigo que me tenía preparado, de acuerdo con su confesor. De la próxima Navidad, que caía de ahí a seis días, quedaba excluido y proscrito, en todo y por todo; ni pesebres en la calle, ni intervención en el de casa, ni verlo siquiera. Item más: no acompañaría a los sirvientes a llevarles la comida a los presos, como lo hacíamos siempre los tres varones; no probaría nada que oliese a platos o golosinas de Noche Buena. Entre los árboles del huerto, en el cuartico anexo a su corredor, debía sufrir mi confinamiento, del veintidós al veinticinco, inclusive. Sólo saldría a misa el último día, y eso por ser de precepto. A mi destierro me llevarían la comida y lo más que necesitara. A las seis debía recogerme en mi cuarto. Allí me pondrían el Nacimiento diminuto de tagüa, tan disputado por mis hermanas; me darían novena para que rezara y meditara, yo solo, en el Misterio de Belén. Tan enérgica era mamá y tal estaría yo, que cumplimos el mutuo castigo al pie de la letra. En esos

cuatro días leí, recé, pensé tantas cosas... Mamá, en las treguas que le daba aquella complicación de obsequios y pesebre, caridades y visitas, iba a buscarme, a decirme palabras de aliento y de sabiduría, a sugerirme sentimientos elevados e ideas claras sobre la vida del hombre, sobre su alma y su destino eterno. Eso fue algo así como unos ejercicios verdaderamente espirituales. Aquí se inició, entre mamá y yo, ese vínculo entrañable que nos ha unido desde entonces. Deudos y extraños comentaban mi castigo; pero, cuán lejos estaban de la causa! Creían que mamá quería cobrarme juntas todas mis faltas del año. Adelina, la mayor, aseguraba que todo era por haber roto de una pedrada, y sólo por amor al daño, una jarra de cristal muy fina y admirada. Me chocaba que las visitas hicieran tantos aspavientos con ella; así era yo de malaentraña y de arbitrario. Adelina y Felipona pidieron mi indulto, suplicaron, gimieron. Todo en balde. El veintiséis apenas me asomé a la calle. Me estuve casi todo el día ante el Pesebre, rezando con un fervor que embelesaba a mamá. Ni los platos vedados, que ni chicos ni grandes desdennan, me entusiasmaron demasiado. Yo me sentía otro, como si me hubieran infundido

un alma enteramente diversa a la anterior. Ese mismo día relegué la certabana a un rincón del cuarto de los trebejos. Y adiós pajaritos pintados! Ni muertos ni aturdidos los volví a ver en mis manos. Don Isaac no me conocía; no me conocían los condiscípulos. Me buscaban pleito, y yo no hacía cara; me decían lambón, hipócrita, engreído y otras cosas, y no hacía caso; se formó gavilla contra mí, diz que para bajarme el moño, y yo la conjuré con buenas razones. Me volví muy casero y estudiaba mucho con mis hermanas, a quienes enseñaba mamá lo que no aprendían en el «Colegio de doña Martina». Mamá nos fue iniciando en las buenas lecturas, y desde entonces data mi pasión por los libros. Mis esparcimientos, por fuera, eran montar, algunas tardes, mi caballito negro, y dar una vuelta por nuestra finquita de «La Angostura», e ir los sábados con algún hermano a la finca de «El Playón». De ahí traía a mamá informe detallado sobre animales, siembras y labores. Todos auguraban que iba a largar la tupia muy feo; y ya ves, viejo: todavía no se ha visto la inundación! Al año siguiente vino el doctor Arellano a abrir el «Colegio Superior». Yo fuí, si nó el mejor, el más aplicado de los estudiantes.

Lo digo sin modestia, pero sin vanidad. Sólo dejaba los textos los domingos y en las vacaciones, para entregarme a libros de historia, de religión, de viajes y de literatura. El abuelito Esteban tenía bastantes, casi una biblioteca; en casa había algunos; mamá me iba consiguiendo y el doctor Arellano indicándome. Te aseguro, viejo, que cuando fuí a Bogotá, comprendí que tenía mucha preparación. El doctor me recomendó a tres condiscípulos suyos, que trabajaban en el profesorado, y esto me valía mucho para la habilitación de algunos cursos y para buenas relaciones. Ahora te diré de mis víctimas. La protección de mamá fue para ellas una bendición: les hizo cocina, les transformó el rancho en cabaña, les mandó todos los trapajos y corotos viejos que sobraban o estorbaban en casa. Figúrate la dicha de esas infelices, con comida de verdad, con camas, con colchón y abrigos! Todo se les iba en rezar por nosotros. La vieja se remozó y la hija parecía menos idiota. Es que el calor y el alimento hacen milagros. Tan notoria fué su prosperidad, que la gente, ignorante de las caridades de mamá, forjó leyenda.

—Cómo nó! La oí: Que Ña Micaela, por cazarle el nido a una gallina idiática, se ha-

bía topado, en un vallado, tamaña limeta de oro.

—Eso! Y que un Ño Rivillas, antiguo dueño de ese alto y que espantaba mucho, fue el enterrador... y no sé cuántos y tantos datos más. Pues bien, viejito! Yo soy más católico que el conde José de Maistre: creo en la intervención de La Providencia en toda vida humana; creo que Ella emplea los medios más imprevistos, los más insignificantes en apariencia, para que el pecador se enmiende. Y no me refiero únicamente al pecador que cree: me refiero a los incrédulos mismos. Ya ves cómo se vuelven a Dios muchos que se han sentido ateos y que como tales han vivido. Concretándome a mi caso, voy más allá. Creo que La Providencia ha sido conmigo especialmente misericordiosa: yo era un inclinado a todas las maldades, una esperanza para los tres enemigos del alma, un candidato elegido para el Congreso Ecuménico del Pecado; pero vino Ña Micaela y quebrantó la esperanza y anuló la elección. Para mí fue esta infeliz vieja el instrumento de que Dios se valió para ponerme, desde niño, en buen camino; creo, también, que sus oraciones, unidas a las de mi madre, son valederas ante La Pro-

videncia y han contribuido a que no me haya extraviado. Dirán muchos, y acaso lo digas tu mismo, que todo fue obra de la casualidad y una reacción muy natural en caracteres violentos y extremados; que el mundo está lleno de estos cambios y que por el niño no se puede inducir el hombre; dirán que este criterio mío para apreciar un hecho tan común, es arbitrario y arreglado al caso, por posterioridad; que son autosugestiones de creyente, fantasías de iluso, preocupaciones de espíritus estrechos, cuentos de viejas. Bien puede ser cualquiera de éstas cosas o todas ellas juntas; pero, qué vamos a hacerle? Nadie puede ver nada sino por sus propios ojos; nadie puede juzgar sino por su propio juicio. Dada mi sicología, dada mi educación, dada mi madre, tengo de mirar cielo y tierra por el telescopio de la fe. Por otro cristal no puedo verlos. Si esto es una patraña ridícula que me he urdido para mi uso exclusivo, en esa patraña quiero morir. Amén...y perdona el disquito!

—Caramba, Doctor Albano! Valiente película tan complicada tenías por dentro! Ni media idea tenía de tales enredos con Ña Micaela. Me has trabajado muy bien el disco, con los adornos y repulgos que yo que-

ría. La cosa es así como tú la sientes. Yo, que soy tan conservetas como tú, la pondría lo mismo de cansona, así, a mi modo mache-tero y chambón. Esa vieja, sea porque mi Dios te la mandó o porque te salió de chiripa, te agarró el alma, te la puso en el chorro, le dió tres estregones y le sacó la peste que te estaba embromando. (*Llena las copas y agrega*). Choca, doctor, y de pie! Por el ánima de la difunta Micaela Calderón!

—Por ella, viejo querido!

Y el caballero creyente, yéndose al extremo opuesto de la azotea, apóyase en la balaustrada, mira el cielo, y, con todo el corazón, reza por la vieja «Los tres padrenuestros del camarero», con sus ofrecimientos y jaculatorias.



SALUTARIS HOSTIA

En el pueblo lo veneraban. Cuál más, cuál menos, le tenían por santo. Aquel sacerdote había llegado en momentos en que la parroquia era un nidal de víboras. Principiaba en el Estado Soberano de Antioquia la hegemonía del liberalismo, y, por encima de esa tormenta, inició su apostolado. Cuando la revolución del 79, ya recogía su cosecha: los odios de partido, si no amansados por completo, no eran para venganzas ni represalias. Pasada la cuartelada de Jorge Isaacs, la paz de Dios reinaba en el pueblo: conservadores y liberales, elemento forastero, elemento oficial, todo lo había unido en su aprisco. Principió entonces la depuración de la piedad: acabó con los escrúpulos farisaicos, con la gazmoñería, con la devoción indiscreta, y pudo formar, de la manera más amplia y más sencilla, la conciencia colecti-

va. Nada de taciturno ni conventual: la sociedad no era un claustro. El reinado de Dios en las almas sólo alegrías podría traer; sólo el pecado era tedio y tortura; el pecado era lo único que no podía ofrecerse a Dios. Lo demás, todo era oración. Reír, gozar con lo bello y legítimo de la vida, divertirse, todo era ofrenda y era oblación.

Los viejos, conocedores de la historia eclesiástica del pueblo, aseguraban que nunca habían recibido el precepto y el ejemplo con tanta claridad ni eficacia; y una señora definía al párroco de este modo: «Tiene a Dios Padre en todo el cuerpo, a Cristo en el corazón y al Espíritu Santo en la cabeza». Como en todo se iba a lo esencial, ponía en el culto al Santísimo Sacramento todos sus empeños. Y decían las gentes: «Por más que bregue por ocultar su santidad, se le sale en cuanto toma en sus manos la Hostia Consagrada. Cuando lleva el Santísimo Sacramento, todo él se vuelve custodia». En efecto, aquella cara descolorida y fea se transfiguraba.

La festividad del Corpus Christi la había disciplinado a su manera, y el pueblo todo le ayudaba en la tarea. Nada de bandas estruendosas; para las salmodias medio gre-

gorianas de aquel rito magno, bastaba un armonium. Para eso se le había encargado de poco peso y fácil transporte, y dos montañeros endomingados de negro alzaban con él cual si fuese una mesa cualquiera. Nada de ninfas en la procesión, nada de niños con estandartes; ellas regarían la vía antes que los ciriales apareciesen en el atrio; ellos se pondrían junto a sus altares respectivos.

Son las dos de una tarde luminosa. Aquella plaza de cumbre perfila su iglesia y casi toda la techumbre de sus casas en pleno firmamento. Ni giros de aves oscuras ni cenadales de nubes maculan el azul infinito. La comisión ordenadora ha terminado su cometido. La plaza está como si fuera el templo. Las tiendas están cerradas: cerrados y desiertos los balcones. Por las ocho bocacalles, por las aceras, por la plaza, yace el pueblo de rodillas. Cada cual puede girar en su puesto sin levantarse un momento. Salen. Músicos y armonium enfilan por la vía; enfilan las cruces y los ciriales; luégo el guión. Cuando está distanciados, surge en el pórtico la Sacramental, Augusta Exposición y entra en la vía. La oración de las campanas resuena en la majestad del silencio. Parecen ahí nacidos los palmares que han plantado los cam-

pesinos; parecen ahí nacidos los arcos de guaduas y de chusques que han erigido a su Dios. Se deposita en el primer altar, se deposita en el segundo. El palio, aquel palio magnífico, desproporcionado a los recursos y al culto del lugar, y que tiene una historia en sus anales, se mueve lentamente. Por entre tanto follaje resplandecen sus varas, y los piñones que las rematan flamean al sol como cirios encendidos. Ondula la blanca sedería y cabrillea el brocato y el oro de sus recamos y guarniciones.

Por delante del tercer altar han pasado músicos, cruz y ciriales; el palio se aproxima. Los niños de los estandartes, allí arrodillados, han perdido su devoción y se comunican en secreto. En el cuadro de un postigo sin vidrio se ha posado el turpial, aquel turpial tan conocido, tan arisco, tan rabioso, que sabe salir o encerrarse en su jaula, que se burla de gatos y gabilanes. Vuela del postigo al pasamanos del barandaje. Qué vendría a hacer el pajarito? Está inquieto, asustado; mas no por el gabilán, porque no estaría allí. Es el altar uno como pórtico de musgo; rematan sus columnas en matorrales de orquídeas; se alza en el centro un pedestal, entre dos cardos enormes que levan-

tan esa flecha rojiza y resistente. A tiempo que el párroco se destaca con La Majestad, vuela el turpial a una orquídea; avizora hacia arriba, avizora hacia abajo. Apenas está la custodia en el pedestal, vuela al espigón del cardo, se aferra a una rama, entreabre las alas, entreabre la cola, agitado y vibrante, y rompe en un trino que se oye claro a pesar de las campanas. Uno de los sacerdotes hace seña a los músicos, y el rito es rezado, murmurado... Y el turpial se columpia en su rama y modula y gorgorea y junta todos sus motivos y afina todas sus cadencias y sigue y sigue. El rezo termina, y el turpial sigue cantando ante aquel auditorio sobrecoigido. De pronto calla, y torna a su casa por donde ha venido.

Levantóse alguna leyenda sobre este caso? No. El mismo párroco se opuso. Una vez en la iglesia y La Majestad velada, habló muy conmovido del suceso: no fueran a inventar milagros ni simplezas, ni lo metieran a él en el asunto. Allí no había nada milagroso, fuese acto providencial o del acaso. Aunque no era dogma, por cierto tenían muchos santos que toda la creación adoraba a su Creador. Bien claro lo expresaban salmos y cánticos de la Iglesia.

Tal vez por esto no salió aquéllo del curato; mas, en el pueblo muchos convenían en que el párroco había conjurado al turpial y el turpial le había obedecido. Qué trabajo le daba al señor cura? Entre chuscos y cándidos formaron la historia, que se contaba en secreto. Eso era un pacto. En la mañana del lunes precedente subía el cura. Venía de auxiliar un moribundo. El turpial estaba desayunando en un matorral de cebada, nacido en un tiesto, en el balcón de la casa escalonado más abajo. El cura le dijo: «Cuídate hartito, negrito pechiamarillo; ensaya todo lo que sepas, porque el jueves tienes que venir a tu esquina a echarle un cántico al Señor». El pájaro sacudió la cabeza en señal de asentimiento.

Esto es rigurosamente histórico.



LA MATA

Vivía sola, completamente sola, en un cuarto estrecho y sombrío de cabo de barrio. Sus nexos sociales no pasaban de la compra, no siempre cotidiana, de pan y combustible, en algún ventorrillo cercano; del trato con su escasa clientela, y de sus entrevistas con el terrible dueño del tugurio. Este hombre implacable la amenazaba con arrojarla a la calle, cada vez que le faltase un ochavo siquiera del semanal arrendamiento. Y, como pocas veces completaba la suma, vivía pendiente de la amenaza.

Después de ensayar con varios oficios, vino a parar en planchadora de parroquianos pobres; que para ricos no alcanzaban sus habilidades. Faltábale trabajo con frecuencia, y entonces eran los ayunos al traspaso. El hambre, con todo, no pudo lanzarla a la mendicidad.

Era uno de esos seres a quienes la rueda de la vida va empujando al rodadero, sin alcanzar a despeñarlos. Más que vieja, estaba maltrecha, averiada por la miseria y las borrascas juveniles. De aquella hermosura soberana, que vió a sus plantas tantos adoradores, no le quedaba ni un celaje. De sus haberes y preseas de los tiempos prósperos, sólo guardaba el recuerdo doloroso. De aquel naufragio no había salvado más que el cargamento de los desengaños.

Su historia, la de tantas infelices: de cualquier suburbio vino, desde niña, a servir a la ciudad; pronto se abrió al sol de la mañana aquella rosa incomparable, y... lo de siempre. ¡Pobre flor!

Dos hijos tuvo y fueron su tormento. El varón huyó de ella y se fue lejos, no bien se sintió hombrecito. Su hija, un ángel del cielo, la recogió el padre, a los primeros balbuceos, donde nunca supiese de su madre.

Ni un amigo ni una compañera le quedaban en su ocaso, a ella que los tuvo sin cuento en su cenit; ni una palabra de conmiseración, a ella que oyera tantas lisonjas. Y, las pocas veces que imploró un socorro, de algún bolsillo en otros tiempos suyo, no ob-

tuvo ni siquiera una respuesta. El desprecio de los unos, el desconocimiento de los otros, caían sobre ella como la piedra mosaica sobre la hebrea infiel. La pobre mariposa, ya ciega, sin esmaltes ni tornasoles, se recogió, en su espanto, para morir entre el polvo abrigado de la gruta.

En su anonadamiento no pensaba en el cielo ni en la tierra; no pensaba en nada que pudiera redimirla. Qué iba a pensar la infeliz! Sólo sentía el hambre de la bestia que ya no puede buscarse el alimento; sólo el frío del ave enferma que no encuentra el nido.

El hambre material... muy horrible, muy espantosa! Pero esta otra del corazón; esta necesidad de un sér a quién amar, con quien compartir la negra existencia; esta soledad de la vejez, no podía, no era capaz de arrosarla.

Consiguió un gato, un gato muy hermoso. Pero los gatos, lo mismo que el amigo, huyen de las casas donde el hogar no arde. Dos veces tuvo loro, y uno y otro murieron de inanición. Su desgracia les alcanzaba hasta a los pobres animales. Si ella consiguiera una compañera que no comiese... pero cuando?

Un día, al pasar por la calleja un carro

con enseres de una familia en mudanza, cayó junto a su puerta un tiesto con una planta. Como se hiciera trizas, lo dejaron allí abandonado. Tomó ella la raíz, sembróla en un cacharro desfondado y lo puso en un rincón, junto a la entrada.

Antes de un año era una planta que llamaba la atención de los transeuntes. Regarla, quitarle las hojas secas, ponerle abono, era su dicha; una dicha muy grande y muy extraña. Tan extraña, que siempre recordaba a su hijita, las pocas veces que pudo peinarla y componerla. Le propusieron comprársela a muy buen precio. Vender ella su mata? Si le parecía que era persona como ella; que era algo suyo; que la acompañaba; que sabía lo que pensaba! Su cuchitril no se le hacía ya tan triste ni tan feo. Y la pobre, autosugestionada por esta idea, ya ponía algún esmero en el aseo y arreglo del cuartucho.

La planta iba creciendo a la sombra, como si Dios la bendijese. Y Dios la bendecía, porque consolaba a una alma triste. Un día llegó un brazo hasta el dintel, otro levantó un renuevo, otro se curvó en arco. Su dueña, entonces, clavó dos varas, amarró el tallo, y la guirnalda de brillante follaje y de

campánulas purpúreas se fue extendiendo, pomposa y exuberante, hasta formar un dombo. Las gentes se paraban a contemplar tanta gentileza y galanura. La pobre mujer, menos cohibida, mandaba entrar a los curiosos para que viesan todo aquello. Hasta una señora muy lujosa entró un día.

Su mata la iba volviendo al trato con las gentes; le iba dando nombre. Ya no se sentía tan despreciada ni tan abatida. Como ya podían verla los extraños, no era tan descuidada en su vestido, y sacudía las paredes y aderezaba sus pobres trebejos con el primor que en la miseria quepa. Día por día iba aumentando el aseo. Tanta limpieza le atrajo más clientela y se hizo célebre en el barrio. El cuarto de María Engracia se citaba como una tacita de plata.

Una mañana entraron dos señoras a contemplar la mata. Admiradas del aspecto de aquella vivienda mísera, que la pulcritud hacía agradable, se deshicieron en elogios. Esa noche hizo lo que no hiciera desde sus tiempos de servicio: rezó a la Virgen el rosario entero. Otro día sacó de un baúl, donde se apolillaba en el olvido, un cuadro de la Dolorosa. Colgólo sobre su cabecera y le puso un ramo, el primero que cogía de la

mata. Un domingo fue a misa de alba.

Aquel espíritu, que parecía muerto, resucitaba. Tal lo entendía ella. Todo era un milagro, un milagro que le hacía nuestro padre Jesús de Monserrate, por medio de la mata. Sí: El era. Recordó, entonces, que un domingo, en sus tiempos tormentosos, al bajar del cerro con otras compañeras, le había dejado una tarjeta, en la última estación. Recordaba todo, punto por punto; su amiga Ana, que era muy instruída y muy tremenda, tomó un lápiz y puso al pie del nombre de este modo: «Acuérdate de mí, que soy una triste pecadora». Y todo esto, que tenía olvidado por completo, por qué lo recordaba ahora, como si lo estuviese presenciando? Pues por milagro...

Al sábado siguiente se postraba ante un confesor. No fue poco el pasmo de los vecinos cuando la vieron arrodillada en el comulgatorio para recibir la Santa Forma. De ahí adelante llevó vida piadosa interior y exteriormente. La mata, más lozana y florida cada día, llegó a ser para ella un sér sobrenatural, enviado por Jesús de Monserrate para su enmienda y tutela.

Entre tanto se iba sintiendo muy enferma y quebrantada. Le daban palpitaciones

con frecuencia; con frecuencia se le iba el mundo y más de un vértigo la desvaneció en la iglesia. Presentía su fin muy próximo, pero sin pena; antes bien con una dulce serenidad. Si ella pudiera trasplantar su mata sobre su sepultura!

Un día llegó furioso el dueño del cuartucho. Sólo a una malvada como ella se le ocurría poner ese matorral, para tumbar el cuarto con la humedad. Si no sacaba al punto aquella ociosidad la echaba a la calle con todo y sus corotos.

Ella se pone a llorar, sin que piense ni en tocar la mata. Por la tarde torna el hombre y arremete a bastonazos contra cacharro, flores y follaje. Tira todo a la calle y hace sacar los muebles enseguida. María Engracia se desploma, presa de un síncope. De allí la llevan para el hospital. En sus delirios ve su mata frente a su cama, como el arco de triunfo para entrar al Paraíso. Y al amanecer de un domingo, cae para siempre en la red infinita de La Misericordia.



A LA PLATA

Aquel enjambre humano debía presentar a vuelo de pájaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones oscuros y sebosos, los paraguas apabullados, tantos pañuelos y trapajos retumbantes, eran el guardarropa de un Arlequín. Animadísima estaba la feria: era primer domingo de mes, y el vecindario todo había acudido a renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendidos de cachivaches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofocadas, atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnice-

ría, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tanta plebe y negrería, formaban sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta, componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del lugarón.

Sonó la campana, y cátese al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanudóse aquéllo. Pero por un instante sólomente, porque de pronto sintióse el pánico, y la palabra «¡Encierro!» vibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte soldados del piquete, que inopinada y repentinamente acababan de invadir el pueblo, habíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, trémulos, abandonándolo todo, se dispararon los hombres y hasta hembras también, a los zaguanes y a la iglesia. Pobre gente! todo en vano, porque, como

la amada de Lulio, «ni en la casa de Dios está segura».

De allí sacaron unas decenas. Cayó entre los cazados el Caratejo Longas. Lo que no lloró su mujer, la seña Rufa, llorólo a moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuése ésta con súplicas al alcalde. A buen puerto arribaba: cabalmente que al Caratejo no había riesgo de largarlo. Figúrense! El mayordomo de Perucho Arcila, el rojo más recalcitrante y más urdemales en cien leguas a la redonda: un pícaro, un bandido! Antes no era tanto para todo lo rojo que era el tal Arcila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el Caratejo a conferencia a su mujer y a su hija, y habló así: «A lo hecho, pecho. Corazón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos ánimas; pero ai les dejo maiz pa mucho tiempo. Pa desgusar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vustedes lo saben hacer mejor que yo. Sigán con el balance de la güerta y de los quesitos, y métanle a estas placeñas y a las amasadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán có-

mo enredamos la pita. Mirá, Rufa: si aquellos muchachos acaban de pagar la condena antes que yo güelva, no los almitás en la casa, de mantenidos. Que selarguen a trabajar, o a jalale a la vigüela y a las décimas si les da la gana. Y no s'infusquen por eso!... ultimadamente, el Gobierno siempre paga».

Y su voz selvática, encadenada en gruñidos, con inflexiones y finales dejativos, ese acento característico de los campesinos de nuestra región oriental, los acompañaba el orador con mil visajes y mímicas de convencimiento, y un aire de socarronería y unos manoteos y paradas de dedo de una elocuencia verdaderamente salvaje. Ayudábasele el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langaruto y cartilaginoso, lucía el jaspe, con vetas de carey, con placas esmeriladas y nacarinas. Pintoresco forro el de aquella armazón.

Ensartando y ensartando, dirigióse al fin a la hija, y, con un tono y un gesto allá, que encerraban un embuchado de cosas, le dice, dándole una palmadita en el hombro: «Y vos, no te metás de filática con el patrón: es muy abierto!»

Culebra brava la tal Eduvigis! Sazonado por el sol y el viento de la montaña

era aquel cuerpo, en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores; obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto, la proclamaban futura madre de la titanería laboradora. El cabello, negro, de un negror profundo, se le alborotaba, indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio, que hicieron empalidecer a más de un rostro masculino. Un toche habría picado aquellos labios como pulpa de guayaba madura; de perro faldero eran los dientes, por entre los cuales asomaba tal cual vez, como para lamer tanta almíbar, una puntita roja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba el cura a cada confesión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo qui ni un trancazo; fuera de que el Caratejo la celaba a su modo. El tenía su idea. Tanto que, apenas separado de la muchacha se dijo, hablado y todo y con parado de dedo: «Verán cómo el patrón le quebranta agora los agallosnes.»

Y pocos días después partió el Caratejo para la guerra.

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuando los dos hijos partieron a presidio, bien podría ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pareciera cosa de viudez. Y tanto como pudo! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebraderos de cabeza por que volara el tiempo y le tornase el bien ausente, ni nada, vino a interrumpir aquel viento de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que en la casa ocurrió algo, y aun algos, por aquellos días. Pero nó: sus altas atribuciones de vaquera labradora y mayordoma de finca, en que dió rumbo a sus actividades y empleo a la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar para embelecos y enredos de otro orden. Lo que es tener oficio!...

Hembra de canela e inventora de dineros era la tal Rufa Chaverra. Arcila declaróla luégo espejo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo limpio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía el fierro a aquel

ganado, cuyo idioma parecía conocer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva o individualmente, ya con bramido bronco, igual que una vaca, si era a res mayor, ahora melindroso, si se trataba de parvulillos; y siempre con el nombre de pila, sin que la «Chapola» se le confundiese con la «Cachipanda,» ni el «Careperro» con el «Mancoreto». Hasta medio albéitara resultaba, en ocasiones. Mano de ángel poseía para desgusar, hacer los untos y sobaduras, y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrias no se la jugaba a Rufa; que ella, juzgando por el volumen y otras apariencias, de la proximidad del asunto, ponía a la taimada, en el corral, por la noche; y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bravíos, y de hacer de un ternero algo menos ofensivo, allá se las habría con cualquier itagüiseño del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y cuando al rebuzno del pachá respondían eróticos relinchos, ella sabía si eran del caso o no eran idilios a puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque

nó, nunca dejaba de apostrofar al progenitor aquél con algo así: «¡Ah taita! como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!»

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuánto y más no sería para lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía, ni de los productos del gallinero, ni de esa huerta donde los mafafales alternaban con la hachira, los repollos con las pepineras, las vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, llegaron ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorreaban orillas de La Cristalina, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fue saber que embelecarse. So pretexto de buscar un cerdo que diz que se le había remontado, fuése a las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo, les sonsacó todas las mañas y particularidades del oficio. Ese mismo día se hizo a batea, y viérais a la rolliza campesina, con las sayas anudadas a guisa de bragas, zambullida hasta el muslo, garridamente repechada, haciéndole bailar a la batea la danza del

oro con la siniestra mano, mientras que con la diestra iba chorreando el agua sobre la fina arena, donde asomaban los ruedos oscuros de la jagua. Al domingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados, a pico de pañuelo, treinta y seis reales de un boleó.

Dada a la minería pasara su vida entera, a no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violento al volver al oficio. Mas no cedió en su propósito; mandó entonces a la Eduvigis, a quien le sentaron muy bien las aguas de La Cristalina. Mientras la hija pasaba de sol a sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca. Y tan campan-tes y satisfechas!...

Más rastro deja en un espejo la imagen reflejada, que en el ánimo de Rufa las noticias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de semana en que iba a sus ventas. Lo que fue del Caratejo, no llegó a preocuparse hasta el grado de indagar por el lugar de su paradero. Bien confirmaba esta esposa que las ternuras y blandicies de alma son necesidades de los blancos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebujaados y borrosos, mostrábanse riscos y praderas; la casa de la finca semejaba un esbozo de paisaje a dos tintas; a trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; sólo alcanzaban a dastacarse con alguna precisión los cuernos del ganado, rígidos y oscuros, rompiendo esas vaguedades, cual la noción del diablo la bruma de una mente infantil. A la quejumbrosa melodía de los recenales, acorralados y ateridos, contestaban desde afuera los bajos profundos y cariñosos de las madres, mientras que Rufa y Eduvigis renegaban, si Dios tenía qué, en las breugas y afanes del ordeño. Eduvigis, en cucullas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, hacía saltar de una ubre al cuenco amarillento de la cuyabra, el chorro humeante y cadencioso. Un hálito de vida, de salud, se exhalaba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija, cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el grito se repite más agudo todavía. «Mi taita!» exclama la Eduvigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada chamba abajo.

No se engañaba. Buen Amigo, que sí lo era en efecto, descolgóse a saltos, lengua afuera, la cola en alboroto. Impasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. A poco llegóse el Caratejo con el perro, que quería encastrarásele a los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de perrierías en aquel saludo. Dijérase que acababan de separarse.

—Y qué es lo que hay pal viejo?—dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendimiento, contesta:

—Y eso qué contiene, pues?

—Pues que anoche llegámos al sitio, y que el fefe me dió licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa La Villa.

Facha peregrina la de este hijo de Marte. El sombrero hiperbólico de caña abigarrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminarista, dignos eran de cubrir aquel cuerpo largo y desgavilado. Ni las escaseces, ni las intemperies, ni las fatigas de campaña, habían alterado en lo mínimo al mayordomo de Ar-

cila. Tan feo volvía y tan caratejo como se fue. Por morral llevaba una jíquera algo más que preñada; por faja, una chuspa oculta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra.

—Pues, pa que lo viás. Ya lo ves que nada me sucedió. Los que no murieron de bala, se templaron de tanta plaga y de tanta mortecina de cristiano, y yó...ai con con mi carate: la cáscara guarda el palo!

Y aquí siguió un relato bélico autobiográfico, con algo más de largas que de cortas, como es usanza en tales casos. Rufa parecía un tanto cohibida y preocupada.

—¿Y ontá la Eduvigis?—dice de pronto el marido, cortando la narración.

—Pes ella...pes ella...puai cogió chambajo, izque porque la vas a matar.

—A matala? Y por qué gracia?

—Pes...ella...no salió, pues, con un embeleco de muchacho?...

—De muchacho?—prorrumpe el conscripto, abriendo tamaños ojos, ojos donde pareció asomar un fulgor de triunfo.—Conque, muchacho? Y pu'eso s'esconde esa pendeja? Y ontá el muchacho?

—Ai no'stá, pues, en la maca?

—Andá llamame a esa boba.

Y, tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. Debajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abuelo a la fuerza de la sangre, ni menos al empuje de un orgullo repentino que le borbotó en las entrañas. Sacó de la batea la criatura, que al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de manteca, mofletudo y cariacontecido; las manos, unas manoplas; las muñecas, como estranguladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana: una figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berridos que lanzaba: cuidado si había pulmones! El soldado lo cogió en los brazos, haciéndole zarandeos, por vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el Caratejo horizontes azules y rosados, de dicha y prosperidad: El predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de muleros y los aparejos de la arriería; y quién sabe si la casa, esa casa tan amplia y espacio-

sa, no sería suya pasado corto tiempo? El patrón era tan abierto!... Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el Caratejo de una ojeada, y se dijo: «Igualito al taita!»

Entretanto, Rufa gritaba desde la manga: «Que vengás a tu taita que no está nada bravo! Que no sias caraja! Subí Duvigis, que siempre lo habís de ver!»

La muchacha, más muerta que viva, a pesar de la promesa, subía por la chamba, minutos después. Pálida por el susto, parecía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vió a su padre en el corredor, con el niño en brazos. A paso receloso llégase a él; arrodíllase a las plantas y murmura:

—Sacramento del altar, taita!

Y con la diestra carateja, le rayó la bendición el padre, no sin sus miajas de unción y de solemnidad. Mandóla luégo la madre a la cocina a preparar el agasajo para el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había terminado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su regazo, y se preparó al interrogatorio que se le venía encima.

—Bueno—principia el marido,—y el patrón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao

mucha plata pa los gastos?

—Eh!—replica Rufa—Usté por qué ha determinao que fue don Perucho?

—Qué no fue el patrón?—salta el Caratejo desfigurándose.

—Si fue Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima!...

—Ese tuntuniento!...—vocifera el deshonrado padre. Un muertodihambre que no tiene un Cristo en qué morir!... Y vos, so almártaga, pa qué consentites esos enredos?

La cara se le desencajó; le temblaban los labios como si tuviera tercianas. «Yo mato a esa arrastrada, a esa sinvergüenza». Y, atontado y frenético, se lanza a la cocina, agarra una astilla de leña, y a cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desvergüenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas formidable puntapié, y exclamó tartajoso: «Te largás... ahora mismo... con tu muchacho... que yo no voy a mantener aquí vagamundas!»

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

FIN

INDICE

Estudiantes	7
Mineros	27
Curas de Almas	39
Vestes y Moños	51
Elegantes	63
Titanes	77
Vagabundos	87
La Horca	97
Alma	105
El Angel	115
Veinticinco reales de gusto	133
Estrenos	149
Campesinos	165
Copas	175
Salutaris Hostia	205
La Mata.	211
A la Plata!	219

INDICE

7	Introducción
27	Minutos
39	Quinta de Almas
51	Vegetación y animales
63	El granito
75	Trinches
87	Vagabundos
99	La flor
103	Almuerzo
113	El Angel
123	Variaciones reales de gusto
149	Reflexiones
163	Camposinos
175	Copias
203	Señalando florista
213	La mata
219	A la mata

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE LA CASA
EDITORIAL ATLANTIDA,
EL 2 DE ENERO
DEL AÑO
DE
1935
MEDELLIN - COLOMBIA

ACADEMIA DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
DE LOS VALORES DE LA CABA
ACADEMIA DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
DE LOS VALORES DE LA CABA

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echevarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100063733

